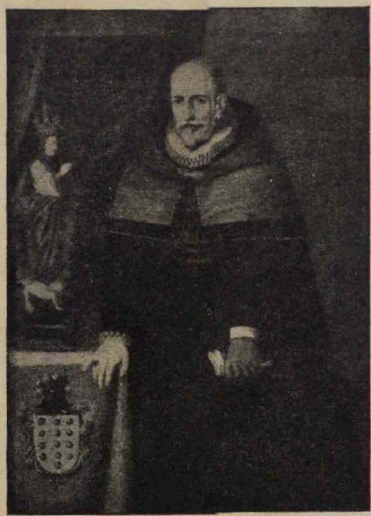


El Colegio de la Asunción,
de Córdoba, obra de siglos



PLVS VTRA

El Colegio de la Asunción,
de Córdoba, obra de siglos



Sumario de los Capítulos

Preámbulo.

I.—Una ciudad sabia y un forjador de santos.

II.—El Doctor Pedro López.

III.—La Fundación.

IV.—A sombra y gobierno de la Compañía de Jesús.

V.—El Colegio de la Asunción en el Real Patronato.

VI.—Real Colegio de Humanidades.

VII.—La conversión en Instituto.

VIII.—Un siglo de docencia.

IX.—La Edad contemporánea del internado del Instituto.

X.—Los nombres preclaros (maestros, discípulos y favorecedores).

Palabras finales.



Preámbulo

Credenciales del autor de estas páginas



N el verano de 1901, el Conde de Villanueva de Cárdenas, Marqués de Villaseca y Señor de la Villa de Belmonte, Patrono de ciertas Becas gratuitas en el Colegio de internos del Instituto, entonces apellidado General y Técnico, de Córdoba, presentó nuestro nombre para una de las cuatro llamadas «de Gracia» en razón de su procedencia histórica. Pesa, desde entonces, sobre nosotros una deuda sagrada que, hasta aquí no habíamos podido cancelar. Fuimos honrados, pues, por aquellos días, con el título de *Caballero Colegial* becario de la Asunción, a la hora crítica de nuestra vida, en que, de una parte el apellido heredado nos obligaba a secundar la buena

fama en virtud y en letras ganada por antepasados inmediatos; y, de otra, la orfandad y la estrechez del patrimonio, penosa y difícil, nos impedía realizar estudios costosos y largos.

Al rodar de los tiempos, en su decurso, fuimos reconociendo *in pectore*, día por día, cuánto debíamos al Colegio secular donde se nos alicionara en las disciplinas del Bachillerato, a la par que se hacía la forja de nuestro carácter; y, cuando, más tarde, volvimos a traspasar sus umbrales, abiertas que se nos ofrecieron las puertas de su Claustro Profesorál, y revestidos ya, nosotros, de toga y de muceta bicolor, Dios sabe, que no hemos desaprovechado ocasión ni solemnidad en que se nos escuchara, para proclamar a los cuatro vientos la fortuna y la dicha que nos cupo en pertenecer a aquel alumnado de principios de siglo en que, la férrea conservación del orden, el cultivo intensísimo de virtudes morales y el vigoroso estímulo de deberes de estudiante y de futuro ciudadano, ambientaban, a la sombra protectora de la Virgen Asunta, la vida de entonces de la colegiatura, plácida y sin ajeteos, que hacía de muchachos, *Caballeros*, y que era un signo de gentileza de esta ciudad, tranquila y perfumada de silencio y de una comarca que desde «La Mancha» y «La Serena», alcanzaba hasta el Estrecho de Gibraltar.

En dondequiera que hemos posado luego, en los últimos cuarenta años: aulas universitarias de Sevilla, de Salamanca y de Granada; Escuela Normal y Escuela de Comercio; Academias e Instituciones de cultura, hemos cumplido el grato deber de declarar en públicas y vibrantes confesiones, lo mucho que debemos al Colegio Real de la Asunción de Córdoba, imán de nuestros fervores, lugar geométrico de nuestros sentimientos de gratitud de bien nacidos.

Esta, y no otras razones, habrán llevado sin duda al Director actual de la vieja Casa, a confiarnos la redacción de los renglones que siguen, en que, por primera vez, se ofrece su Historia, como uno de tantos modos de señalar el momento en que el Gobierno de España, y en su nombre el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, inauguró las últimas grandes obras realizadas por el Estado en el edificio, así como la instalación suntuosa del internado, en él hechas con los mejores empeños, para que nada tenga que envidiar, antes bien, pueda servir de modelo, a cualquier otro internado de los demás Institutos de Enseñanza Media de nuestra Patria.—Ser, pues, el único Claustral de entre los actuales,

que ha pertenecido al alumnado interno de nuestro Centro; el único que debe su formación a este Colegio tan cargado de brillante historia, es, la credencial que podemos presentar al lector de las páginas que siguen, en disculpa del atrevimiento de haberlas compuesto.

He ahí a falta de otro mejor, nuestro título de historiador de esta obra de docencia que fraguaron los siglos.

Capítulo I

Una ciudad sabia y un forjador de Santos



ÓRDOBA, que en su maternidad gloriosa había dado al mundo un hijo, cuyo nombre iba a pasar al idioma como sinónimo de «sabiduría», se preocupó, en todo tiempo, de la ilustración de la juventud. Igual en los siglos en que vivió y perseveró romanizada, que cuando la luz isidoriana alumbraba las mentes de los visigodos y mozárabes, igual en los momentos de tolerancia transcendental en que los musulmanes acudían, decididos, a los atrios de las iglesias cristianas, ávidos de aprender las letras, bajo signo de Cruz allí enseñadas, que a la hora misma en que los creyentes en la fe de Cristo oían lecciones de labios líbicos, confundidos y mezclados con los alumnos mahometanos de las Escuelas del Islám. Córdoba fué siempre culta y siem-

pre supo hacerse digna de este dístico que campea en sus Armas: «*Casa de guerrera gente y de sabiduría clara fuente*»; como de aquella frase consagrada en días califales: «*Es imposible encontrar aquí quien no sepa leer*».

Mas al mediar el siglo XVI, padeció con los demás pueblos de España, el gravísimo contraste: la convivencia de hombres muy doctos, que habían buscado y encontrado el saber en las famosas aulas salmantinas, con multitudes de ignorantes. Entonces, la ciudad sabía, feliz engendradora de Séneca y Lucano, de Osio y de Eulogio, de Averroes y Maimónides, de Fernando de Córdoba y de Juan de Mena, sintió la desazón de abrir escuelas para pobres, de fundar Colegios y de erigir Estudios, pues, según rezan documentos, ni Escuelas, ni Colegios, ni Estudios ni Maestros apenas había, que instruyesen a los desheredados, a los que, teniendo talento, no gozaban de medios ni posibles para acudir a las Universidades, ni hallaban facilidad para que, de muchachos, se les mostrasen las letras, y se les educara; y eso que, el Señor Emperador, al igual que antes lo hicieran el Rey Fernando el Tercero y algún otro Señor Monarca, anunciaba privilegios y franquicias «para atraer Maestros y Preceptores examinados de enseñar a leer mozos, sin lo que no se podía pasar en el Reino.»

El caso era que, la cultura, mal avenida, en un larguísimo pasado, con el estruendo guerrero de la Reconquista, seguía refugiada en los claustros conventuales y no quedaba otro recurso, si había de alcanzar a los más, sino que, Municipios y personas principales, se aprestaran a suplir, con su esfuerzo y con sus haciendas, el esfuerzo educador de la Iglesia y de los clérigos, para lo que era indispensable fundar, erigir, dotar o favorecer centros de estudio donde, niños y jóvenes, encontrasen la instrucción que necesitaban, procurando que ni un sólo ingenio se perdiese y que, el aprender y el recibir educación, no fuera prerrogativa de ricos, de aquellos que podían ir ceremoniosamente a Salamanca o a Alcalá, caballeros en mulas, con grande impedimenta de libros y equipajes, y nutrido acompañamiento de ayos y servidores, sino derecho de todos los que hubiesen recibido, de Dios, luces claras de inteligencia.

Además: la enseñanza de los manebos fué casi siempre cometido eclesiástico.—«Clerigo» y «hombre de letras», eran conceptos que significaban lo mismo; y nadie se atrevería a apartar al sacerdocio

de la misión educadora e instructora que, en todo tiempo, había tenido. Así, las Escuelas y Colegios que se demandaban, habían de ponerse en manos de Maestros o Preceptores presbíteros, o legos simplemente; pero formados bajo la mirada de la Iglesia, eterna madre de la enseñanza. Más, como no había sonado aún la hora en que, congregados los Teólogos, de modo ecuménico, decretasen la creación de Seminarios a la sombra de cada una de las sillas Episcopales, surgía otra necesidad más: la de que en esas Escuelas, Estudios y Colegios de indispensable erección inmediata, se pudiera instruir para el sacerdocio a todo joven, pobre o rico, que diese muestras inequívocas de sentir la llamada divina hacia el Altar, en servicio de Dios y de su Iglesia santa, único arbitrio con que multiplicar el número de Ministros de Cristo, de Misioneros y de Maestros; que si España, con ansias de Imperio, había de llevar por el mundo su religión, prendida en sus armas triunfantes y en sus banderas afanosas de gloria, era urgente y preciso preparar operarios que recogiesen, no muy luego, las mieses que tan abundantes habían de presentarse. De aquí que, nada se considerase en Córdoba tan útil y provechoso al bien común, hacia los mediados del siglo imperial, como el establecimiento, en la ciudad, sabia por tradición, de Escuelas donde dar las primeras letras, de Colegios donde se pudieran leer algunas Ciencias y Artes, de Estudios para la pública instrucción, donde los hijos de los vecinos se criaran y aleccionaran, guiados por la paciencia, el ejemplo y loables costumbres de Maestros y Preceptores, previamente formados en Escuelas clericales. Sólo así, se podrían preparar sacerdotes doctos, lo que se reputaba el primer paso, el más importante, y en el que había que poner suma diligencia.

Buscando la coyuntura favorable a la fundación de Escuelas y Colegios que dieran cabida a los talentos, en que era pródiga la comarca, se removía el público anhelo de la ciudad, madre de sabios, en torno al problema de la enseñanza de los muchachos, que había de ponerse al calor de la Iglesia; pero se pensaba que, por vivir ésta sólo de limosnas y ser pródiga en caridades, dando más que recibía, bien pudiera ocurrir que los planes y buenos deseos de los que habían de andar en tales fundaciones, se estrellasen contra la falta de bienes, con que formar a la mismas patrimonio suficiente y duradero.

¿A dónde había de dirigir su mirada el Concejo Municipal?

Córdoba, afortunada siempre, que había dado figuras relevantes al Mundo para que llevasen su nombre en triunfo por todos sus confines:—Séneca y Lucano en Roma; Osio en Nicea; Maimónides en Asia y Africa; Fernando de Córdoba en Francia y en Italia; Don Gonzalo, el invencible, en los campos de guerra contra moros, turcos y franceses—, había obtenido, además, por especiales predilecciones de lo alto, el hombre providencial, que en cada caso necesitara, venido de otras tierras a engarzarse en su Historia, para ayudarle a cumplir su destino eterno de ciudad católica y grande.

El empeño oficial de propagación de la cultura; el propósito de rescatar niños de la ignorancia y de hallar, al mismo tiempo, vocaciones eclesiásticas, tuvo logro cumplido cuando llegó un varón apostólico que nacido en la Mancha al entrar el siglo, coetáneo, por tanto, y amigo del Emperador; ordenado de sacerdote en 1525, y avenido a renunciar a sus afanes de ir a Indias, a convertir infieles, por quedar en Andalucía, ganando almas para el cielo, cruzó las calles cordobesas, y aposentado en la ciudad algunas temporadas, se dió, sin tregua ni descanso, a la más provechosa misión evangelizadora.—Ese varón, ese hombre iluminado, era Juan de Avila.

Con él sostuvo correspondencia el Cabildo Municipal, en los mediados de Noviembre de 1539, fiando en su probado amor a la infancia, para pedirle ayuda en la erección de un Estudio; y, quien tanto bien hizo por los reinos andaluces, quien recorría los barrios y las plazas de sus pueblos, llamando a los muchachos —vagabundos por falta de escuelas—, al son de una campanilla, para congregarlos en el templo y fertilizar sus almas inocentes con lluvia de sencillas palabras, no supo negarse a la petición de Córdoba. Desprendiéndose de un discípulo suyo, lo envió, prontamente, para Lector de Artes; y después se desposeyó de rentas de propia pertenencia, para aportarlas a esta primitiva fundación escolar, pidiendo a los Regidores que afectasen también bienes, de las arcas del Consistorio, «al gasto de obra tan santa y que tanto convenía a este pueblo». Tal noticia, que tiene salvaguarda documental, se ha visto desdibujada en el andar del tiempo; y se ha venido afirmando que, el pio favorecedor de la instrucción gratuita de pobres, fomentador de vocaciones para el sacerdocio, había fundado aquí un Colegio, guiado por Preceptores seglares con el título de la Asunción, y

radicante hacia el barrio de San Lorenzo o hacia el de la Magdalena, en lo que pudiera encontrarse antecedente vivo del otro, que, con igual nombre de «La Asunción de Nuestra Señora», se erigiera más tarde y estaba llamado a ser prestigio legítimo de la Córdoba sabia y obra fecunda de siglos, que dejaría plantado en embrión, en el centro topográfico de la urbe, el impulso feliz de un alma generosa guiada por el Siervo de Dios. Lo cierto es, que nuestra ciudad entra en la nómina de los pueblos —Sevilla, Granada, Baeza, Andújar, Montilla, Alcalá, Ecija o Palma—... por donde pasó Juan de Avila, dejando, como perfume de su palabra y de su acción caritativa, instituciones docentes creadas directamente por él, o procuradas por su celo, y capaces para resolver estas dos importantísimas cuestiones: enseñar a los que quisieran aprender, y criar clérigos virtuosos. Y si se demostrara que no pasó su intervención del envío de discípulos sacerdotes, hechura suya, que leyese Artes en el Estudio creado por el Ayuntamiento, siempre le estaría reservada la gloria de haber sido el afortunado gestor de la fundación, en Córdoba, de la Orden nueva, de la Religión Ignaciana, la cual, teniendo por cometido la enseñanza, plantó aquí, desde su advenimiento, Escuelas y Colegios y Estudios generales; y también la de haber movido el ánimo de un seglar munífico y piadoso, para que fundase el Colegio de la Asunción, predestinado a alcanzar larga y feliz supervivencia.

El insigne misionero de los reinos andaluces, era el guía seguro de almas, por sendas de virtud, hacia las altas cumbres de la santidad; mejor: era un forjador de santos. Incansable en la tarea, comprendió que iba a ser desmedida, para un hombre solo, y sintió la necesidad de ayuda y la precisión de preparar sacerdotes que fuesen, a un tiempo, misioneros y maestros, evangelizadores y educadores.

Pudo haber fundado, y no lo hizo, una Congregación religiosa de clérigos, contentándose con procurar la perfección de los Ministros del Señor, sus coetáneos, implantando, para mejor lograrla, la vida en común con sus discípulos. Cuando ya estaban formados a su manera, los enviaba a los pueblos y lugares de donde se los pedían, a practicar sus lecciones, sin que se separaran del apóstol, puesto que éste los seguía dirigiendo por carta, mientras ellos se hacían dignos de su magisterio, predicando con la palabra y con el ejemplo. Por villas y lugares llevaron, los seguidores de Juan de

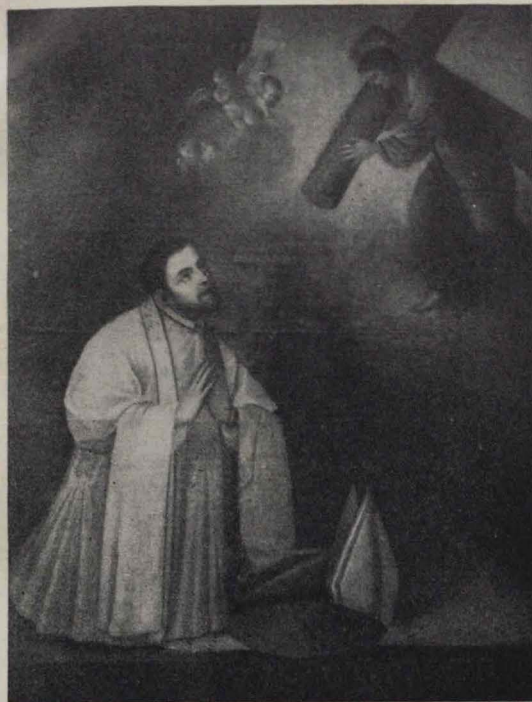
Avila, sus mismas maneras de enseñar y de predicar. Como él, —pues que de él lo aprendían— eran austeros, abnegados, sencillos y desinteresados. Por sus humildes vestiduras tálares, se les conocía entre los demás sacerdotes. Viajaban en jumentos y no se hospedaban sino en Hospitales y sacristías. Vivían vida incómoda y mortificada y jamás aceptaron dádiva ni estipendio.

El Maestro les hacía sentir el deber de ser santos porque a su juicio, no habiendo en el mundo cosa más alta que la dignidad sacerdotal, todo clérigo había de vivir entregado a practicar y a enseñar la virtud.

Se proponía, el inimitable predicador apostólico, regenerar al pueblo; y porque quería aprovechar los instantes, y ansiaba ver pronto multiplicada su acción evangelizadora, proyectándose en muchos lugares a un tiempo por medio de sus discípulos, preparaba la empresa procurando que ellos fuesen dotados, previamente, de una completa y perfecta formación intelectual.

Formar clero en letras y en virtud era su firme voluntad, y como sabía que para acertar a enseñar al pueblo el Evangelio y para mover a todas las clases sociales a vida arreglada y devota hacían falta estudios y preparación de sus operarios, fundaba o inspiraba la fundación de Colegios donde los jóvenes, con vocación sacerdotal, crecieran en santidad al mismo tiempo que adquirían preparación literaria y científica para mejor trabajar, luego, en la salvación de las almas. Quiso obtener la Reforma Eclesiástica y la recristianización del país, por medio de Colegios, y repartió las horas de su vida, sin ahorrar tiempo para el descanso, entre su trato con Jesucristo —vida de oración y de penitencia—, y la tarea de hacer santos, no sólo a los que ya estaban en camino de serlo, sino a cuantos clérigos o aspirantes al sacerdocio caían en la órbita de sus cuidados espirituales y de su dirección.

Así, Juan de Avila, piadosamente pensando, pudo presentarse un día ante el Divino Juzgador llevando consigo una legión de escogidos, aleccionados por su palabra o por su pluma, puestos por él en camino de bienaventuranza: un ejército de almas justas preparadas por su magisterio; incontable número de dirigidos que se empezaron a santificar desde que, siendo muchachos, pusieron el pie en el dintel de las Casas de estudiantes que la Religión debe a este singularísimo clérigo Maestro.



... hay un gran cuadro que representa al Beato Juan de Avila en una de las escenas mas significativas de su vida: cuando, vestido de sobrepelliz, yendo en Granada a la procesión del Corpus, se le aparece el Nazareno ...

Sus sermones y sus cartas y simplemente su trato de gentes en Andalucía, obtuvieron frutos destacados, como los de ningún ministro del Señor; a ellos se debe la mutación del Marqués de Lombay en San Francisco de Borja; el volunto impetuoso, casi alocado, del patriarca San Juan de Dios; la tranquilidad de espíritu lograda por Santa Teresa al pedirle aclaración a sus dudas, en cartas saturadas de místicos aromas; el consuelo de San Ignacio al consultarle sus tribulaciones; la conversión devota de la predestinada Doña Sancha Carrillo; el deleite espiritual con que le visitaba Fray Luis de Granada; la salvación de Doña Leonor de Córdoba; el cambio de vida del famoso Don Juan, clérigo aseglarado; el envío a profesar a la naciente Compañía de Jesús de muchos claros varones; las obras docentes sufragadas, entre otros, por Rodrigo López, Capellán de Paulo III, o por la Condesa de Feria o por la Marquesa de Priego o por el Doctor Pedro López de Alba. Pero, la gran forja de santos que el venerable sacerdote supo hacer en estas tierras de Andalucía, recorridas por él muchas veces en fervorosas misiones, estuvo, en la creación, personal o indirecta, de Escuelas, de Colegios y de Universidades donde él y sus discípulos, abrieron a niños y a jóvenes, junto a las posibilidades del saber, anchos caminos de cielo, poseído como estaba de la idea de que entre todas las obras buenas a realizar, —y éste era su consejo—, ninguna con más merecimientos a los ojos de Dios que las que tendieran a disipar tinieblas de ignorancia o a aumentar el número de los ministros piadosos del culto divino.

En la amplia Sala Rectoral del viejo Colegio, presidiendo muchos retratos de sus benefactores y alumnos preeminentes, hay un gran cuadro que representa al Beato Juan de Ávila en una de las escenas más significativas de su vida: cuando, vestido de sobrepelliz yendo en Granada a la procesión del Corpus, se le aparece el Nazareno, desde un rompimiento de gloria, cargado con la Cruz, llagado y afligido, quejándosele de los pecados de los hombres en aquella festividad del Augusto Sacramento.

Al pie de la figura del Apóstol de Andalucía, arrodillado y estático, el rojo capelo cardenalicio y las mitras alusivas a los Obispos de Segovia y Granada —atributos arrojados al suelo— dan

a entender al observador que el Maestro había despreciado las tres dignidades eclesiásticas que sucesivamente le fueron ofrecidas, porque no otra cosa necesitó el bienaventurado, para escalar las altas cimas de la virtud y hacerse digno de dialogar con Jesucristo aparecido y de escuchar sus quejas, que su concepto de la excelstitud del sacerdocio, su sotana raída, su sobrepelliz y su estola de simple clérigo, y la tarea inigualada de forjador de santos y de salvador de multitud de almas.

Capítulo II

El Doctor Pedro López



A mano de Dios, que trajo al Maestro Juan de Ávila, desde su villa calatraveña, a tierras de Andalucía, llamó también, hacia Córdoba, a un caballero nombrado Pedro López de Alba, médico del Emperador Carlos de Gante. Había nacido, el Doctor Pedro López, en el pueblo de Madrigal, famoso ya por entonces por las luchas entre cristianos y musulmanes, a la hora de la Reconquista, como por haber sido cuna de la Gran Reina Doña Isabel I, y también patria de El Tostado, entre otros hombres célebres allí venidos al mundo.

Se dice que, Pedro López, fué enviado a cursar a la Universidad de Salamanca y que lo hizo con aprovechamiento.

La amistad del físico de Cámara con el apostólico sacerdote

manchego, bien pudo tener su origen en las aulas de la Salmanticense, donde ambos acudirían a realizar sus estudios en la segunda década del siglo: Avila a iniciarse en las disciplinas del Derecho, que pronto trocó por la vida austera y casi eremítica de su propia casa de Almodóvar del Campo y, López de Alba, en los conocimientos médicos, que debieron ser profundos, cuando le valieron más tarde el delicado encargo de velar por la salud de Su Majestad Cesárea. Mas, quien sabe si el encuentro acaeció más tarde en los claustros de Alcalá.

Fuere donde fuere, tal vez luego, el puesto ganado en la Corte por el Doctor, le vino por mano de su amigo de la juventud, pues que sabido es la estima en que tuvo el Emperador al clérigo apóstol, y así bien pudo ser éste, mejor que nadie, quien inclinara la Real voluntad hacia el otorgamiento, a D. Pedro, de los productivos ga-
jes de aquel oficio.

Es lo cierto que, cuando Juan de Avila hace de Córdoba y de su tierra escenario de su fervoroso celo por la salvación de las almas, y comprueba la falta que se sentía en nuestra ciudad y reino de facilidades para el estudio de las Sagradas Letras, lo que repercutía en carencia de vocaciones eclesiásticas y por ende en escasez angustiosa de sacerdotes que cultivaran la viña del Señor, el Maestro decide,—ya lo hemos dicho en el capítulo anterior—, que se lean aquí (ignoramos en qué lugar) Artes y Teología, y aún hace más: envía un Preceptor o Catedrático de los que a su sombra se habían formado con anterioridad, para que se ocupe en enseñarlas.

Acaso fuera por esta sazón, cuando, buscando Juan de Avila cooperadores para su sano empeño, pensara en el amigo de la juventud que, no teniendo hijos ni obligaciones y poseyendo algún caudal, bien había de poder emplearlo en la obra, tan meritoria como transcendental, de formar talentos y de aumentar el número de operarios espirituales de que carecía la comarca.

¿Llamó el clérigo insigne al médico palatino en su ayuda para fundar en Córdoba un Colegio de sacerdotes, o fué, por el contrario, el Doctor Pedro López, quien,—dirigido espiritualmente por el Siervo de Dios—, fué a buscarle a Montilla en consulta, antes de decidirse a invertir sus actividades y sus bienes en una provechosa obra pía?

Lo mismo da. Bien puede suponerse que el médico de Su Ma-

jestad, viéndose en el último tercio de su existencia, tal vez apartado ya del cargo que cerca de dos Reyes había desempeñado; y no teniendo mujer ni herederos forzosos, quisiera ganar méritos para su salvación, ejercitándose en caridades y acudiese por ello al consejo del Venerable. Dicen que su propósito era haber erigido un hospital y que como contara entonces Córdoba con muchos y algunos muy bien instalados, Avila apartó a López de Alba de esta idea, induciéndole a acudir, en cambio, en socorro de los jóvenes pobres deseosos de seguir la carrera eclesiástica; y que, el Doctor, puso mano en el intento, empezando por dar limosnas a estudiantes necesitados y, más tarde, trayéndolos a las propias casas de su morada, para allí alimentarlos.

Lo que está fuera de duda, es que Don Pedro, se sitúa en nuestra ciudad, lleno de santos afanes; que a Córdoba vincula su persona, sus bienes y su habitación; y que aquí hubo de rendir la jornada de la vida, luego de haber echado al surco la simiente cuyos frutos habían de perdurar siglos.

No debió ser su llegada anterior al año de 1567, porque al otorgar un documento en cierta Escribanía muy al principio de este año, no se llamó «vecino», sino «residente». Hay, sin embargo, quienes suponen, que ya, desde el 1548 había dado principio a su fundación y hasta fechan, por entonces, una Bula Pontificia aprobatoria del Colegio, cuya historia vamos componiendo. No es admisible esta opinión, por cuanto en la larga serie de acuerdos del Concejo de Córdoba, adoptados en 1553, sobre la conveniencia, en beneficio común, de establecer en Córdoba Estudios públicos, no se hace cuenta de la Institución para estudiantes pobres, que después vemos creada por López de Alba.

El Doctor debió posar en Andalucía, en los últimos años de vida de Juan de Avila, y después de sus conversaciones con el insigne misionero, en Montilla, vendría a planear su obra benéfica, comenzando por buscar un edificio susceptible de ser acomodado al fin que perseguía, construyendo, en él, las celdas unipersonales que, entonces, eran obligada distribución de la planta material de todo Colegio. Es positivo que, Pedro López, pasa ya en nuestra ciudad todo el año de 1567, pues que a lo largo de ese periodo, aparece firmando poderes para que, en su nombre, sean cobradas deudas en Sevilla; cediendo créditos a sobrinos suyos, allí residentes, y

solucionando otras cuestiones jurídicas, relacionadas con su patrimonio.

Al año siguiente, en el de 1568, ya está aposentado en una casa principal de la collación del Salvador y, para ampliar su área, se le ve tomar en arriendo otras casas junto a las suyas que, por recaer a otra calle de la espalda, pertenecían a la collación de Santo Domingo de Silos; y, no muy luego, adquirir por compra otros edificios, también contiguos, con idéntico propósito.

La erección del Colegio, por el Doctor Pedro López, debió hacerse, según los más exactos cómputos, en el año de 1569, coincidiendo con la edificante muerte de su consejero y de su amigo, el Venerable Maestro Avila. Al menos así lo da a entender en distintos documentos otorgados ante la fe pública y en testimonio de verdad. Cuando surgió la necesidad de singularizar con un nombre el Colegio que se fundaba, sin duda fué ocurrencia feliz del fundador, ponerlo bajo la advocación de la Virgen, en el Misterio de su traslado a los cielos, optando por denominarlo «de la Asunción de Nuestra Señora», quizá por ser este título mismo el de la parroquia de Madrigal, en la que, Pedro López, recibiera la fe, con el agua del bautismo.

Diez y nueve años, —los últimos de su existencia—, vive en Córdoba el benemérito favorecedor de los estudiantes pobres de ella. No cesa un instante, en todo ese lapso, de laborar por su Colegio. Así se nota en los numerosos documentos que otorga, no ya solo para perfilar su fundación, sino para dotarla de bienes y asegurarse de que, al llegar su hora postrera, no ha de inquietarle el temor de que la obra se malogre por faltarle su sostén y la ardiente caridad que le movió a erigirla. Toda la actuación del Doctor Pedro López, en ese tiempo que tuvo a Córdoba por escenario de su generoso proceder, está inspirada en el más fervoroso celo por la gloria de Dios y por las vocaciones eclesiásticas, que no otros sentimientos habían de mover a quien tuvo la dicha de ser amigo, y tal vez dirigido espiritual, del Venerable Padre y Maestro.

No se cansa de hacer patentes, en palabras y obras, sus anhelos por que se crien en nuestra ciudad personas de letras y virtud, que puedan aprovechar en el culto divino y servicio de la Iglesia. Nunca cree que las cosas que hace, con tal fin, sean perfectas y por ello las retoca y mejora en sucesivos actos, confiando siempre

en que su deseo logrará, con la gracia y el favor divinos, la máxima eficacia. En verdad edificante es su manera de proceder para con el Colegio, —desde que dá los primeros pasos para instituirlo, hasta que la muerte lo separa de su gobierno y patronato—, moviendo a otras personas principales, en favor de la idea y recibiendo de ellas muy elocuentes muestras de adhesión y ayuda. Esto se entiende en el orden económico: que, en el personal y directo, sólo una persona comparte con él la pesada carga del régimen, del gobierno y de la procura de haberes y rentas: es el sacerdote Pedro de Bujeda, que tan bien ganada tiene la confianza de López de Alba, del que puede decirse, con fundamento, que es su verdadero «alter ego».

La hora final no había de sorprender al destacado benefactor de Córdoba, descuidado de dejar expresada su voluntad postrera, sobre todo en lo que con su Colegio se relacionara. Dos testamentos otorga—que sepamos—, y los dos amplios y solemnísimos; a 9 de agosto del 1574, uno; y, el otro, a 4 de agosto del 88; y tanto en aquél como en éste, resplandece su ideal cristiano, su generosidad ejemplar, su celo por la eficacia de la tarea que años antes emprendiera, con tesón no igualado.

La profesión de fé con que comienza a disponer su última voluntad, es conmovedora y edificante. La humildad con que designa sepultura, sin elegir éste ni aquél lugar, sino dejando, al parecer de sus albaceas, el monasterio o iglesia en que había de hallar reposo su cuerpo, acredita el poco interés que siente por los que han de ser sus despojos mortales y la circunstancia de no tener erigida en su Colegio, por aquella sazón, Capilla con enterramiento, pues de otro modo, lógico hubiese sido, que en su suelo o en sus muros se mandase enterrar, para no separarse, en muerte, de los muchachos pobres, futuros ministros del Altar, a quienes dió su casa y los mejores arrestos de su activa y ejemplar caridad. De lo que sí se preocupa, con tenaz empeño, es de que por su ánima se apliquen misas y exequias, mandas y limosnas para ganar indulgencias y perdones.

En punto a la erección de su Obra-pía, en ambos testamentos, dice, con variantes de poca importancia, que su voluntad fué y era que en Córdoba hubiese un Colegio de estudiantes pobres, que estuviesen y residiesen en él, bajo la obediencia de un Rector; y que, para ello, había comprado unas casas principales en la colla-

ción de Santo Domingo, cuyos linderos señala, al pié de las en que, él, hacia su morada; casa que acomodó a los fines pretendidos, construyendo sus celdas y en la que puso, desde el principio, por Rector, al Padre Pedro de Bujeda, clérigo presbítero, intitulándola con el nombre de «Colegio de la Asunción de Nuestra Señora». Nótese ya en el texto de la primera de dichas dos disposiciones testamentarias, que ha puesto sus fervores en la naciente Milicia de Jesús, en la Religión ignaciana; y que tiene gran predicamento en el Colegio de la Compañía recién fundado en esta ciudad, pues que en él otorga documentos, a su Rector atribuye el arbitraje, caso de discrepancia entre los ejecutores de su última voluntad y de entre los Jesuitas dice haber elegido, por confesor, al Padre Diego de Córdoba. También se paladea en el espíritu y letra de estos documentos públicos que, el Doctor Pedro López, tuvo un solo colaborador decidido y leal a lo largo de los años que duró la consolidación de su idea: el clérigo Bujeda, a quien pagó su leal ayuda depositando en él su plena confianza, para todo lo que se relacionara con el Colegio, con su régimen, administración y gobierno y hasta con los negocios familiares y privados del testador, confianza que no tuvo ni el límite natural de la muerte de quien la otorgaba, pues para después de ella, quedó Bujeda atribuido por reiterados encargos del Fundador, de misiones y cometidos transcendentales. Lo apodera ampliamente cuando es preciso, lo nombra su albacea, lo hace Rector vitalicio del Colegio, lo exime de dar cuentas, le transfiere plenitud de mando, para hacer y deshacer, y hasta ordena que si se cansara del Rectorado, pueda elegir ayuda y sustitución y quedarse en la Casa de estudiantes, debiendo ser alimentado y atendido en ella.

Las únicas variantes que entrambos testamentos ofrecen, estriban en que, en el primero no hace mención de sus familiares de sangre, ni les lega bienes algunos, tal vez porque pensara estampar alguna de estas liberalidades en memorial o memoriales que a modo de codicilos anuncia y, en el segundo, manda cincuenta mil maravedis, en cada un año, sacados de rentas de su hacienda, a su hermano el Licenciado Agustín López, cirujano, vecino de la ciudad de Zamora; y muerto éste, a su cónyuge, y en defecto de ambos, a otros parientes, sus sobrinos y resobrinos; y en que, cuando testa en 1574, instituye heredero, en el remanente de sus caudales, al Co-



DON PEDRO LOPEZ DE ALBA

(El Doctor Pedro López)

Fundador efectivo del Colegio de la Asunción de Nuestra Señora entre los años de 1569 y 1588.

legio de la Asunción, para que los tenga por bienes de Propios suyos, mientras, cuando otorga en 1588 su última voluntad, dispone que todos sus bienes los haya y herede Pedro de Bujeda; y después que los tenga y los posea los use y los goce por los días de su vida, suceda a este clérigo, en tal herencia, el Colegio de estudiantes pobres por el testador en buena hora fundado.

Murió el Doctor Pedro López, no podemos precisar cuando; pero sí que debió ser a fines del año de 1588, señalándose, como fecha probable, el mes de noviembre, a poco de hacer su última disposición testamentaria. No hay libros sacramentales de esa época de la parroquia de Santo Domingo de Silos, a la que pertenecían sus casas dedicadas a Colegio, ni hay rastro seguro de la fecha en que se extinguiera la vida virtuosa del gran favorecedor de los ingenios cordobeses y fomentador de las vocaciones para el sacerdocio, como tampoco de la inhumación de su cuerpo yacente en la iglesia o monasterio que eligiera entonces Pedro de Bujeda. Es de creer que tan luego como el Colegio tuvo capilla con cripta o hueco subterráneo para enterrar a sus Patronos, —y ello fué en el primer tercio del siglo XVIII—, se buscarían los despojos mortales de Pedro López y se traerían a reposar, perennemente, en el lugar que mejor puede prestarse a la evocación de su magnífica obra piadosa.

Desde el cielo de los escogidos, acaso asiste cada día a los cultos que, en la dieciochesca capilla, clara, barroca, y primorosa, celebra la colegiatura, el espíritu de aquel hombre—todo generosidad—que obedeció el designio de Juan de Avila, tomando su consejo por un mandato providente y viniendo a dar a Córdoba lo que, entonces, se reputaba lo más necesario para bien de la Iglesia y provecho de la juventud.

Capítulo III

La Fundación



E ha dicho, con frase feliz, que «la fundación espiritual» del Colegio de estudiantes pobres de Córdoba, correspondió al Beato Juan de Avila; y, también, que habría que fijar su fecha forzosamente entre los años del 1549 al 1569, etapa, última de su vida, en que residió el Apóstol en los pueblos andaluces.

Verdad es, que nadie podrá disputarle este título de «primer fundador», si bien la historia depurada de la institución, reclame para el Doctor Pedro López, el derecho a compartirlo.

Todos los biógrafos del Maestro Avila, señalan sus inquietudes santas ante la carencia de medios que se notaba en Córdoba, como en toda la comarca, para facilitar a los pobres el estudio de las

ciencias eclesiásticas y de sus obligados prolegómenos; y, nos relatan cómo en esta ciudad, en donde su palabra resonó en hechos magníficos, el celoso misionero buscó soluciones, de abajo a arriba, es decir: poniendo sus mejores empeños en que los niños fuesen aleccionados en la doctrina cristiana y en captarlos, después, para el sacerdocio.

El enviado de Dios, dedicó sus horas y sus energías a la catequesis y para mayor amplitud de su tarea, formó discípulos, de los propios muchachos por él recogidos del arroyo, para que, ya instruidos, le imitasen en la siembra de la simiente evangélica y en despertar otras vocaciones para el servicio del Santuario. La obra de Avila, era, aquellos jovencuelos que le escuchaban, boquiabiertos, en las calles o en el templo. Mas, como él se había hecho pobre, dando cuanto tenía o recibía en caridades sin cuento, necesitó, en todo caso, cooperadores decididos, personas piadosas capaces de entender el verdadero alcance de esta conquista, hasta desprenderse de sus bienes para aportarlos al remedio de la mayor necesidad que la Patria y la Iglesia sentían por entonces. Y, era el caso, que no se podía intentar abrir un Colegio sin que previamente se contase con renta para mantener a maestros y a discípulos, pues de lo contrario, las tareas del estudio padecerían con la dificultad de tener que procurar el sustento diario. Quien ayudase a Juan de Avila, cooperando a tales exigencias, lograría compartir con él sus altos merecimientos a los ojos de Dios. El Doctor Pedro López, fué, de este modo, el más eficaz instrumento que el sacerdote calatraveño iba a encontrar para la fundación del Seminario que las circunstancias demandaban en nuestra ciudad.

Ya se dijo, cómo lo hizo en principio: repartiendo dávivas a ciertos estudiantes pobres, a muchachos piadosos, que, sintiendo ya la llamada al sacerdocio, pudieran, rescatados del trabajo, ocupar su tiempo en los libros y en las prácticas religiosas; y, más tarde, y considerando necesaria para el perfeccionamiento moral de aquellos niños la vida en común, cómo el Doctor les llevó a su propia casa o a las que arrendara al pie de ella, para que aposentándose en su compañía y alimentándose a su mesa, recibieran en las horas de estudio, la enseñanza de alguno o de varios de los Preceptores que el Venerable le recomendaba.

Pero, pronto crecería, aunque no mucho, el número de mucha-

chos y se haría difícil dar a la morada del caritativo y celoso médico, carácter y traza de Casa de vocaciones o modesta Escuela donde la población infantil de los futuros sacerdotes de Cristo, misioneros y maestros del Imperio español, tal cual Avila los soñara, hallasen acomodo adecuado, salas para los repasos, capilla para los rezos, celdas aisladas para la plácida meditación sobre las verdades eternas.

Veinticuatro eran los alumnos de este primitivo Colegio de pobres estudiantes que López de Alba reunía bajo su techo, a la sazón en que los cifra en uno de los documentos que hemos leído. No era, por lo demás liviana ocupación la de reunir el acervo patrimonial que exige toda obra que no se quisiera ver expuesta a extinguirse cuando se extingan las vidas de quienes la idearon; y de aquí, que el Fundador efectivo, el Doctor Pedro López, se nos muestre en los papeles y noticias de nuestro estudio, ocupado, sin tregua ni descanso, ya en adquirir inmuebles, que, unidos por los tres rumbos a sus Casas principales, proporcionasen mayor amplitud al ámbito colegial; ya en negociar créditos con que a su favor contaba; ya en redoblar su patrimonio privado mediante compra y toma de dinero a censo, para negociar y proveer a los cuantiosos gastos que se le originaban; ya en mover en favor de la institución naciente, la buena voluntad de otras personas munificas; ya, en fin, en formalizar repetidas donaciones o en otorgar testamentos y dictar memoriales que asegurasen la continuidad secular de la gran obra que creaba.

Que el Colegio de la Asunción de Nuestra Señora tenía en Córdoba existencia legal, al menos desde el año de 1569; y, que el Concejo Municipal lo protegía desde entonces, no puede dudarse si se atiende a la noticia, respaldada documentalente, de que López de Alba acudía en aquel tiempo al Cabildo de señores Veinticuatro a reclamar la renta anual de doscientas fanegas de trigo, que para su Colegio le tenía concedida y en cuyo pago se descubría morosidad.

La fundación solemne no se perfila hasta más tarde. No era lo mismo crear que erigir, que establecer y que fundar un Colegio u otra Obra Pía. El de Córdoba, que nos ocupa, pudo tener principio o ser creado o erigido o establecido en sucesivas fechas; y, más tarde, en otras, ser solemnemente fundado. Lo funda quien le da

bienes o renta, riqueza o fondos, en el acto y por Escritura o Escrituras de fundación, para que se conserve y sostenga en lo sucesivo; quien procura el patrimonio; quien aporta la masa de bienes para que lo fundado subsista y no perezca. La Santa Escuela de estudiantes pobres de Córdoba, creación, erección espiritual de Juan de Avila, encuentra en el Doctor Pedro López el decidido fundador: el fiel traductor en hechos de la alta idea del director de su alma. El Maestro, descubre el camino y lo señala. El dirigido, lo emprende al calor de su fervorosa piedad y a impulso de su deseo de hacer el bien a la Iglesia y a Córdoba. Avila dice, de qué modo se hallarán sacerdotes ejemplares, buenos clérigos que, luego, puedan aleccionar y adoctrinar a los demás; el físico de Su Majestad, maestro en Artes y en Medicina, ejecuta con voluntad decidida, dándole cuanto puede, en aras del nobilísimo fin, la buena obra de salvar talentos, de ahuyentar la ignorancia, de educar en virtud y en letras a muchachos destinados a tornarse nada menos que en Ministros del Altísimo.

Entre los años de 1574 y 1588, se traza formalmente la Fundación y así lo acreditan documentos a la luz de la fe pública otorgados. Por aquel tiempo había ya obtenido para su Colegio el Doctor Pedro López, por privilegio de S. M. cierta renta de maravedís de juro en cada un año, sobre las alcabalas de Córdoba, que acaso fuera pervivencia de la misma merced Real, que Juan de Avila había logrado en 1540, cuando pidió ayuda para establecer el Seminario que la ciudad solicitaba y él apetecía.

El 9 de Agosto de 1574, López de Alba testa, como ya quedó dicho, estando en una de las estancias de las Escuelas de Jesuitas y ante el Escribano Rodrigo de Molina. Tal acto de última voluntad, lleva estampado el relato sintético de cuanto el testador había hecho ya, en orden a la erección del Colegio, que hacía un lustro tenía creado en su propio domicilio y casas contiguas, y le nombra heredero de estos inmuebles y de otros bienes que quiere que pasen a ser los «Propios» de su institución. Dichas pertenencias eran por aquellas fechas, a más de los edificios en que radicaba la Escolanía, otras casas en el mismo barrio, unos censos y juros, importantes crecida suma de maravedís al año, juntamente con ciertas liberalidades, por entonces ya recibidas en manos del Doctor y para su Obra: una manda hecha por el Jurado Francisco de Herrera; una

cuantiosa renta que perpétuamente le legara por testamento, con determinado empleo, la más caritativa dama que ha conocido Córdoba en el tiempo, Doña Teresa de Córdoba y Hoces, señora de la más alta alcurnia; y otros frutos de que le había hecho merced, en Marchena, bajo determinadas condiciones, el señor Duque de Arcos. Anuncia Pedro López en su escritura de postrera voluntad, que dejará uno o varios memoriales en los que largamente ha de tratar de la fundación de su Colegio, dándole reglas de gobierno.

No transcurren muchos días, después de otorgado el aludido testamento, cuando el Doctor acude de nuevo ante la fe del Escribano y modifica su propósito de dar por sucesión *mortis-causa* lo que más eficazmente se podía transferir por actos *inter-vivos*. Una carta solemne, otorgada justamente un mes más tarde, contiene la donación, pura, perfecta, acabada y no revocable de las Casas en que los Estudiantes pobres de la Asunción se albergaban, con su huerta, su noria, su alberca y todas sus pertenencias, para que tales edificios fuesen bienes de Propios del naciente Colegio, del que recaba para sí el Patronato, dirección, gobierno y superioridad, tal y como dice venir haciéndolo desde el principio de la colegiatura y sin intromisión de persona alguna eclesiástica ni civil. El clérigo Presbítero Don Pedro de Bujeda, ya Rector del Colegio, aceptó la donación.

Unas normas o Constituciones debían haberse dictado en aquellas horas para la Casa de estudiantes pobres, cuando en el escrito de donación se fuerza a guardarlas y cumplirlas así en lo tocante al régimen general de la colectividad, como en el oficio de cada uno de sus componentes. Este sería el primer reglamento que rigió en nuestro Colegio.

Poco más de un año después, —el 28 de Noviembre de 1575—, el Doctor, en las Salas de las Escuelas de la ínclita Compañía y en presencia de algunos Padres Jesuitas, otorga un documento solemne de creación, institución y fundación de su Colegio de pobres, en el que no solo renueva la donación de las Casas, sino que comprende los ducados de dinero de Doña Teresa de Córdoba, la merced del Duque de Arcos, la manda del Jurado Herrera y otra de D. Alonso Cabrera, consistente en un cahiz de trigo, para que con tales bienes se formase la cóngrua que quedaba afecta perpétuamente al sustento cotidiano del Rector, los Colegiales y la servidumbre. Esta

fué verdaderamente la primera escritura fundacional. Por ella López de Alba levanta la reserva, antes hecha a su favor, de administrar y gobernar su Colegio, para conferir esta misión a los Padres Jesuitas; al que ocupara el provincialato de Andalucía y a los Rectores respectivos de sus Colegios de Córdoba y Montilla con facultad de elegir Patrón o Patronos, clérigos o legos. También les facultaba para mudar las Constituciones según las exigencias de los tiempos.

Pasan cuatro meses y en 4 de Abril de 1576, torna López a retocar su otorgamiento. De nuevo ante el Escribano, se desapodera del Colegio y de su patrimonio y rehace la erección, institución y fundación, añadiendo más cumplidamente nuevas condiciones. Cadena de gestos generosos, de liberalidades, de mandatos, de normas y prevenciones que son trayectoria que conduce a la seguridad de que empresa cristiana tan bien nacida, no pudiera verse malograda.

La Fundación, estaba hecha; pero le faltaba un requisito indispensable: que el Rey la aprobase y, sobre todo, que hablara la Iglesia para darle su beneplácito y, con él, fuerza, vigor, autoridad a lo instituido. La venia de Su Majestad hubo de ser pedida, cuando de la Cancillería del señor Don Felipe, salieron dos Provisiones hacia Córdoba; una dirigida al Obispo y otra al Corregidor, para que informasen sobre la Fundación de López. A la Iglesia era, en definitiva, a quien estaba atribuida la potestad de convertir la Casa del Doctor en Seminario. Y lo hizo por boca de Su Santidad el Papa Gregorio XIII, movido por las preces o súplica que el propio Pedro López, en elocuente memorial, elevara hasta la alta Cancillería Pontificia.

La voz del solicitante presentó a la papal consideración, rezumante de celo por la mayor gloria de Dios y llevado de pía devoción, el deseo de que en Córdoba encontraran los pobres muchachos capaces de letras, escuela o Colegio donde educarse e instruirse en el conocimiento de la ciencia saludable. Supo el Santo Padre, por el pedimento de López, que este había dispuesto de una casa suya y de otras linderas luego adquiridas por él, para aposento de los estudiantes, en la que deseaba tener Capilla y que en ella se estableciera el culto divino; que había aplicado al Colegio en embrión, en calidad de dote, sus bienes propios y las mandas y rentas de los de otras

personas por él movidas a esta caridad; y, que por su deseo, ya aceptado, los ignacianos habían de ser perpetuamente los administradores y gobernadores de la Asunción de Córdoba, con facultad de elegir Patrono y de nombrar Rector.

El bondadoso Pontífice, leído aquello y comprobado, habló en un Rescripto expresando, ante todo, su gustoso propósito de que en cada uno de los lugares y ciudades insignes de la catolicidad, se levantasen Colegios en los que buenos maestros en Artes y en Ciencias instruyesen a los escolares pobres en las sanas costumbres al mismo tiempo que en las verdades sagradas para que luego pudieran ser destinados a la elevada misión del sacerdocio; y añadió «que sabía, cómo en la ciudad de Córdoba y en su distrito y jurisdicción, había, con la bendición de Dios, muchos niños, de buena indole pero pobres y privados de enseñanza gratuita que permanecían en perfecta ignorancia y no podían ser llevados a las disciplinas liberales y disciplinas católicas y por tanto no alcanzarían el destino a los divinos misterios».

Haciase eco el Papa, en las líneas de su diploma, de estar ya el Colegio de la Asunción en marcha, creado y residiendo en él los escolares, viviendo vida honesta y disciplinada y dedicados con fervor al estudio; de que, con ayuda de Dios, podían ser admitidos y recibidos otros más; de que los bienes ascendían y sobrepasaban de la suma anual de cuatrocientos ducados de oro, suficiente sustentación para un grupo de quince estudiantes, y que, para suplir el gasto, si faltare, se podía contar con otros bienes concedidos al solicitante Pedro López; y, por fin, añadía, que siendo su deseo que en el tiempo de su Pontificado en la Silla Apostólica floreciese y se aumentase en todas partes la enseñanza de las buenas Artes y su estudio, accedía a la súplica del Doctor Pedro, erigiendo e instituyendo la Casa del mismo, en Colegio, en el que residieran por cierto tiempo los escolares indigentes que se dedicasen y formasen en las Letras y en la Teología, teniendo allí Capilla en la que se celebrasen misas y otros actos del culto y oficios divinos, a tenor de todo lo pedido, subordinando la concesión a la existencia en este Seminario del número mínimo de quince muchachos y confiando su régimen en lo espiritual y en lo temporal, visita y corrección a los dichos Provincial de los Jesuitas de Andalucía y Rectores de sus Casas de Córdoba y Montilla.

Mostró Gregorio XIII, en el largo documento de erección e institución, su beneplácito sobre el destino de rentas y se dignó conceder el goce de los mismos privilegios, gracias, inmunidades, excepciones, concesiones, favores e indulgencias espirituales y temporales de que disfrutaban en aquel tiempo Rectores, Superiores escolares y personas de cualquier clase, de otros Colegios de los Reinos de las Españas y de todo lo demás de que pudiesen disfrutar en lo futuro. Estableció Su Santidad, para el Seminario que se fundaba, que se leyese y enseñase los mejores estudios de los maestros católicos de Física, Teología y otras facultades según se acostumbraba en los demás Colegios de la misma Compañía; y que cuando las disposiciones y Reglas hubieran de mudarse, según las vicisitudes de los tiempos, se pudiesen alterar y reformar, con tal que la mudanza no se opusiera a los sagrados cánones y principalmente a los decretos del Concilio Tridentino, finalizado hacía catorce años. Dió también al Colegio nuevo de la Asunción de Córdoba, inmunidad civil y lo declaró exento de la jurisdicción de los ordinarios de cualquier lugar, tomándolo bajo su alta protección, de la Sede Apostólica y de la Compañía de Jesús, y decretando que estuviese libre de toda visita, corrección e intromisión de los Obispos.

Así, tan solemnemente, dejó la bondad papal de Gregorio XIII erigida e instituida por su altísima autoridad de Vicario de Jesucristo en la tierra, la obra de su cristiano súbdito el seglar Don Pedro López de Alba, maestro en Artes y en Medicina, físico de Cámara, que era por entonces, de Su Majestad el católico Felipe, Rey de las Españas. Las Letras Apostólicas se dirigieron desde Roma y así se encabeza su texto, para que las ejecutasen, al Abad de Alcalá la Real y a los Deanes de las Catedrales de Córdoba y Granada, en forma de comisión pontificia atribuida a estas dignidades.

Ocupaba, a la sazón, la dignidad abacial de la Real iglesia alcalaina, en el santo Reino de Jaén, el Reverendo Sr. D. Andrés de Bobadilla y de la Cerda, hijo de los Condes de Chinchón, y pertenecía su territorio al marco del Tribunal del Santo Oficio de Córdoba.

.

Ya estaba obedecido el designio de Juan de Avila: Una escuela santa para el país cordobés. Ya había logrado el Doctor Pedro López todos los pronunciamientos favorables en pró de su Colegio para las vocaciones eclesiásticas. Veíalo creado, instituido, erigido y fundado, conforme a sus piadosos deseos; y, cuando, transcurridos tres lustros casi del Concilio de Trento, aún no había sido posible obedecer sus cánones en punto a la creación de un Seminario, fundación conciliar que en Córdoba no pudo tener realidad hasta el año de 1584, a la sombra de la Silla Episcopal, ocupada por el Obispo gallego Don Antonio Mauricio de Pazos y Figueroa, y a la de su Senado catedralicio.

La obra nueva, hechura de López de Alba, en principio, no sería perfecta cuando él mismo dice que espera confiado en la gracia y el favor divinos, que alcance luego la perfección deseada. En número, tampoco debió ser crecida la afluencia de colegiales sin embargo de no haberse abierto todavía otro Seminario. Ignórase el volumen de las demandas de ingreso en nuestro Colegio; pero debió ser reducida la población escolar. El caso era que los Padres Jesuitas de Santa Catalina, que tenían abiertas sus Escuelas y Estudios desde 1555, en el edificio de la Compañía, contaba con más de 600 alumnos, pronto convertidos en 800, lo que quiere decir que la ciudad vibraba en deseos de aprender. No obstante, a las fuentes de la Asunción, acudieron al principio pocos jóvenes a beber las lecciones provechosas de la ciencia sagrada. El patrimonio, tampoco permitía otra cosa.

El Fundador, enardecido, no descansaba en sus sanos propósitos. De continuo estaría asesorado por los Padres Jesuitas, que sabían, de ciencia propia, desde el inicio de sus actividades pedagógicas, que las tareas de todo Colegio crecen cada día en exigencias pecuniarias. El Rector de Santa Catalina y el de Montilla le guiarían en tales menesteres, y es lo cierto que, el Doctor López, después de la Fundación y de la institución pontificia no desmayó un instante en la tarea de proveer de medios vitales la Casa erigida. Pruébalo una cuarta escritura de donación otorgada por el munífico Don Pedro, en 14 de Julio de 1588, cuando, sin duda, su vida se acercaba a su término. Aunque ya había dado, de palabra, todos los frutos y rentas de sus bienes y hacienda en favor de sus estudiantes pobres y éstos venían en su disfrute, como cosa propia, por una nueva liberalidad, les transfiere en esa ocasión los Cortijos de

Valhornilla, del término de Castro del Río; las hazas de Illanes que había comprado en Espejo, y las tierras del cortijo del Toril, a más de los provechos de sus restantes bienes raíces, casas, censos juros y cuantas posesiones tenía, reservándose sólo el dominio directo de estas mismas pertenencias y los ochenta mil maravedí que, en cada año, llevaba de gaje de Su Majestad, sin duda por el oficio que había ejercido en la Real Cámara, con lo cual creía tener bastante para su sustento. En esta última entrega, como en las que le precedieron, se paladea, junto a la abnegada caridad de Fundador, la absoluta confianza que tenía desde el principio puesta en su lugarteniente Pedro de Bujeda, al que encomendaba la administración plena del Colegio, sin que nadie pudiera pedirle cuenta de ella.

Tocaba a su fin la fundación y también la resistencia física del generoso Doctor. Cargado de años, López de Alba, tal vez siente la muerte cerca de sí, y dicta el que tenemos por su último testamento. Ello fué el día 4 de Agosto de 1588, el año mismo de su última donación conocida.

La historia de su piadoso empeño aparece reproducida con toda claridad en esa su decisión postrera a la que, en el capítulo anterior, también se ha aludido. Su confesor, el jesuita Diego de Córdoba, y el clérigo Bujeda, son sus puntos de apoyo para resoluciones posteriores, esto es, para que cumpliesen los encargos que les tenía confiados. En Bujeda muestra el Doctor la confianza de siempre; en el director de su espíritu, la simpatía y el amor que siente por la Compañía, a la que va a investir del cometido que primero él desempeñó y luego Bujeda heredaría por los días de su vida.

Este testamento, es el último acto solemne de Don Pedro, de que tenemos noticia en la serie de sus determinaciones en pró de la Casa establecida. La alusión a la escritura fundacional—la del 4 de Abril del 76—, que él considera la de mayor alcance, por la que adjudicó los bienes a su Colegio; la investidura perpetua que da a Bujeda con facultades para nombrarse sucesor y removerlo si le pareciese; las mandas a sus parientes propios; el anuncio de la aparición, aún después de su muerte, de Memoriales suyos o de Bujeda, que recogiesen su último designio o tocaran al régimen de la Escolania a los que da validez plena... todo ello y la institución de heredero a Bujeda, mientras viviese, y después al Colegio, así como las

reglas de administración, que hemos leído en uno de esos Memoriales con alcancé de codicilo, prueban a las claras, que en la mente de Don Pedro López de Alba, no hubo otra preocupación desde sus parlas con el Venerable Avila, antes de 1567, hasta los días postreros de su vida, sino el supremo empeño, el magnífico interés, el ejemplar anhelo de dilatar el Reino de Dios a través de la Obra que la Providencia había dejado caer en sus manos. Por la eficacia de su institución, vivió desvivido más de veinte años y su constancia fué premiada. El vivero de predilectos, ornato de la cristiana Córdoba, iba a alcanzar estabilidad más firme que el tiempo y más duradera que los hombres. Era que la idea, inspirada por un santo y forjador de santos, tenía en sí la perennidad propia de las cosas de Dios.

Capítulo IV

A sombra y gobierno de la Compañía de Jesús



que inspiró la gran idea de «criar estudiantes pobres para obreros de la Iglesia», y el que la puso en práctica, parece que leían en el porvenir al cifrar sus propósitos de continuidad, en el deseo de que la institución viviese a sombra y gobierno de la Compañía de Jesús. Más de cuatro mil Casas de estudiantes, —entre Universidades y Colegios—, se fundaron en España en aquellos tiempos y pueden contarse con los dedos las que han llegado a estas fechas. Si la nuestra ha sido una, sin duda se debe a que sus cimientos se echaron sobre las actividades docentes y de gobierno de la Congregación religiosa, entonces recién nacida, a la que, su Patriarca, había confiado misiones de tan necesaria permanencia, como la propagación de la Fe en el mundo entero

y como la de dar a la juventud, de todos los tiempos y lugares, educación sana y santa, prodigada ampliamente en Colegios propios o ajenos.

Largos años mediaron desde que López de Alba cerró los ojos, hasta que los jesuitas, expulsados del país por Carlos III, tuvieron, por fuerza, que dejar de su mano el Colegio de la Asunción, y ni un solo momento, en ese tiempo, ni antes, vivió la colegiatura privada del calor y de la ayuda que al primitivo impulso prestó la familia ignaciana.

En el cúmulo de papeles que en el Archivo de nuestro Colegio se han atesorado y que entrañan la auténtica historia de esta secular institución cordobesa, ha de haber rastro seguro de una carta, anotada en inventarios antiguos como precioso documento enviado al Doctor Pedro López por el Padre Everardo Mercuriano, segundo general de los iñiguistas, en la que le ofreció «que la Compañía le ayudaría a su fundación en todo lo que fuese de su instituto». Así lo hizo, y así ha seguido ocurriendo en el decurso de tantos días. Los jesuitas han mirado siempre como suya la Casa de estudiantes pobres de la Asunción y la han hecho objeto de sus predilecciones, igual antes que hoy, cuando ya no es escuela de vocaciones eclesiásticas, ni son pobres todos sus alumnos, ni se cursan en ella estudios teológicos, ni pasa de ser el internado magnífico de un centro oficial de la Enseñanza Media del Estado.

Si se recuerda la intervención de Juan de Avila en los orígenes del Colegio y que él fué también quien guió los primeros pasos para el establecimiento en Córdoba de la Milicia creada por su amigo el Santo Capitán guipuzcoano; si se mira la ayuda ofrecida al Doctor Pedro López por el Preposito; los consejos que recibiera de los Padres recién instalados en Escuelas, Estudios y Colegios de la Capital y de Montilla; sus largas parlas con ellos, y, de seguro, sus continuas idas y venidas al edificio de la Compañía, tan cercano al de la Asunción; si se pondera la intimidad que supone situarse en la residencia de los Jesuitas, asistido de los más destacados, para adoptar, según ya se vió, decisiones de tanto alcance como testamentos o actos de liberalidad contenidos en solemnes documentos públicos, no extrañará que el Fundador, a quien tocó convertir en realidad las santas aspiraciones del Maestro Avila, para transitar tranquilo, del tiempo a la eternidad, sin miedo a que su obra lan-

guidciera al sentirse huérfana de sus cuidados y de los de su leal sucesor Pedro de Bujeda, decidiese dejar el gobierno y administración de la Casa fundada en poder de una persona colectiva que nacía llena de vitalidad espiritual.

Esta, la Compañía, por su parte, supo expresar con hechos la complacencia que ponía en asegurar la cosecha de frutos perennes del Colegio de la Asunción, el que, desde el principio y por cientos de años, ha sido su «ojo derecho»; sin que el tener, en el pasado, establecido un gran Colegio propio, aminorase las predilecciones sentidas por el otro.

En los documentos solemnes otorgados por el Doctor para la erección, como en las preces elevadas por él a Su Santidad Gregorio XIII, en demanda de beneplácito y autoridad para su obra caritativa, señaló la intervención que en su régimen quería que tuviesen los hijos del Padre y Legislador Ignacio: el Provincial de Andalucía y los Rectores de las Casas de Córdoba y de Montilla; y, de ahí que en la Bula que consagró los planes del Médico de Felipe II, el Pontífice —amigo de las cosas de España—, que tan favorecedor se sentía de los Jesuitas y tan prendado vivió de sus actividades pedagógicas, aceptase, gozoso, la determinación de que a ellos fuesen confiados, en lo espiritual como en lo temporal, los estudiantes pobres que en la Asunción habían de formarse, viéndose, además, bien clara y expresa la voluntad papal de que, en este nuevo Colegio de Córdoba, se enseñaran los estudios con arreglo a la costumbre establecida en los demás Colegios ignacianos ya en pie.

Tres momentos se descubren en el largo período que corre entre la desaparición de López de Alba (1588) y la salida de los expulsos de Córdoba (1767).

En el primero el sacerdote secular Bujeda, lo fué todo en el Colegio: Rector y Patrono, heredero y albacea; en sus manos y durante el tiempo de su vida, quedaron funciones y poderes. El Doctor, humildemente, lo había encargado así: «...que lo *dejen administrar la Casa y dirigirla, que lo hará según y de la manera que yo la he tenido y tengo...*», justificando el ruego con estas palabras: «...y porque lo soy en mucho descargo y obligación.»

Después, desde la fecha 6 de Septiembre de 1596, —dada como segura de la muerte del sucesor inmediato de López de Alba—, con otros Rectores y otros Patronos, participan los tres Padres, que ya

habían entrado antes a formar parte de la Junta de Superintendentes, en las delicadas cuestiones del gobierno de los estudiantes y en la recta administración del patrimonio formado para sustentarlos. Dura hasta el año de 1725 tan larga etapa, en la que se suceden ocho Rectores más y tres Patronos extraños a la Compañía, mientras ésta continúa ocupando sus tres puestos en la suprema jurisdicción.

Al final, los Padres Jesuitas, desde 1725 hasta su salida de España, se hacen cargo de la Fundación plenamente, tomándola bajo su gobierno mediato e inmediato y sin que hubiese interpuestas otras voluntades.

La Compañía, pues, llena exactamente los dos primeros siglos de nuestra historia.

Pedro de Bujeda, clérigo-presbítero, hombre de ejemplar lealtad y diligencia, que era Rector desde 1574 o desde antes, asumió también el Patronazgo vitalicio al morir López de Alba. Dijérase que el Colegio era él. Hacía vida común con los muchachos, sin abandonarlos un instante; los admitía y los despedía—cuando era conveniente—; movía las voluntades de las gentes en favor de la Casa de pobres y procuraba el acrecentamiento del arca nutriz; todo, según el deseo del Fundador y conforme éste lo encargara. Nada más natural, que, quien se hizo acreedor a su confianza; quien le asistió y acompañó en los años—cuatro lustros—que duró la fundación y su perfeccionamiento; quien compartió las preocupaciones del inicio de la obra, fuese el continuador de las tareas de López, ensamblando en ellas las suyas posteriores, tal cual si el Doctor no hubiese dejado de existir. Mas, este lugarteniente en vida y heredero después, no caminaba solo y a su arbitrio, en el manejo de los negocios múltiples que sobre sus hombros pusieron de consuno, el Rectorado y el Patronazgo, el papel de usufructuario y los deberes de Albacea, cometidos delicadísimos que le obligaron a realizar incontables actos en pro del Colegio y de su hacienda. Junto a Bujeda, estaban los sabios maestros del Colegio de la Compañía que a diario recibían en sus clases a los muchachos de la Asunción y los alicionaban; y los tres Padres nombrados por el Fundador en su testamento, y antes en el rescripto Pontificio, para el desempeño de la Superintendencia, llamados a velar por el cum-

plimiento de las Constituciones o Reglas que López, en bosquejo, dejó dictadas en orden al gobierno y administración de sus colegiales. La primera vez que hubieron de tocarlas fué para anular alguna; y, no sabemos si ello aconteció en vida de Bujeda o a raíz de su muerte.

Una lista larguísima de documentos otorgados por este clérigo, sucesor inmediato de Pedro López, prueba que supo cumplir esforzadamente los encargos de su antecesor. La recta administración del patrimonio colegial, las herencias, mandas y legados que para la Casa de estudiantes pobres recibe, las donaciones que promueve y que acepta, las compras de fincas, permutas, incorporaciones de edificios y de terrenos, las vueltas que da a los caudales para ver de acrecentarlos, las Capellanías y Obras pías, cuya fundación orienta en favor de su Seminario menor, como las enagenaciones provechosas de bienes poco productivos, señalan los trabajos e inquietudes que pesaron sobre el primer Rector, para proveer de comida, vestido y cuarto decente a los acogidos en la Asunción,—aunque como *pobres hubieran de estar en el Colegio*, según frase del que lo erigió—, y para atender con decoro a tales gastos y al de los fámulos, al labrado de las estancias y de la Capilla primitiva, y a las demás gabelas y propinas.

Al paso de Bujeda a la mansión de las eternas recompensas, a recibir la que sin duda supo merecer, ya se venían siguiendo, hacía años, con regularidad, los cursos escolares, pero aún no habrían tomado los muchachos las becas, complemento distintivo de su uniforme talar.

Aunque la Casa se entendía definitivamente fundada y en marcha, no se había procedido aún a su inauguración solemne. Ello se hizo luego, cuando ya Bujeda no pudo gozar de la dicha de presenciarlo. En cambio, sí le tocó ir y venir ante el Ordinario o su Provisor para seguir diligencias en punto a la autorización canónica del Colegio, acaso porque, creado ya el Seminario, el Prelado creyese que bastaba con una sola casa de estudios eclesiásticos para absorber las vocaciones de un territorio diocesano de doscientos mil habitantes con una capital de treinta y tantos mil. Bujeda, tuvo que prestar largos y cumplidos informes sobre el número de Colegiales, su aprovechamiento, sus costumbres y asistencias que para su manutención les había hecho el Fundador.

El último acto generoso que este clérigo, gran luchador y alma de la fundación, hizo en favor del Colegio, fué instituirle heredero de su modesto peculio.

Al hallarse los Padres Superintendentes en el caso de elegir nuevo Patrono y nuevo Rector, por la muerte de Bujeda, fijaron la vista, para lo primero, en una significada persona que en aquellos días y desde el año de 1582, se señalaba como de gran relieve en la ciudad por sus hechos, vislumbrándose que habría de ocupar las más altas dignidades de la Iglesia: el Deán de la Catedral, —después Prelado de varias Diócesis y Archidiócesis—, Don Luis Fernández de Córdova, apropósito para el caso porque ya había ejercido, por encargo del Rey, de Visitador de Colegios Mayores. Eligióronle Patrono con público beneplácito, y para el puesto de Rector, buscaron un clérigo de cualidades excepcionales, hallándolo en la persona del Licenciado Pedro de Avila, sujeto de mucha virtud, letras y prudencia.

El día 10 de Noviembre de 1596, el Muy Ilustre Señor Patrono, celebró el Santo Sacrificio ante el Rector nuevo y los tres Padres Superintendentes, con asistencia de las representaciones más nutridas del Estado secular y del eclesiástico y después vistió la beca grana a los colegiales antiguos, hallándose, para estímulo, presentes los modernos. Por ser iguales los mantos pardos de color de pasa, y los bonetes de bayeta negra, de los de la Asunción y de los de San Pelagio, que a diario convivían, según se vió, en las aulas de la Compañía, si se deseaba diferenciar a unos de otros, encarnada había de ser la beca distintiva de los primeros por cuanto, desde el año de 1584, se había adoptado por el Obispo Pazos de Figueroa, fundador del Seminario Conciliar, el color celeste para la beca de sus alumnos, explicándolo con el deseo de que estos tuviesen siempre la vista y el pensamiento puesto en los cielos...

Concluyó esta primera solemnidad pública entre parabienes y recíprocos abrazos y entre muchas muestras de complacencia y alegría por haberse visto en Córdoba, el fin, rematada la fundación de una Escuela santa que había de ser, como lo fué, vivero de grandes hombres.

La nómina de los ocho clérigos seculares que se sucedieron tras de Bujeda en la misión rectoral y el bosquejo de sus figuras, acreditada en la mayor parte de los casos, el cuidado puesto por las Juntas

de Superintendencia al elegirlos, como el celo, interés y sacrificios derrochados por casi todos ellos en secundar fielmente los planes del Apóstol manchego y del Físico de Su Majestad.

Después de seis años de Rectorado, en los que el Licenciado Pedro de Avila probó, al frente de la colegiatura, que no en balde se habían fijado en él, «entre todos los clérigos de Córdoba», los Padres de la Compañía, recibió el cargo de Rector, el Licenciado Alonso Rodríguez. Sus libros de cuentas acreditan su actividad en más de veinticinco años de administración. De su tiempo es parte de la obra nueva de fábrica que dió al Colegio el aspecto en que le hemos alcanzado.

Tras de Rodríguez, fué elegido Rector en 1628 el Licenciado Juan Bautista de Zarzana y del Rosal, que ya era administrador de los bienes del Colegio, a más de ocupar la Rectoría de la parroquia de la Magdalena, y que contó otros veinte años en el puesto. Murió en Agosto de 1649, mandándose sepultar en la Capilla antigua de la Casa, en señal de su afecto a ella. Para sustituirle fué designado Don Pedro de Navarrete y Cea, Presbítero, Beneficiado de la parroquia de Santa Marina; y concluido el mandato de éste, la elección recayó en Don Francisco Fernández de Orbaneja, antiguo discípulo del Colegio y Rector de San Miguel, que ocupó el puesto 17 años. Eran tiempos prósperos y sin embargo no acertó a administrar bien, legando a la institución, a la que mucho debía, pleitos y disgustos.

Fué el séptimo Rector secular D. Antonio Salvador de Valde-ramba, clérigo que por su prudencia mereció que el Obispo Siuri le hiciese Visitador suyo en la ciudad, con lo que se apartaría de la Asunción, entrando en su lugar Don Gaspar de Pineda y Poncede León, Presbítero, cordobés, procedente del discipulado antiguo del Colegio que vino luego a regir. Pertenece a una familia principal, y había desempeñado el cargo de Visitador general del Obispado de Salamanca y luego el de Rector en el Imperial de San Miguel de Granada. Entró en el Rectorado de la Asunción en 1698 y murió en 1718, cuando, en plenitud lo ocupaba. Amó entrañablemente a su Casa de estudiantes y no quiso abandonarla después de muerto, por lo que se mandó enterrar en la Capilla, recién edificada por su iniciativa, a los pies del Altar de la Virgen.

El último Rector de esta cronología de los nueve seculares que

encabeza el nombre inolvidable de Bujeda, fué el sacerdote D. José del Pozo y Cárdenas, Capellán de Su Majestad en la Real Capilla de la Catedral de Córdoba, que rigió el Colegio desde 1718 a 1725. Se conoce que en los siete años que su gestión duró, no le fué favorable la fortuna para atemperar las rentas al gasto y se sabe que por añadidura no percibía de modo normal y corriente los estipendios de su beneficio eclesiástico, por lo que, tenía no pocos empeños. Cuando en 1725 por falta de salud y sobra de achaques, tuvo que desprenderse del empleo, —si es que no fué removido—, y se le tomaron cuentas, resultó alcanzado en el ajuste. En el presbítero Pozo se cerró la cronología de los Rectores seculares para que recayese la elevada misión que les estuvo confiada, en un sacerdote religioso jesuita. El Padre Juan de Santiago, benemérito de la Compañía de Jesús, fué el primer Regular, Rector de la Asunción; el segundo fué el Padre Bartolomé Chaves; el tercero el Padre Pedro Avilés, y así sigue la lista que va con la cronología misma de los Rectores del Colegio de la Compañía o de Santa Catalina.

El cargo de Patrono que en principio ostentó el Fundador y que después recayó en Pedro de Bujeda, no pasó más que por tres titulares extraños: Don Luis Fernández de Córdoba, el Deán, como se dijo; Don Gonzalo Flórez de Carvajal, canónigo, Inquisidor Apostólico en la capital y su distrito, Arcediano de Castro del Río en las sillas del Coro Catedral, que le sucedió después; y por fin, el tercero, último entre los seculares, que fué el Doctor Don Cristóbal de Mesa y Cortés, también de relevante personalidad y miembro destacado entre la nobleza de Córdoba como entre la clerecía de su Iglesia Mayor.

Hora es, de explicar la misión inherente a cada una de estas investiduras de Rector y de Patrono, así como el papel que cupo en el supremo gobierno y administración de la Casa de estudiantes a los tres Padres Superintendentes; pero precisa tener antes, idea clara de lo que fué nuestro Colegio en sus primeros tiempos.

Insospechable para los no versados en historia, es el número de Colegios que se fundan en el mundo católico desde mediados del siglo XVI. Muchas casas de estudio, con pocos alumnos en cada una, todas ellas muy pobres, y abiertas en lugares donde hubiese Universidades o Casas de Religión que dieran enseñanzas desde las cátedras, y que después «Graduasen» a los asistentes a ellas.

El Tridentino preconizó la pobreza para seguir a Cristo, y de pobres con vocación sacerdotal quiso que se nutrieran los Seminarios. De otra parte, en los Colegios que se fundaban, la mira estaba puesta en la educación más que en la instrucción de la juventud destinada al clerical, imprimiendo a estas instituciones nuevas y abundantes, carácter, no de fuentes vivas de ciencia, sino de casas de recogimiento, de educación y de estudio. Lo interesante al erigir una obra de esta clase era acertar a darle larga renta y estrechas constituciones o rígida Regla. También lo era, buscar becas, mover las voluntades de los pudientes, a dejar sus caudales, o parte de ellos, vinculados al meritorio destino de «hacer Sacerdotes de Cristo», que era mejor empresa cristiana que levantar Iglesias y que hacer labrar custodias de oro fino. Templos y custodias vivientes podían dejar hechas, quienes procurasen que los muchachos pobres se tornasen en Sacerdotes para que pidieran después a Dios, cada día en el Sacrificio, por el alma del que los encumbró hasta las gradas del Altar....

Mas, como los caudales para la fundación y las rentas para los beneficiarios habían de subvenir perennemente al costo del alimento y del vestido, de la edificación de unas casas y de una iglesia en ellas, mas los salarios de los encargados del régimen de la vida colegial y de los sirvientes y de tantas otras gabelas, resultó muchas veces que no alcanzaban los rendimientos del Patrimonio o cubrir dotaciones para los maestros y así, al erigir, había que estudiar el modo de ahorrar en lo posible este dispendio. Por ello fué preciso contar con las actividades docentes, desinteresadas, de las familias religiosas, frailes o sacerdotes Regulares, capaces de enseñar solo por amor de Dios; aprovecharse de los que, dedicados a instruir a los prójimos, admitiesen en sus Cátedras, con los propios de su Religión, a los extraños. Así venía ocurriendo en los Claustros de los Conventos y en las Universidades, con los innumerables Colegios Menores cuyos educandos iban cada día a juntarse en una misma Aula para oír las lecciones de un mismo maestro.

Criar con recogimiento, con modestia y humildad, a los pobres, —«como pobres», agregaría López de Alba—, en las celdas y Salas de esos Colegios de pocos estudiantes, y procurar que pasaran cotidianamente para ser aleccionados en Artes, en Latinidad y en Teo-

logía, a confluír con los de otras procedencias, ante la Cátedra donde clérigos sabios, elocuentes y acreditados en su magisterio, mantenidos por otras fundaciones puramente docentes, hiciesen la caridad de enseñar de balde.

No habría otra cosa que hacer, para comprender el sistema, sino contar los estudiantes pobres ocupantes de los primeros Seminarios españoles: el de Granada, el de Tarragona o el de Córdoba; o mejor, los muchachos que se enviaban desde cada comarca a los Colegios Menores fundados al calor de las Universidades famosas; la de Alcalá, por ejemplo. Y, leeríamos: Doce muchachos en el Colegio de Santiago, diez en el de San Jerónimo, seis en el de León, doce en el «Colegio Verde», dos en el de Tuy... y todos ellos juntos, pasando a mañana y tarde, asistidos del «Pasante», —que de ahí vino el nombre—, a las aulas de la Complutense a recibir la instrucción que era cabal complemento de la educación que en el Colegio respectivo se les daba, caritativamente...

El Padre Maestro Juan de Avila, y el Médico de Su Majestad, Don Pedro López, lo habrían visto, al mismo tiempo, a su paso por la Universidad donde se conocieron. Acaso ellos habían sido favorecidos, uno u otro, o los dos, por las becas de alguna fundación primitiva en provecho de hijos de labriegos castellanos, bien dotados de inteligencia. Lo cierto es, que en Córdoba, iban a reproducir esta clase de obra piadosa: Un Colegio de pobres, donde unos cuantos, —no muchos—, hicieran vida en clausura, fueran alimentados y vestidos, y por ellos y para ellos se sufragaran, el gasto de ocupación de tiempo de un Rector, los salarios de unos fámulos y la erección de una Capilla; todo, con rentas y bienes propios de un patrimonio o acervo formado con liberalidades del fundador y de otros píos donantes y con otras generosísimas ayudas y colaboraciones. Mas, como no era posible pensar en que alcanzaran los frutos de caudal así reunido y con cargas costosas impuestas, al pago de las tareas de los maestros, había que poner forzosamente el Colegio fundado, al calor, a la sombra protectora y bajo la obediencia de la recién nacida Milicia de Jesús, que tenía la enseñanza gratuita en todos sus grados, desde la Escuela de las primeras letras hasta los Estudios generales, como uno de sus ministerios más obligados, como la mejor de sus misiones de caridad evangélica: enseñar, por amor, al que no sabe...

Al ámbito colegial, que quedaba engastado entre la maraña de las siete callejas de las Azonaicas, una haza labrantía en pleno núcleo urbano, y la mole de la Casa de los Bañuelos, López de Alba llevó a vivir en su compañía a veinticuatro muchachos pobres, que, siendo pocos, excedían en nueve al número mínimo, que, para que formasen Colegio, establecía la Bula fundacional. Les exigió quizá desde el principio, la demostración de limpieza de sangre; les sentó a su mesa; les hizo celdas estrechas y crujiás amplias; y congregados a su alrededor en vida en común, los puso bajo la férula de un Rector. Como para serlo precisaba estar ordenado de sacerdote, el Doctor, Maestro en Artes y en Medicina, no pudo ejercer la función rectoral y la atribuyó a su leal acompañante el clérigo presbítero Bujeda.

Allí alejados del ruido del mundo, los estudiantes pobres de López recibieron la educación que se estimaba adecuada para ascender un día al más alto ministerio de la Tierra. Sometidos a una dirección espiritual, ajustados a normas y bajo vigilancia perenne de ojos expertos, hacían los muchachos cada día, en paz y con sosiego, sus estudios y repasos; y, para oír explicar las Letras y las Artes y las Ciencias sagradas, o para probar en público laboriosidad, constancia y aplicación, iban en filas hasta el cercano edificio de Santa Catalina, a ponerse en contacto con los Catedráticos formados en la recién nacida Compañía de Jesús, y ya acreditados como sabios y competentes y como los de más claro verbo.

Así tuvo que ser el Colegio y así hubo de conservarse con pocas variantes hasta que la pluma de Carlos III rasgó su nombre al pie del violento decreto de extrañamiento de los Jesuitas...

Los Rectores, sacerdotes buscados entre los de vida ejemplar, vivían de continuo con los colegiales; gobernaban la casa y administraban el cargo y descargo de rentas y gastos; cuidaban del exacto cumplimiento de las cargas espirituales impuestas por los benefactores; y proveían en todo lo concerniente al régimen interior de la colegiatura; guiaban en virtud a los futuros sacerdotes y tenían para su ayuda en tal cometido a un Presidente, clérigo, que estaba al frente de las salas donde se repasaban los libros y tal vez acompañaba a los estudiantes en su diario ir y venir a las aulas de la Compañía.

Los Patronos representaban, uno tras otro, al Fundador; ad-

mitían y despedían a los candidatos y eran los que, ceremoniosamente, les daban «el espaldarazo», imponiéndoles las encarnadas becas. También, tomaban las cuentas de entradas y salidas de caudales y rentas, a los Rectores.

La Junta de Superintendencia, según vimos, estaba integrada por el Patrono y los tres miembros de la Religión de San Ignacio que sucesivamente ocuparon el Provincialato de Andalucía y los Rectorados de sus Colegios de Córdoba y de Montilla. El supremo gobierno, la administración superior del Colegio, era su misión. Ellos estaban sobre los demás que tuviesen cuidados junto a los estudiantes; ellos asumían, porque así lo quiso el Doctor Pedro López, el indeclinable cometido de mudar la Constitución, más el de elegir Patronos y Rectores por el tiempo de su voluntad. También les estaba atribuida la facultad de tomar o dejar el régimen de la colegiatura, en lo espiritual y en lo temporal, Visita y corrección.

Once veces se reunieron los Padres de la Superintendencia, entre los años de 1594 y de 1740. Hasta 1629, acompañados en sus deliberaciones, por el Patrono extraño a la Compañía. Sus acuerdos, fuesen para promulgar nuevas Reglas o para mudarlas, siempre acusan el propósito de respetar en todo lo posible la voluntad del Fundador y de procurar la eficacia de su obra: hacer de muchachos desheredados y humildes, los más virtuosos y doctos Ministros del Señor; ganar batallas a la ignorancia; buscar el bien de la Iglesia. Tuvo por finalidad la 1.^a Junta celebrada, anular una de las Constituciones, sin duda por pura precisión; y la 2.^a,—año de 1597—confirmar las restantes, tal y como, en bosquejo, las trazara el Doctor Pedro López. A modo de promulgación, se sacaron de ellas dos traslados fidelísimos para que, guardados en los aposentos rectorales de la Asunción y de la Compañía, se tuvieran siempre en cuenta en ambos Colegios. Allí, conservaron su pureza y su vigencia, hasta el año de 740.

La 3.^a reunión de los Superintendentes, tuvo lugar hacia el año de 1603, para decidir cierto litigio sobre los frutos de que había hecho merced al Colegio, como se recordará, el Señor Duque de Arcos a raíz de la erección, y a cambio de ciertas becas.

¿Surgió por estos tiempos—segunda y tercera década del siglo—, algún conflicto en el que resultaran discrepantes, Patrono,

Rector y Padres Jesuitas? ¿Pudo ser ello, disconformidad en la manera de administrar las rentas, con cuyo producto invertido por el Rector, con la venia del Patrono, en obras de mejora del edificio colegial, que duraron doce años, no se alcanzaba a cubrir el gasto de sustento y vestido de los estudiantes?... Es lo cierto que, hacia el año de 1614, hubo que subir en consulta al General de la Compañía Acquaviva, para que dirimiese una cuestión. El Preósito arbitró, que la Junta siguiese nombrando Rector, pero que en la primera ocasión en que el Patronazgo quedase vacante, dejara de proveerse, y fuera el Rector de Santa Catalina, —uno de los tres miembros de la Superintendencia—, el encargado de la Asunción y el director de sus colegiales. Más tarde, en 1627, estando la casa vacía y los estudiantes despedidos por hallarse el Colegio empobrecido y con muchas deudas, el Provincial y el Rector de Montilla renunciaron a sus respectivos puestos en la Junta, y alejados de ella diez años, quedó mientras confiada a la misma persona, al Superior de la Compañía de Córdoba, la administración y el gobierno de la Casa de López. Por añadidura: cuando en 1629, murió Don Cristóbal de Mesa y Cortés, tercero en la cronología de los Patronos extraños, hubo de absorber el propio Rector de Santa Catalina las atribuciones de Patrono de la Asunción, según lo aconsejado, años antes, por el Preósito. Con lo que, todas las funciones, salvo la de Rector, resultaron colocadas, por circunstancias imprevistas, a sombra y cuidado de la Compañía. Era que las cosas iban en camino de buscar remedio eficaz, que tardaría en encontrarse, pero que consistiría, en que los Jesuitas se hiciesen cargo totalmente y sin ingerencias de seculares, del mando mediano e inmediato de una institución que se erigió pensando en ellos como en sus más adecuados regidores.

Curioso resultaría, si no fuese demasiado extenso, el comentario a las decisiones de la Junta, en sus tratos habidos entre los años de 1637 cuando a ella volvieron los dos miembros que se habían separado, y el de 1740 en que acabó su misión prácticamente. Un siglo media, y a lo largo de él, se registraron siete reuniones en las que fueron dictadas Reglas y Constituciones nuevas, casi todas para velar por la eficacia de los estudios y por la disciplina. Solo a título de ejemplo, se anotarán algunos retoques y adiciones a las primitivas normas que esbozó el Fundador y que Bujeda perfilaba cuando le llegó la muerte.

Duraba dos años el curso escolar; pero se creyó poco práctica la tardanza en entresacar y en separar a los ineptos. Así se dispuso en la 5.^a Junta, que los colegiales se examinasen todos los años «por ver sus adelantos y decidir si habrían de proseguir o ser despedidos». Alcanzaron estas Constituciones nuevas, que fueron seis, a otros puntos como el de señalar fechas fijas para aquella prueba: la Cuaresma para los Lógicos, el mes de Diciembre para los Metafísicos y el de Junio para los Teólogos; o como el de organizar los grupos de los examinadores; o como el de delegar en el Rector la elección de lugar para esos actos escolares. Sin mudanza, persistieron estos preceptos, años y años.

Otras veces, como ocurrió en la 6.^a reunión, los superintendentes legislaban, puesta la vista en el aprovechamiento de los Colegiales y para el mayor lustre de las clases, sobre la duración de los trabajos en los cuatro años del curso teológico.

En ocasiones, era la disciplina el motivo de la deliberación, como ocurrió en la 7.^a Junta,—año de 1655—, cuando, sin duda para atajar algunos excesos de los discípulos, se hicieron cuatro Reglas nuevas, ante los casos de pandillaje, de insubordinación y de revuelta, que se venían notando en otros Colegios y Universidades de España y que parece ser que había trascendido a Córdoba inficionando el ambiente de este su Colegio Eclesiástico (*). Dispúsose entonces, que según la costumbre de ciertos Colegios Mayores no se admitiesen en el nuestro más que dos estudiantes de cada lugar o patria; exceptuando la capital; que ninguno tuviese armas ofensivas ni defensivas, sancionando con el despido a los reincidentes en esta falta; que no hubiera entre los escolares juntas o

(*) «Riñó un estudiante, hijo de D. Martín de los Ríos, con otro forastero, ambos estudiantes del 2.^o año de Artes, en el Colegio de Córdoba. Fue el caso tan escandaloso que hecha consulta se tomó determinación de despedir al forastero y así se le notificó se tuviese por despedido. Los estudiantes insistieron en que no lo habían de despedir o que por lo menos cursase hasta que avisando a su tierra vieran por él. No se les concedió por juzgar no convenía. Con esto se amotinaron y fueron a San Pablo, Conv. de Dom., y dijeron que querían acudir a estudiar y oír a sus maestros; los frailes los admitieron con condición que hiciesen juramento de no volver a la Compañía; ellos lo juraron y se quedaron. El Maestro quedó con los Colegiales de la Asunción y San Pelayo, que serían unos doce».

P. 271-72. Cartas de algunos P.P. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la Monarquía en los años de 1634 a 1648. Mem. H.^o España. Tomo XVI. Madrid, 1862.

conventículos, ni cabezas de bando, ni reuniones para la sedición o el alboroto, mandándose la expulsión, ipso facto, como castigo; y que, cuando fueren los colegiales a oír las lecciones a las clases de la Compañía, lo hicieren en cuerpo de comunidad, «todos juntos, en filas, apareados de dos en dos....»

En tiempos, los acuerdos de los Padres Superintendentes tendían a resolver agobios económicos del Colegio, que en el decurso de los años se vió, en no pocas ocasiones, en crítica situación apretada y difícil. Una de ellas,—fue en el año de 1724—, trajo coyuntura favorable para poner término a la administración de los Rectores seculares, provocando un cambio de régimen. El Superior de Santa Catalina, Padre Maestro Gaspar Díaz y Guijarro, pensó y así lo mantuvo, que la solución estaba en entregar el Rectorado de la Asunción a un Padre de la Compañía, idea que como se recordará aparecía ya en el boceto de Constituciones que trazó López de Alba cuando dijo que «podrían tomar o dejar el régimen de la Casa de pobres estudiantes». En la misma opinión que el Padre Díaz abundaba el virtuoso Obispo de Córdoba Don Marcelino Siuri, y así lo había insinuado varias veces, juzgando el cambio muy conveniente para la mejor educación de los colegiales, para los intereses de la Casa, y sobre todo para el buen nombre de la Compañía de Jesús, que antes padeció, no pocas veces, en lo más delicado de su fama y en lo más vivo de su reputación, por culpa de los descuidos ajenos, sin que los Padres Jesuitas pudieran evitarlo ni aun con la más diligente vigilancia. Tratado el asunto en la 10.^a Junta de Superintendentes, decidió, que desde el 7 de Septiembre de 1725, en adelante, el Rector del Colegio de la Asunción de Nuestra Señora fuese, un religioso hijo de San Ignacio y sacerdote, y el Presidente de la colegiatura, que había de estar a su lado, otro Padre jesuita también sacerdote, que nombraría el Provincial y no el Patrono. Este, que era el Rector de Santa Catalina, seguiría admitiendo y despidiendo los colegiales, vistiéndoles las becas, proveyendo las vacantes, tomando las cuentas al Rector Jesuita de la Asunción, y nombrando el Pasante o segundo Presidente que tenía la misión de argumentar en los actos literarios que se celebraran dentro o fuera del Colegio.

Adoptada esta determinación que suponía gran avance en el plan de suprimir a todo extraño interpuesto entre la Compañía y

el Colegio de López de Alba, una coyuntura favorable preparó el cambio de régimen: Don José del Pozo y Cárdenas, último secular que fué Rector y administrador de las rentas de aquél, se despidió del empleo por no dejarle sus achaques de salud seguir ocupándolo. Los cortos haberes del beneficio eclesiástico que poseía en la Real Capilla de la Catedral, los gastos de una imprenta que poseía y que en su casa tenía abierta y otros empeños que sobre su hacienda pesaban, determinaron que al dar sus cuentas, resultase alcanzado en ellas para con el Colegio y tuviera que convenir un modo decoroso de pagar su deuda, previas rebajas y dispensas noblemente otorgadas por el Patrono de Santa Catalina.

El camino quedaba abierto para el acceso a la Rectoral de nuestro Colegio, de un primer Rector Jesuita, del Padre Juan de Santiago, figura de máximo prestigio entre los Regulares de San Ignacio, natural de Ecija, morador de Santa Catalina y a quien Córdoba debe entre otras cosas el triunfo dedicado al Custodio San Rafael que plantó este Padre a su costa en la plazuela de la Compañía.

La última reunión de los Superintendentes, 11.^a en el orden de las celebradas, tuvo efecto en el 1740, cuando ya habían transcurrido quince años desde que los cargos: Rector, Patrono, Presidente, Pasante y Padres miembros de la Suprema administración, habían pasado a manos de los miembros de la Sociedad clerical fundada por el Santo de Loyola. Las mutaciones que en las Reglas del Colegio se hicieron entonces, serían obligadamente las de ajustarlo al nuevo estado de cosas o sea al gobierno, en plenitud de mando, de los Jesuitas en la Casa. Una de las nuevas normas, fué por ejemplo, la de que los actos públicos que hubieran de celebrarse para constancia del progreso de los discípulos —actos literarios de Conclusiones—, no se sacaran fuera del edificio, sino que tuviesen por su propio escenario la Capilla nueva.

Sin intromisión de nadie, quedaba el Colegio de López, dentro de la órbita de la Compañía de Jesús, bajo su gobierno, administración, dirección y tesorería. Hasta que un motivo de fuerza lo arrancó de los brazos amorosos en que un día lo puso la Providencia, para ilustración de la juventud, amparo de la pobreza, triunfo sobre la ignorancia y provecho de Córdoba y de su Iglesia.

El régimen docente estuvo siempre un tanto al margen de la

Casa de estudiantes, pues que ya sabemos que ésta fué solo aposento, recogimiento silencioso, Estudio sosegado y cultivo del espíritu, Casa de educación; mientras la instrucción, estaba encargada a los Maestros de Santa Catalina. En este otro Colegio, confluendo todos los que en Córdoba sentían la llamada divina al sacerdocio, se seguían las normas que los Jesuitas tenían consagrados en sus cátedras, en todas partes.

A diario, los Colegiales de la Asunción, cortando el dédalo de las siete callejas moriscas a donde su Casa tenía más de un postigo de salida, llegarían prontamente, en filas de a dos, acompañados del Pasante, o, mejor, del Presidente, —mantos, bonetes, becas rojas, como uniforme—, a las crujiás del edificio de la Compañía, donde, juntos más de un siglo con los estudiantes de San Pelagio aprenderían las Letras Humanas los pequeños, la Filosofía los medianos y la Teología los mayores. Las clases allí, se dividían en dos grupos: inferiores y superiores. El alumnado de las superiores se componía de Filósofos y Teólogos, subdividiéndose unos y otros en «Man-teístas» y «Colegiales». Los Colegiales se distinguían, según precedencias, en los de la Asunción y los de San Pelagio, agregándose, en ocasiones los propios aspirantes a Jesuitas, que con su comportamiento edificaban a los demás y con su aplicación avivaban los entusiasmos. A mañana y tarde, escuchaban las explicaciones de los Padres, excelentes maestros que sabían mejor que los demás pedagogos encender los estímulos del «honor» en sus discípulos sobreponiéndolo al «temor» a los azotes...

Oída la lección, se extractaría, y, arguyéndose unos a otros, sobre una materia propuesta, llegarían los entendimientos a conocer la verdad, adquiriendo en la lid, fuerza bastante para deshacer las objeciones del contradictor. Los libros de estudio, utilizados luego en la quieta paz de las amplias crujiás de Santa Catalina o en las celdas de la Asunción, serían, como parece de rigor, los más acreditados de la Iglesia: en Filosofía, Aristóteles; y en Teología escolástica, el Ángel de las Escuelas.

Se empezaría por la enseñanza de las primeras letras que «con suavidad y regalo inimitables, sabían practicar los Jesuitas»; se seguiría con clases de Gramática y aprendizaje del Latín, hasta escribirlo; se aprendería, después, el Griego y la Retórica; y luego, la Filosofía y la Teología; y para los cursos adelantados, habría

clase de Casos de conciencia y, tal vez, de Derecho Canónico. La tarea habitual, la acostumbrada en los Colegios ignacianos: un maestro que expone; una repetición por el alumno; y, al final, la disputa en que el discípulo se torna, por el momento, en maestro. Dos clases de actos literarios, darían fe de los adelantos de cada estudiante: la defensa de Conclusiones en las Aulas, los sábados; y, en fechas señaladas, el Teatro público, la Academia, en controversias ante invitados que fuesen testigos del aprovechamiento de los colegiales y de la eficacia del trabajo de sus aleeccionadores.

No pudo haber alumnos externos en la Asunción en aquellos tiempos, porque el Colegio exigía vida en común permanente y dirección espiritual intensa. El Fundador, al labrar celdas, al habilitar Capilla donde los estudiantes pobres se entregasen a piadosas prácticas del culto, daba ya a entender que los futuros sacerdotes debían estar aislados del bullicio y del trato con las gentes, haciendo vida humilde, honesta y disciplinada, aunque, por necesidad, cruzasen breve distancia cada día para salir a recibir enseñanzas. También los seminaristas de San Pelagio hicieron lo propio, desde 1584 hasta 1703.

No fué constante el número de colegiales que habitaron la casa del Doctor Pedro López en los sucesivos tiempos; ni siempre había en la ciudad y su comarca el mismo tono religioso para encender vocaciones eclesiásticas; ni el patrimonio fundacional podía, en ocasiones, subvenir a las necesidades de muchos aspirantes al sacerdocio. El munífico Don Pedro, empezó—ya se ha repetido varias veces—, con veinticuatro muchachos a su mesa y a su cosa, y no tendría muchos más de quince en la ocasión en que el Pontífice aludió a ese número, como mínimo para justificar la erección de un Seminario más, o, quizá como máximo para estar atendido con decoro, dada la renta anual a aquellas horas reunida, de cuatrocientos ducados de oro. Mas es cosa cierta que no creció després mucho el estudiantado, a juzgar por los antecedentes documentales que hemos tenido a la mano; más bien fué reduciéndose y hasta quedó extinguido en ocasiones. Así, al principio del siglo XVI, es decir, recién muerto Bujeda, el número de colegiales de la Asunción no llega a once, decreciendo a seis, cinco, cuatro y dos, hasta que en 1610, el Colegio quedó vacío porque no acudió ninguno a solicitar entrada. Fuérase que optaban por recibir el condumio y

el hábito talar en San Pelagio, o porque alguien los inclinara hacia ese Seminario Conciliar que al cuidado episcopal y bajo la mirada del Cabildo Eclesiástico vivía, el caso es, que se impuso la necesidad: según parece, de salir a ofrecer becas a nuevos aspirantes al sacerdocio, ante el peligro de que la fundación de López de Alba, decaída de sus fines primitivos, pudiera extinguirse por no resultar necesaria su misión benéfica y caritativa, amparadora y educadora. Un viejo clérigo: Hernán Pérez de Torres, que entonces ocupaba, de por vida, el puesto de Presidente, salió en busca de vocaciones, y volvió con diez estudiantes nuevos, candidatos a la cura de almas, que pronto atrajeron a otros, hasta catorce. A los pocos cursos subieron en número hasta diez y ocho, y en el año de 1619, alcanzóse en conjunto un grupo de colegiales que llegó a veinte y siete. Las cuentas de cinco años después, nos prueban que se sostenía el número de veinticinco aspirantes a los Ministerios divinos y que no era posible admitir más, porque los gastos de su sostenimiento, comida, vestido y casa, excedían con mucho a los normales ingresos de la fundación. Este grave inconveniente solía presentarse de vez en cuando. Así, por San Juan de 1625, concluido el curso, fueron despedidos los estudiantes por la penuria de los fondos y no se volvió a reanudar la vida en común hasta el año de 1632 en que volvió a estar poblada la Casa por 15 ó 20 alumnos.

Los gastos de personal a su cuidado eran siempre los mismos, igual para pocos que para más estudiantes. Vivían en el Colegio el Rector y el Presidente; el Pasante y cuatro o seis criados; cocinero y refitolero, despensero, portero y barbero, y quizás otros fámulos, invirtiéndose en el mantenimiento de todos, en ayuda de costas, remuneraciones y salarios, una suma estimable. Pero la escasez obedecía a otras causas. La hacienda de la Casa, en el siglo y medio que corrió el régimen interior a cargo de los Rectores Seculares aparece,—a contar desde la época del Licenciado Alonso Rodríguez (602-1618)—, empeñada y comprometida. Verdad es que gozaban nuestro Colegio de los frutos y rentas del caudal inicial y de las adquisiciones posteriores; pero no es menos cierto que esas entradas estaban afectas a muchos compromisos: levantamiento de cargas y obligaciones impuestas al fundar, pensiones, becas, misas, sufragios, &c... gasto fijo e inaplazable. Otra razón del desequilibrio entre «recibo» y «data» de las cuentas, se sorprende en el Libro de Obras de fá-

brica, donde hay anotados dispendios extraordinarios, tanto en reparos de las viejas propiedades ruinosas del patrimonio fundacional, cuanto de las realizadas en el edificio o Casas ocupadas por el Colegio, para mejorarlas. En este orden de impensas útiles sobrepasó el prudente tacto exigible al administrador de propiedad ajena, el empeño en que dejó la hacienda, el Rector Alonso Rodríguez, quien, con licencia del Obispo y con intervención del Patrono Mesa y Cortés, tuvo que acudir al crédito y tomar muchos ducados de censo, para rematar las labores de los cuartos nuevos de celdas, de las largas bóvedas y suelos de las extensas crujías bajas, obras que, por el tiempo que duraron—desde el 10 de Enero de 1605 al 15 de Marzo de 1617—, se colige que consistirían en echar el Colegio abajo para volverlo a levantar. El afán del Rector Rodríguez, de adecentarlo todo, de derribar lo viejo para fabricar lo nuevo; de enriquecer la biblioteca; de comprar ropas y vajillas; de unificar en el edificio la distribución de sus estancias, hasta entonces en el desorden que supone la agregación, en distintos tiempos, de fincas colindantes; de dotarlo de dos pajas de agua de las buenísimas de los veneros del Cabildo Eclesiástico; de la habilitación de alfolíes ó buenos graneros, etc... se complicó fatalmente con la baja de la moneda, o con el menosprecio que tuvieron los Censos; el caso fué, que el Colegio salió alcanzado para con su regente; que se hizo necesario interponer un administrador; que se tomó dinero prestado para pagar al Rector y que, acaso fué entonces, cuando la Superintendencia se vió precisada a imponer a los porcionistas—a los colegiales que pagaban sus alimentos—, que cada uno entregase doce fanegas de trigo y 70 ducados.

La obra que el Licenciado Alonso Rodríguez siguió durante tantos años, debió ser la que hizo del Colegio la típica construcción abovedada o conventual que los colegiales de este siglo hemos alcanzado y que aún se conserva en alguna de sus piezas.

La tercera etapa de influencia de la Compañía de Jesús, en nuestro Colegio-Seminario, es corta si se compara con la anterior, pero fecunda y próspera, más que lo fueron las otras. Entonces se corrigieron errores gravísimos de administradores y gobernantes

extraños, y se siguió cultivando en los discípulos de los Jesuitas, virtud y ciencia, cultura y arte; vida laboriosa y devoción pia.

No aumentó el número de Caballeros Colegiales, si bien se mira; pero se supo ordenar el patrimonio y los frutos escrupulosamente; se obligó, en cada año escolástico, a dar propinas a la entrada de los Colegiales para engrosar los fondos y a que siguieran ayudando los porcionistas a su alimentación con dinero y con trigo; se cobraron deudas antiguas y alcances en cuentas atrasadas, y como no había gastos de Maestros, ni de otro personal que el indispensable, la hacienda se niveló como es natural, y eso que hubo dispendiosas inversiones entre otras cosas en las adquisiciones sucesivas de una bella efigie de la Virgen Nuestra Señora para la capilla nueva, y de nuevo altar dorado, de cuadros, de esculturas, de muebles y de cuanto hoy todavía pregona el florecimiento de una época aromada con la fervorosa piedad de Jesuitas y Colegiales.

Recuerdos vivos hay de aquel entonces, que esmaltan aún la historia de los P.P. de la Compañía en Córdoba, en la que fué página muy honrosa, su magisterio como educadores y cultivadores de vocaciones en el Colegio ideado por Juan de Avila. No cabe desmenuzar los hechos notables de ese tiempo, ni bosquejar siquiera figuras que como la del Padre Juan de Santiago, o la del Padre Lope Luis de Altamirano (por nombrar algunos) llenan con sus talentos y actividades fecundas estos años del 725 al 767 en que son los Jesuitas solos, sin ingerencia extraña, los que rigen, gobiernan y administran la creación perdurable del Médico de Felipe II. En la imposibilidad de encerrar en los límites—ya sobrepasados—de un capítulo, un recuento de sucesos fastos para este Seminario de estudiantes pobres, dejaremos consignados a modo de ejemplos, dos hechos: uno de lo que fué y no es: la imprenta propia que poseyó el Colegio; otro de lo que fué y se conserva como oro en paño: la capilla nueva, tesoro de arte y vestigio de la devoción mariana y cordobesa de rectores y de regidos.

No está de más recordar, aunque ello sea repetirlo, que el último Rector secular, del Pozo y Cárdenas, que salió alcanzado del empleo en Septiembre de 1725, era dueño de una imprenta y que la había instalado en edificio, que siendo propio del Colegio, él arrendó, por sí y para sí. Al morir este clérigo, poco después de su

remoción del cargo de Rector o de su retirada voluntaria, no había saldado todavía el importe del descubierto en las cuentas que rindiera al fin de su empleo rectoral, y tras largas actuaciones, pregonos y subastas, los Jesuitas, ya en plena posesión del Seminario de López, se vieron forzados a cargar con el taller de imprimir que había sido de Pozo y Cárdenas y que los herederos de éste le ofrecieran en parte de paga, como propiedad útil y provechosa, que además se encontrarían montada, en inmueble propio del Colegio y del que no parecía fácil desplazarla. Era esto en el 1728, y en las cuentas de los años que siguieron, podrá verse que la adquisición fué ciertamente de utilidad productiva para las arcas del Colegio. Para los Jesuitas administradores, el caso de recibir unas prensas de imprimir papeles y libros, no pudo ofrecer novedad por cuanto la Historia de la Imprenta fué siempre emparejada con la de la Compañía. Fecundos autores de libros los Regulares de San Ignacio, simbólicamente, el primero que se había compuesto en Córdoba en letra de molde, al advenimiento aquí del arte de imprimir, fué precisamente producción de un Jesuita francés y por cierto uno de los sujetos que bordearon el lecho de muerte de Juan de Ávila y oyeron sus consejos. No era, pues, cosa rara que el Colegio de la Asunción, en poder de la Compañía, poseyese un taller de imprenta. Lo que no podía sospecharse es que de este hecho se derivaran, muchos años después, violencias públicas dañosas y de muy graves consecuencias para la Casa de estudiantes.

Entre los años de 1728 y de 1767, se puede encuadrar la actividad de esta primitiva imprenta que sirvió entonces para proclamar, de otro modo más, que el Colegio y sus tareas estaban ensamblados con la historia de la cultura y del saber, en la ciudad sabia; y que sirve todavía, a estas horas, para que los cordobeses, bibliófilos o profanos en libros, sientan latidos de orgullo, el leer en miles de papeles impresos, como pie que acredita procedencia, este letrero que las corrientes de la época bañaron de pomposidad: «Imprenta Hispano-Latina del Colegio de la Asunción», o aquel otro estampado en algunos: «En Córdoba, en el taller divino de las Letras, del Colegio de la Asunción»...

Si este recuerdo de los días jesuíticos del Colegio, languideció, ha quedado, en cambio, otro que sigue siendo como un pregón elocuente del florecimiento de la Casa en su etapa dieciochesca: la



La bella efigie de Nuestra Señora la Virgen Madre de Dios, en el Misterio de su Asunción a los cielos, tallada en Sevilla por el escultor Duque Cornejo en 1731-33 para presidir el Altar del Colegio y recoger desde su camarín la oración de cada estudiante.

Capilla, joya engastada en el edificio, abrazada por él y que es ejemplar lindo en extremo de arquitectura religiosa, entre los de su época, que guarda la ciudad. Su filiación es exacta. Puesto en cronología el feliz proceso de su construcción, tiene por fechas extremas: la de comienzo, el mes de Junio de 1708 en que se hizo el apeo y deslinde del sitio en que la Iglesia, bella como ninguna, se había de fabricar, en una haza de tierra de labor, perteneciente al Marqués de Santaella, que lindaba con el testero de la crujía baja del Colegio, (zona en la que luego y hasta 1912 estuvo enverjado el Jardín Botánico del Instituto, y es hoy el punto más alto de la calle Claudio Marcelo); y el año de 1765, la de conclusión, poco antes de la salida de los Padres Jesuitas, del Colegio, de la ciudad y del país. Cincuenta y siete años acumulando en una superficie de pocas varas cuadradas, todo lo que podía ser a propósito para inflamar en los corazones juveniles el amor a la Madre de Dios, en el Misterio de su subida a los cielos, en que quiso el Doctor Pedro López que la venerasen en su Casa, los estudiantes, llevado de la devoción — amor telúrico, lleno tal vez de nostálgias —, hacia la Virgen Titular de la parroquia en que había sido bautizado, única de su villa nativa de Madrigal de las Altas Torres.

Tuvo la erección de una Capilla nueva, en el edificio en que había otra más antigua, génesis sencilla y clara. Los Rectores seculares, amantes de la institución y afanosos de su prosperidad, no omitieron, ocasiones ni gastos para procurarla, y más, si por haberse criado en la Casa, se sentían deudores a ella, del merecido encumbramiento. Al posesionarse del cargo rectoral en 1698 Don Gaspar de Pineda y Ponce de León, antiguo alumno del Colegio, despertáronse, como es natural, deseos vehementes de engrandecerlo, y, con el acierto feliz que suele acompañar a las iniciativas en pro de lo que se conoce a fondo y se ama entrañablemente, el Rector Pineda no perdió momento en desarrollar ideas de exaltación y mejora de su Casa de estudiante, con gran acierto elegidas y ejecutadas cordialmente. Se encaminaban, unas veces sus delicadas muestras de aprecio a ensalzar la figura del Maestro Avila, la que mandó pintar en lienzo al Racionero Fernández de Castro, para entronizarla en hermosa lámina en la escalera de jaspe rojo que desemboca frente al aposento rectoral. Fué en otra ocasión un cuadro de asunto cordobés, la figura de San Eulogio escribiendo

sus libros, la sugestión que acertó a poner ante los ojos de los Colegiales para que aprendieran a imitar al arzobispo y mártir, que fué, en las persecuciones contra los mozárabes, sostén de la cristiandad de Córdoba. En otras fechas, su afán de mejora se orientó hacia la edificación de un templo, con cripta bajo su suelo, donde cada día se congregaran los beneficiarios a rendir culto a Dios Sacramentado y a postrarse ante la efigie de su Madre Santísima, a pedir luces para el estudio, fuerzas para perseverar en la virtud y alientos para emprender la vida sacerdotal. En el hueco subterráneo se enterrarían Rectores y Maestros, y los alumnos que fenecieran durante el curso. Así aseguró D. Gaspar de Pineda, la persistencia de una honda huella de su paso por el empleo rectoral en la que había sido su residencia cuando se preparó para el sacerdocio. De modo tal, colmó sus deseos de permanecer en ella hasta que lo llamasen las trompetas del Juicio Final.

En 1710 compraba el Rector Pineda y Ponce de León los primeros millares de ladrillos para la fábrica de la Capilla nueva; y el 14 de Septiembre de 1714, se colocaba la veleta que el artista cerrajero Cobaleda, había forjado en hierro para que fulgiera dorada y brillante como el sol, en el centro de la ciudad y en uno de sus puntos más altos, la Virgen titular del amado Colegio de la Asunción de Nuestra Señora.

La bóveda, pintada al gusto de aquellos días, mostraba en medallones a los Patriarcas antiguos David, Abraham, Isaac, Jacob, Salomón, Josías y Zaquías; y en las pechinas, las figuras de los cuatro Evangelistas. El Antiguo y el Nuevo testamento que enlazados, ponían solio de gloria, cargado de flores y de frutos, sobre el magnífico trono erigido a la celestial Señora.

Un primitivo altar, pobre y barroco, se hubo de levantar allí, tomando por retablo un cuadro grande, pintura del Tránsito de la Virgen, subida por ángeles, de la tierra al cielo. Sería obra difícil de algún discípulo de Céspedes que aprendiera de este Maestro la complicada agrupación de figuras que él había visto en Roma hacer magistralmente, en lienzos, para sus templos magníficos.

Bóvedas y fajones, colgantes y rosetones, recuadros quebrados, ventanales que dejan la luz solar adueñarse de los blancos resaltes... toda la gracia del barroquismo local que ya había embellecido

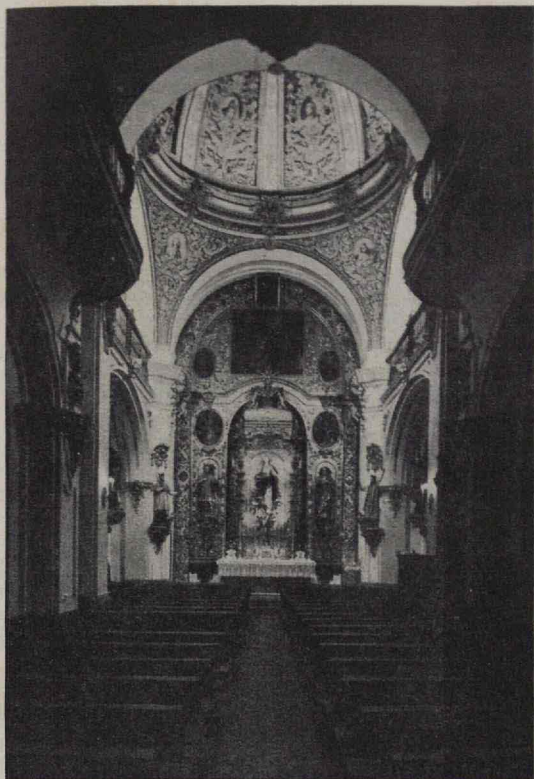
iglesias, ermitas y capillas, como las de San Andrés y la de la Alegría y la del Hospital de los Dolores...

Después, cuando ya el cuerpo de Don Gaspar de Pineda no daba sombra, su empeño fué secundado por los Padres de la Compañía y en la Capilla nueva, que a Pineda debía el Colegio, una efigie bellísima de la Virgen de la Asunción, en un altar dorado y poblado de imágenes, —pinturas y esculturas—, completó la fervorosa dedicación. El imaginero Don Pedro Duque Cornejo talló en su taller de Sevilla la estatua magnífica de Nuestra Señora, inspiradamente representada en su Asunción, llevada por tres ángeles a los cielos; y un bello retablo de gusto decadente la recibió más tarde, como en el más digno trono.

Eran los años de 1731 a 33 cuando el escultor sevillano, a quien debimos luego el Coro de la Catedral, labró la bellísima efigie destinada a recoger la oración de cada estudiante. Corrían después los de 1761 a 1765 mientras se construía el retablo con sus bellos lienzos y se le implantaban las dos estatuas que lo flanquean. Así fué, persistente ocupación de medio siglo y empeño de muchas buenas voluntades, el adorno más bello, la más rica presea para pregonar, con suma elegancia, la devoción de un Colegio a la advocación con que se le vino distinguiendo, en antigüedad cerca de cuatro veces centenaria.

En la Capilla dedicada a la Asunción de Nuestra Señora la Virgen María, todo son simbolismos elocuentes. Allí está la sabiduría encarnada en la figura del Obispo de Hipona escribiendo sus libros inmortales; allí el Eterno Padre, Dios creador, origen de todo lo que existe; allí, muchas veces repetida, la figura angélica come exhortando a la niñez y a la juventud a la pureza; allí el Espíritu Santo, fuente de toda luz; allí está Córdoba representada en su Arcángel Custodio, en sus mártires Acisclo y Victoria, Eulogio y Perfecto, Pomposa y Columba; allí, en fin, el busto escultórico —cabeza de noble aspecto inconfundible— del Padre y Legislador Ignacio de Loyola, acreditando el paso lento de sus hijos durante dos siglos, por la Casa de estudiantes y por la misma Capilla admirable, y recordando a cuantos se postren ante su altar, que fué a ella, a la Santa Compañía del Nombre de Jesús, a quien la Providencia confió, en los tiempos que unen al Fundador con las fechas de la salida de España de los expulsos, el oficio y la misión trans-

cendente de dar a los colegiales de la Casa de López de Alba, educación sana y santa, y de presentar ante sus ojos, modelos de vida cristiana en figuras tan dignas de imitación como las dos, que, desde 1760 y tantos, flanquean la imagen sonriente de la Asunta: la de Luis Gonzaga y la de Estanislao de Kostka.



... La Capilla, que es ejemplar lindo en extremo de arquitectura religiosa, entre los de su época, que guarda la ciudad. (1708 - 1765)

Capítulo V

El Colegio de la Asunción en el Real Patronato



OS historiadores de la Compañía de Jesús, coinciden en que, la laboriosidad apostólica de sus miembros fué motivo de la extensa y rápida difusión de esta Orden por el mundo. Las Escuelas, Colegios y Estudios generales numerosísimos, multiplicaron de tal modo sus domicilios, que, en pocos años, se asentaron en dilatados países. Por esto, despertaban envidias y celos, enemistades y antipatías. Por esto, y, porque no podía faltar la predicción divina, el aviso del Salvador a sus Apóstoles: «Os odian todas las gentes por mi nombre».

Así se había cumplido en todos los tiempos y así se cumplió también con los Jesuitas, en el siglo XVIII, entre otros lugares, en Portugal. Y como el odio se propaga con tanta facilidad como el

amor, de Portugal saltó a Francia y de Francia a España. Los enemigos de la Fe, se pusieron en frente de la institución nacida para defenderla y propagarla; contra los abnegados religiosos, que habían aprendido a sacrificarse por el bien del prójimo, evangelizándolo, administrándole los sacramentos, redimiéndolo de la barbarie y de la infidelidad y practicando, además, en todas partes, la obra de misericordia de enseñar al que no sabe.

Al correrse, desde esos tres países al nuestro, la aversión a los Hijos de San Ignacio, alguien influyó en el ánimo Real; y la Majestad de Carlos III, se creyó en el caso de firmar la famosa Pragmática Sanción que, encabezada con frases desconcertantes como éstas: «Usando de la suprema autoridad que el Todopoderoso ha puesto en mis manos»... «para la protección de mis vasallos y respeto de mi Corona»... mandaba, de modo tajante, salir de sus dominios de España e Indias, islas Filipinas y demás adyacentes, a los Religiosos de la Familia del santo de Vasconia, privándoles de todos los bienes de su pertenencia.

En la noche del 9 de Abril de 1767,—cinco días más tarde que en otros puntos de la Península—, traspusieron los Jesuitas los muros de Córdoba en dirección a Cádiz, sin alardes de fuerza, y sin la menor nota de violencia pública, antes bien: dejando conmovido en su favor el espíritu de la ciudad; que, no en balde habían estado en ella dos siglos largos, haciendo el bien en sus aulas del Colegio de Santa Catalina y aumentando en mérito y número, el clero, en el de la Asunción. Sólo cuatro Religiosos habítaban por entonces en la casa de López de Alba, número bastante para regirla, gobernarla y administrarla. Tres de ellos, eran Padres sacerdotes, y el otro, Hermano coadjutor.

Entre los bienes temporales o «temporalidades» que perdían «los expulsos», según la Pragmática aludida, figurarían algunos de los del patrimonio propio de la Asunción, perdiendo, a la par, el Patronato que ejercían en el mismo, y, que, según Reales disposiciones anteriores, había de pasar a ser prerrogativa del Regío Patrimonio.

Desde entonces, el Colegio adquirió el título de *Real*, que románticamente ha conservado muchos años después y del que aún nos enorgullecemos los colegiales antiguos. El Rey, Patrono de aquel, delegó sus atribuciones en una Junta nombrada al efecto, de

personas elegidas entre las de más ciencia y mejor probado interés por la enseñanza; y, una disposición superior dió a la Casa, por primera vez, un Rector seglar. Fué éste, el célebre jurisconsulto Don Francisco Castillo. También de arriba, vino el encargo de que las clases continuasen con arreglo al plan de estudios de aquel tiempo.

El nombre de «Real Colegio Seminario de Teólogos de Nuestra Señora de la Asunción de Córdoba», con que se le singularizó en el Patronato de la Corona, daba a entender que no perdía su primitiva significación ni destino, y la presencia, no muy luego, de sacerdotes en el Profesorado, que no se quería ver interrumpida la trayectoria de las normas educativas que tan enraizadas estaban allí desde los tiempos de López de Alba; pero hay que decir que, entre el cambio brusco de regidores y las vicisitudes políticas que los tiempos acarrearón más tarde, el Colegio decayó con la mutación. Los hombres que vivieron aquella etapa y que la historiaron, suelen decirnos refiriéndose a toda España y a los Maestros que reemplazaron a los Padres de la Compañía, «que no les igualaban en saber ni en asiduidad ni en experiencia de los métodos de enseñanza». La de las Humanidades en Córdoba es seguro que recibió un golpe funesto con el alejamiento de los proscriptos de sus aulas de Santa Catalina, pues, es fama, que los Jesuitas sabían enseñar, mejor que nadie, las Humanidades y la Filosofía. Y esto, por lo que dice relación al aprendizaje de los colegiales; que por lo que respecta a su educación dentro de la Casa, lo nuevo, representó sin duda un retraso notorio. No era posible, ni superar, ni igualar siquiera, aquel cuidado y esmero derrochado por la Compañía en la crianza de los seminaristas. Ante sus ojos habían tenido éstos, durante dos siglos, puesto de continuo, como un espejo, el ejemplo de las virtudes cristianas de sus selectos regidores.

En la institución que en Córdoba había pasado a depender del Rey, pronto se quiso dar señal a los colegiales, de ventajas adquiridas con el cambio de régimen. Así, en 1772, el Monarca declaró exentos de sorteos para Reemplazos del Ejército a aquellos alumnos del Colegio de López que tuviesen plan y residiesen de continuo en él, cumpliendo sus Estatutos y lo demás dispuesto por el Fundador. Debíó mediar petición de esta gracia, por cuanto la Cédula Real la deniega para sirvientes y otros seculares.

La emulación sana despertada entre los aspirantes al sacerdocio, de la Asunción y los de S. Pelagio, en días en que juntos eran aleccionados en Santa Catalina, se vino a tornar luego en cierta pugna nacida del mayor prestigio y antigüedad que creían tener los primeros sobre los segundos; y es lo cierto que en Junio de 1773, pidieron los Asuncionistas ser incorporados a una cualquiera de las Universidades de Andalucía, para el pase de sus cursos y recepción de Grados. A la par, casi, solicitaron igual merced los Conciliares, a los que pronto les fué concedida, mientras a los de nuestro Colegio no se les contestó siquiera. Clamaron éstos en un vibrante mensaje, reforzando su demanda en la ventaja de estar protegidos por el Patronato Real y alegando, también, que, después de idos los Jesuitas, el nuevo plan de estudios, régimen, actos, cátedras y gobierno literario y económico, veníase llevando con puntual observancia, por lo que no se podían tener en menos que los de San Pelagio, ya que, sobre ser su doctrina la misma, su plan, estudioso y reglado, era, por lo menos igual. Al fin la gracia les fué despachada favorablemente y la Asunción incorporada a la Universidad de Sevilla para el pase de los cursos que aquí ganaran si pretendían ser Bachilleres por aquella. Aquel alarde de propia estima de los estudiantes, fué quizás el último gesto de superioridad de nuestro Colegio adquirida en los días de hegemonía, cuando lo rigió la Compañía de Jesús.

No mucho después, y porque en todo el país se notaba la baja en el tono de la enseñanza, el Gobierno al ocuparse de remediarlo, fijó su vista en el Real Seminario de Teólogos de Córdoba, pretendiendo que llegaran a él sus propósitos de mejora. Se intentó aumentar su patrimonio y procurarle personal capacitado para dilatar la fama de virtuosa y sabia de la Casa. El Consejo de Castilla designó por Rector de ella al clérigo Don José Francisco Camacho. Ello debió ser a los diez años, poco más, de haber salido de su gobernación los ignacianos. Camacho se había educado entre ellos en las aulas de la Asunción, tenía borla doctoral, había ejercido canonicato en la Catedral de Orense y ocupaba a la sazón un puesto en el Cabildo Colegial de San Hipólito. Se le reputaba buen Presidente, buen Catedrático de Teología y hombre de Letras. Por ello se creyó acertar poniendo en su mano todos los mandos y resortes del que era, por doble motivo *su Colegio*. Lo que entonces no se supo

medir, fué su enconada aversión al régimen caído y su pusilanimidad o falta de ánimo, que pronto trajo la indisciplina y la anarquía a la colegiatura y que en ella anidó tantos años, cuantos fueron los del mando de este funesto Rector.

Gastó Camacho sus primeros impulsos en combatir a sus antecesores, y en lanzar agravios contra los ex-Jesuitas, Rectores y Superintendentes, en las páginas de un escrito que publicó en Septiembre de 1787 y al que, dos años después, se dió por los agravios adecuada respuesta.

Prontamente presentó al Real Consejo modificaciones en las normas antiguas del Colegio, que le fueron aprobadas. También el Alcalde Mayor más antiguo de la Ciudad y Corregidor interino de ella, Don Diego José Carrillo de Rueda, como Patrono que había sido designado, a nombre del Rey, se atrevió a modificar las Constituciones de la vieja Obra de López de Alba, volviendo la vista a la época en que la dirigieron Rectores del clero secular, y alegando, que los preceptos que habían regido entonces eran los más conformes al estado de los colegiales después del Extrañamiento de los Padres de la Compañía.

En la elección de Maestros, determinación de gran transcendencia como luego se verá, aunque estaba resuelto proveer los cargos por oposición, no solía hacerse así, y ocasiones hubo, año de 1784, en que las disciplinas de Teología estaban en manos de un Diácono que había aprobado la materia en el curso anterior...

No mejoraba el Colegio; antes bien, decaía, y acaso por ello, cuando se quiso en Madrid establecer en Córdoba un Seminario para la educación de la Nobleza, tomóse el partido de trasladar los colegiales de la Asunción sumergiéndolos en San Pelagio, para dejar expedito el edificio en provecho de los hijos de los Nobles. Hubo empeñada una lucha por ello, y como se alegrara que lo pretendido era cosa contraria al espíritu de la Fundación y que el Seminario episcopal era muy distinto establecimiento y hasta incompatible con el nuestro, se llegó a la componenda de compartir la Casa para ambos fines. Camacho logró entrar en la Junta formada para organizar el nuevo Seminario de Nobles, ofreciendo aportar su experiencia. Por fortuna los propósitos no cristalizaron.

En el año de 1787, y tal vez por la falta de carácter de este Rector, se comenzó a sentir la insubordinación de los Maestros

subalternos que pronto había de trascender a Colegiales y criados. Don José Francisco Camacho, justamente alarmado, dió cuenta al Real Consejo de que sus súbditos se negaban a reconocerle por superior; de que los dichos Maestros formaban bandos con los estudiantes para no obedecer al Rector; de que unos y otros, perdido el freno, se habían provisto de armas; y de que, a más de tenerle repetidas insolencias, cuando salían en filas a la calle, «la atajaban, deteniéndose a hablar con mujeres»... Otras veces aducía que, contra sus mandatos, en el Colegio se usaba fraudulentamente tabaco de humo, o de que las hebillas que usaban en los zapatos los futuros sacerdotes eran demasiado lujosas para el hábito talar y debían ser sustituidas por botones... y ponía el grito en el cielo al señalar éstos y otros casos de peor índole, como de anarquía libertina en la colegiatura, llegando al extremo de confesar por escrito que sus súbditos le tenían por un ser despreciable ante todos, aún ante los servidores de la Casa. El pobre Rector—que en otro orden de cosas era persona erudita y de buena fama—, en esta de saber mantener su autoridad, había fracasado estrepitosamente. Aunque se justificaba con el temor al escándalo y con su creencia de ser lo más conveniente, en medio de aquel caos, un prudente disimulo, acaba declarando en sus largos escritos a la superioridad, que a juicio de los colegiales, él estaba acobardado y sin fuerzas para corregirlos...

El año de 1793, señaló el punto más alto de esta curva de desórdenes en nuestro Colegio. Camacho elevó sus querellas al Consejo de S. M. Por ellas se sabe que los Maestros subalternos huían a la tarea y seguían resistiendo la subordinación; que los jóvenes escolares les acompañaban en la desobediencia y desacato y usaban armas prohibidas; que los Presidentes se ausentaban de la casa sin aviso y dejando solos a los estudiantes; que los Catedráticos se iban a hacer oposiciones a Prebendas a otros lugares, abandonando la asistencia a clase en un sustituto, tras de ocupar las horas del día en sus estudios privados; que todos desoían sus reconvenciones y que no bastando con amonestarlos se hacía preciso decretar expulsiones, para lo cual no tenía él facultades. Siempre, paliando la gravedad de los casos, con su modo de entender la prudencia.

Una Carta Orden de S. M. y otras Cédulas, fueron expedidas para buscar el remedio. Se mandó, como era lógico, que los Catedráticos y alumnos obedecieran al Rector en cuanto fuese justo y

previnieran las Constituciones últimamente dadas al Colegio; que los Maestros viviesen fuera de la Asunción; que el Rector pudiera nombrar Presidentes, sin sueldo pero con ración, que suplieran a los Catedráticos; que éstos no se ausentaran de Córdoba sin licencia y poniendo suplente, a gusto del Jefe, que sirviese, a costa del ausente, la Cátedra; y por fin; y esto fué lo más deprimente: que por el Alcalde Mayor de Córdoba se prestase a Camacho el auxilio necesario de su Autoridad, en los casos u ocurrencias en que ello fuere necesario...

Esta dolorosa tragedia, remató en una disposición del Real y Supremo Consejo de Castilla nombrando Director de nuestro alborotado Colegio, al Señor Don Francisco García de la Cruz, que lo era también de la Universidad de Sevilla, a cuyas órdenes quedaba sometido el pintoresco Rector.

Lo peregrino del caso es que este Don José Francisco Camacho, que había escrito y publicado más de un trabajo erudito y que entonces y después dió a las prensas interesantes producciones de su pluma sabia, había dispuesto y dado a la estampa, repartiéndolo profusamente entre los alumnos a cuyo frente estaba, un librito curioso que tituló «Ceremonias o reglas de Política Moral y Civil para instrucción de los Caballeros Colegiales del Real e insigne Colegio de Nuestra Señora de la Asunción de Córdoba», en el que exaltaba la Bondad, la Templanza y la Modestia a los ojos de la juventud; contenía vibrantes exhortaciones y señalaba reglas numerosas sobre el modo como había de comportarse cada cual en las ceremonias de la Capilla de la Casa; cómo se habían de conducir en la calle y cuáles normas de urbanidad y tratamiento había que cumplir a rajatabla en la vida cotidiana del estudiante, ya dentro del Colegio, ya fuera de él y hasta en sus casas, en los periodos de vacaciones. La prolijidad con que hace sus observaciones da en algunos momentos tono pueril a sus Reglas de Urbanidad. Pareciéndole pocas, con ser muchas y abarcarlo todo, añadió a los párrafos de su «Ceremonial», una breve colección de útiles advertencias que para que los estudiantes de la Asunción—de «la Santa Casa y Colegio de Córdoba»—aprovechasen en el camino de la virtud, había compuesto y divulgado siglo y medio antes, uno de los Rectores antiguos: D. Pedro de Navarrete.

En el año 1804, todavía estaba al frente de la Casa Don José Francisco Camacho.

Al llegar el de 1798, el Consejo había dispuesto que la enseñanza se uniformase en toda España, en lo literario, con la Universidad de Valencia, centro de estudios que se distinguía ya entre todos los del Reino por el plan y método que había establecido en ella el literato Don Francisco Pérez Bayer. De pocos años después data la implantación en el Colegio de nuestra historia, de otros estudios así como de innovaciones en su régimen. Ello fué al advenimiento de los franceses y estando la ciudad bajo la inspiración de su Prefectura. Entre los festejos preparados para solemnizar el onomástico de José I Bonaparte, en el año de 1810, figuró la apertura en el edificio de la Asunción, de una Escuela o Academia de Dibujo y otra de Matemáticas puras, cuyas enseñanzas serían nocturnas, durarían dos horas diarias las clases, y se abrirían libremente a quienes quisiesen inscribirse para aprender en ellas. La de Dibujo había de orientarse en sus tareas, hacia el resurgimiento del arte de la Platería, decaído de su antiguo esplendor por el mal gusto de la época.

Con ello, el representante del Gobierno daba el primer paso en orden a la creación de un Liceo, de molde francés de los preconizados para toda España, y que, aquí, se pretendía yuxtaponer en la Asunción. El Rector de entonces D. José de Hoyos y Noriega, que no anhelaba otra cosa sino el mejoramiento de su Colegio, rindió, en su discurso, en el acto inaugural de las nuevas Cátedras y en la persona del Comisario Régio que lo presidía, el más fino homenaje en obsequio al Soberano que tan amante de las Ciencias y de las Artes se mostraba con la creación de las nuevas enseñanzas. Ello, de momento, debió valerle tacha de afrancesado ante los patriotas, cuando en realidad no lo era, como algún día se probará. Lo que pudo ocurrir, para que se hiciese al Rey intruso exagerado acatamiento en el Colegio que Hoyos regía, es que en Córdoba se había establecido un régimen de terror por las autoridades francesas, se habían suprimido las Ordenes religiosas, y los sacerdotes, más que los seglares, contemporaneizaban con los acontecimientos sobrevenidos sin poder oponer la más mínima resistencia a la realidad del momento. Por otra parte: el propósito de dedicar el Colegio de la Asunción a Liceo, amenazaba ya de cerca con una transformación radical de su tradicional destino de Seminario, a la hora crítica en que absorbidas las vocaciones por el de San Pelagio, tan-

to cuanto aumentaba en éste el número de colegiales, disminuía en aquél. Así se explica que Hoyos Noriega pasara, con rostro sonriente, por la instauración de las nuevas enseñanzas, como principio de las muchas reformas que habían de introducir en la vida y en el régimen de la ciudad sus invasores, aunque se desvirtuara un tanto la finalidad de la Casa de futuros sacerdotes y abriera sus puertas a los seglares.

Evacuaron los franceses la ciudad, y a poco, vemos creada en el Colegio del Real Patronato una cátedra más: la de Latín. ¿Cómo explicarlo, estando en baja el número de colegiales encaminados al sacerdocio? ¿No tenían eficiencia las enseñanzas de Latinidad que tras de las Primeras Letras, servían de enlace con los estudios de Filosofía y Teología, disciplinas, que desde la Fundación, eran el obligado bagaje mínimo para la preparación del clericato? ¿O es que se reforzaban las enseñanzas humanísticas decaídas desde que el Colegio perdió sus mejores aleccionadores, los Jesuitas? ¿Se trataría de competir en la enseñanza del Latín con las Aulas de San Pelagio?...

Junto a tales afanes de mejora, las circunstancias políticas tejían, amenazantes, graves trastornos en la Asunción.

Padecía el país el estrago de la revuelta en que lo dejó la francesada. Escindidos los cordobeses en dos partidos, absolutistas y liberales, aquí, como en el resto de España, se abrió una división profunda entre los vecinos. El clero también estaba agrupado inevitablemente en dos bandos, y por consecuencia los Jefes y Maestros del Real Seminario de Teólogos no supieron, o no pudieron, dejar de tomar parte en la divergencia; cosa clara para quien leyese los papeles impresos y periódicos locales de aquellos días. Los liberales, deseosos de reformas, frente a los realistas, enemigos de ellas.

Hasta las columnas del diario madrileño «La Atalaya» llegaron los chispazos de una polémica, en la que se discutieron públicamente las convicciones políticas y hasta religiosas del Colegio y de sus Profesores. Esto ocurría en el año 1814, a raíz de unos sucesos populares, harto desagradables. Tenía el Rector en sus planes, establecer una nueva imprenta, propia de la Casa para ayudarse con los ingresos que por medio de ella pensaba adquirir. No se había olvidado la utilidad y provecho que reportó la que anterior-

mente poseyera, y sobre los restos de ella y tras de nueva compra de fundición de letra, se iba ya a poner en marcha esta segunda. Mas los enemigos políticos del Rector, propalaron que el restablecimiento de una imprenta en la Asunción, lejos de obedecer a la necesidad de acrecentar sus rentas, respondería al propósito de imprimir papeles en contra de los absolutistas. Además, en el Colegio existía una pintura, retrato alegórico de Fernando VII cargado de cadenas, y ello, que según los de un bando era un crimen y según los del otro una gráfica esperanza de rescate, encendió, con lo de la imprenta, la cólera de cierto público que en la mañana del 9 de Mayo del año recién mentado, hizo objeto al edificio de la más desastrosa manifestación tumultuaria.

Subían los amotinados por San Salvador arriba, viniendo de la Plaza Mayor de derribar y de arrastrar la lápida de la Constitución, cuando después de saquear varias casas, la turba, enfurecida, asaltó el Colegio de la Asunción, rompiendo, destrozando y robando cuanto encontró a su paso. Buscó el cuadro, hizo astillas de los muebles, destruyó la Academia de Dibujo y arrastró con la imprenta para esparcir por las calles tipos y moldes y echar las prensas al río. El perjuicio fué tasado en una suma cuantiosa y el Rector, después de ver injustamente destruída su obra y saqueado y ofendido por las iras de las turbas un Centro a cuyo engrandecimiento tanto había contribuido, tuvo también que soportar el sonrojo de oír a la Comisión de Causas del Estado, sentenciarle a una reclusión de ocho años en los desiertos de Sierra Morena, castigo paradójico para quien no otro delito había hecho, que procurar el bien de la Casa que regía y la ilustración de la juventud en ella congregada. De tan triste manera pagó tributo en esta ocasión el Colegio, a la época de más discusiones y más enconadas luchas que se ha padecido en Córdoba.

En otros momentos de esta misma etapa dolorosa, fué el encarcelamiento de los Maestros y Regentes, el fruto de la división de los pareceres políticos; y por fin, en distintas temporadas, la clausura de las clases y la suspensión de la vida colectiva de los colegiales, fueron los graves males originados de los vaivenes del Gobierno como del enrarecimiento del ambiente en el plano de las aversiones personales de una ciudad, entonces de escaso vecindario.

Pero los momentos difíciles para la fundación de López de Alba, ya un tanto desvirtuada en sus fines desde que se la engarzó en el Real Patronato, no concluyeron, como se ha dicho, al llegar el año de 1820, en que pareció abrirse un armisticio en la guerra sin cuartel que el Colegio tuvo que librar durante el primer tercio del siglo.

Cerradas las clases de la Asunción desde 1817 y enviados a sus casas los colegiales, no pudo volver a abrirse hasta tres años después. Su hacienda era pobre. No otras rentas había conservado sino la de ocho mil reales anuales procedentes de tres cortijos de sus antiguos «Propios» y de otras fincas de su patrimonio, y, en cambio contaba un pasivo de seis mil duros a favor de diferentes acreedores. En tan crítica situación, pidió el Colegio al Concejo Municipal de Córdoba la agregación de otras rentas de las destinadas a la enseñanza pública y los síndicos, de acuerdo con lo pedido, propusieron al Jefe político de la provincia que fuesen incorporados a los cortos ingresos del Real Seminario de la Asunción, —de tanto arraigo en la ciudad y que tantos prestigios había ganado el tiempo para ella,— otros productos como los del capital del Colegio de Santa María de Gracia, que hacía siglos venían sirviendo los frailes dominicos en las aulas de su Convento de San Pablo el Real, con escasa eficacia; ya que así podrían sostenerse los gastos de conservación de la fábrica del edificio de López y la dotación de las cátedras que en éste se costeaban, aumentadas, en número, con las de Ciencias, Dibujo y Latín, y que todavía más se iban a recrecer con arreglo al plan general de instrucción y educación que se esperaba de los legisladores. Pensábase que también pudiera ser remedio de la estrechez económica de aquellos momentos, abrir las puertas libremente a mayor número de alumnos, ya en calidad de colegiales para vivir dentro del edificio pagando su correspondiente pensión, o bien en clase de meros asistentes a las aulas y demás ejercicios literarios.

La propuesta significaba, que las exigencias de los tiempos iban a desvirtuar los deseos del Fundador; es decir: que el sistema nuevo podía cambiar el régimen primitivo, de Seminario, en un futuro Colegio laical. El caso no ofrecía novedad, porque, tiempo antes, se había intentado la reforma de separar de la Casa de López los estudios eclesiásticos para convertirla en Centro consagrado a la edu-

cación a instrucción de jóvenes seculares de la provincia, entendiéndose que estaba la comarca suficientemente dotada con el Seminario de San Pelagio y con otro existente en Cabra, capaces entrambos de absorber todas las vocaciones para el sacerdocio que en tierra cordobesa pudieran aflorar.

En los planes que se maduraban abogábase también por la persistencia en la Asunción de la Academia de Dibujo, tan útil y provechosa para los estudios, como adorno, y para las industrias artísticas tradicionales, como base de cultura del espíritu.

Al comenzar el año de 1820, contaba el Colegio el número de 68 internos y 12 externos, considerándose renaciente y recobrada su importancia. Lo servía un Rector, seis Maestros y un Presidente. El nombramiento del Rector y de los Maestros necesarios a propuesta de aquél, tocaba a Su Majestad, precediendo la correspondiente lid científica, como se había previsto al entrar la institución en el Patronato Real.

Mas, no iban o cesar los movimientos de flujo y reflujó. En 1823, los acontecimientos del 10 de Junio, cuando el pueblo proclamó tumultuosamente al Rey absoluto y se encendió de nuevo la pugna de las ideas, alcanzaron sus efectos al Colegio, que otra vez fué clausurado, registrándose de nuevo la persecución de sus regidores y maestros. Estaba visto: desde que la antigua casa de aspirantes al sacerdocio había pasado a depender del Patronato de la Corona, parecía obligada a seguir, paralelamente a la Realeza, las peripecias y vicisitudes de tantos odios y exaltaciones populares.

Hay en medio de estos tristes acontecimientos, una gran figura con mérito bastante para ser anotada en la nómina de los engranecedores de la fundación del Doctor López Alba: la del sacerdote Don José de Hoyos Noriega, a quien hemos nombrado varias veces. Junto al recuerdo de Bujeda, de Pedro de Avila, de Alonso Rodríguez y de Don Gaspar de Pineda, es forzoso evocar el de este otro personaje: El Doctor Hoyos Noriega.

El, que encarna en el Rectorado de la Asunción toda una época, había nacido en un lugar de Asturias, hacia el 1777, debió su educación a la Casa de López; siguió en ella la carrera eclesiástica; y tal vez desde su puesto de estudiante, o quien sabe si recién ordenado, pasó directamente a sus aulas, pues que en el año de 1803 ya era en éstas Profesor de Prima. Cuando, a poco, se buscaba persona con arrestos para sostener la institución, Hoyos Noriega

aparece aceptando el Rectorado sin saber que le aguardaban horas calamitosas, incómodas alternativas, apuros económicos y luchas interiores y de fuera, aunque también, como contrapartida de tantos disfavores, iba a gozar de la confianza de las familias cordobesas que tenían sus hijos puestos en estudios en el Real Seminario de Teólogos.

A Hoyos se debió, que el internado pudiera sobrevivir a los momentos difíciles. A él hubo que agradecer que, cuando en el Colegio todo se creía perdido y las clausuras inevitables hacían peligrar el patrimonio espiritual que allí depositaron los cofundadores con tantas ansias de perennidad, hiciese lo indecible por recobrarlo y siguiera atesorándolo. La historia de la Pedagogía cordobesa de más de treinta años, llevará urdido en su trama el nombre de este singular Rector de la Asunción. Contemporizador ante la invasión francesa; envuelto luego en las distintas reacciones políticas; al frente de la Casa cuando las turbas la saquearon; amargando en las temporadas en que veía—sin poder evitarlo—su Colegio cerrado e inactivo; sacrificando su peculio para pagar atrasos de profesores y abastecedores; solicitando de la autoridad atención para los reverses que las revueltas proyectaban sobre la docencia; confinado en Baena algunos años, a él, a Hoyos Noriega, deberá siempre Córdoba que la obra que tuvo en sus manos haya podido llegar hasta nosotros salvada por fin de tantos vaivenes y contingencias.

La Junta de Estado, desposeyendo al Doctor Hoyos del Rectorado de la Asunción que le confiara Su Majestad, dió motivo a poner a prueba el amor y la confianza que inspiraba a sus colegiales. Al verlo destituido, en 1815, solamente seis alumnos se presentaron a la apertura de curso. Cuando el Consejo Supremo de Castilla nombró Rector interino a D. Juan Rafael Camacho Aragonés, el alumnado se retrajo hasta el punto de no creerse decoroso abrir el curso siguiente con número exiguo de discípulos y no ser de esperar que éstos volvieran si no volvían sus profesores preferidos. La misma suerte corrió la Academia de Matemáticas y Dibujo, que quedó desierta no obstante sentirse la necesidad de levantar el Arte de la Platería.

Por el contrario; al llegar el 1820, y volver Hoyos Noriega a la cabecera de la institución, al instante tomó ésta nueva vitalidad. A fines de Mayo recibía el encargo del Gobierno de ponerse al mando

de la colegiatura, tras de una temporada en que no hubo al frente de ella Rector, ni siquiera interino, y los padres de los estudiantes reaccionaron acudiendo a solicitar puestos para sus hijos, expresando, de modo clamoroso sus complacencias en verle entregado durante el verano a sanear la hacienda, que no era cosa fácil, a reponer de mobiliario todas las estancias y a pagar a profesores y abastecedores las deudas cuantiosas que durante su ausencia de cinco años se habían contraído. En Octubre abrió Hoyos el Real Colegio, con 70 colegiales internos y 7 externos, y el vecindario le mostró de varias maneras su gratitud por haber aceptado el sacrificio. Al año siguiente,—el de 1821—, para celebrar el día del Patrón de las Bellas Artes, San Fernando, abrió de nuevo la Academia de Dibujo, con 80 jóvenes afanosos de aprender las reglas y las prácticas del arte de dibujar del natural y de adorno; y pronto subió a 125 el número de aprendices de esta enseñanza, en la que la ciudad tenía puestos los ojos, para lo que hubo que habilitar nuevos locales y acopiar modelos y mobiliario. Bajo la mano de Hoyos Noriega todo empezó a mejorar en el Real Seminario. Se dió impulso a la enseñanza religiosa, literaria y hasta política. Resucitó la Casa en verdad. Se abrieron las clases de Primeras Letras, de Gramática española y latina, de Filosofía y Teología, de Matemáticas y hasta de Lengua Francesa. Brillante etapa; pero predestinada a ser breve si no se desarticulaba el Colegio de la máquina de partidos y banderías que lo envolvió tantas veces en sus vaivenes.

Había por entonces—año de 1822—sesenta y cinco alumnos internos en el Real Seminario. De ellos,—y el dato es elocuente—, 2 nada más, estudiaban Teología; 22 Álgebra y 54 Geometría y Lógica. Todos daban lección de dibujo y a los internos explicaba el Rector Hoyos Noriega la Constitución. La Academia de Matemáticas y Dibujo, abierta en el Colegio, contaba además con 59 alumnos matriculados; de éstos, 9 dedicados a la Aritmética, y 57 a clases donde se enseñaba a manejar los lápices, manifestando algunos singular aprovechamiento, y todos bastante aplicación.

Un año adelante, y nuestro Colegio Nacional de la Asunción,—así se llamó—, iba a notar, de nuevo, la conmoción de otro cambio político más. Los males experimentados poco antes, se reprodujeron en 1823, y no se tardó mucho en cerrar sus puertas ni sus Jefes en sufrir dolorosa persecución política. De nada servirían los

sacrificios de Hoyos; su amor al Colegio del que siempre solía decir que «le debía todo cuanto llegó a ser...»; de nada su clamorosa petición al Ayuntamiento pidiéndole que no malograra lo hecho y que nombrara persona capaz de entregarse con acierto en el Centro de estudios y Casa residencia de escolares que él, con tanto interés había restablecido. Más de una vez, pidió, con dignidad suma el sufrido sacerdote al Concejo Municipal, de cuya incumbencia eran en aquellos momentos los asuntos de Instrucción Pública, que una próxima apertura asegurara la continuidad de la buena enseñanza de los jóvenes y el adelantamiento de las Artes; y no fué escuchado. Sólo hubo que agradecer al gobierno local, que evitara un acuartelamiento de tropas en el Real Seminario de Teólogos para que no se dañase el edificio; y que, al fin, ordenara que de nuevo fuese abierto para el curso siguiente.

Tal fué, retratada a grandes rasgos, la etapa en que estuvo nuestro Colegio bajo la férula de Rectores y Maestros elegidos por el Rey y por consecuencia sometido a la agitada gobernación del país, preñada de pasiones, a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Llevó entonces corona Real sobre sus emblemas, pero perdió mucho del aroma de su primitivo destino religioso e imperial.

A pesar de lo accidentado de aquel periodo, todavía se puede reconocer en él, algo de protección providencial que lo salvó de perecer entonces. El edificio se libró de ser destinado a menesteres distintos de los que tuvo desde el comienzo de la fundación de López, mientras a otras casas, de las que habían regido los Expulsos, se les dió utilización diferente de la propia, para aprovecharse de ellas. Se mantuvo la idea de Seminario Menor para vocaciones eclesiásticas, con becas en beneficio de pobres estudiantes, hasta que la realidad viva lo hiciera innecesario. Dos teólogos se cuentan todavía en 1822, entre los alumnos matriculados, cuando ya hacía ciento veinte años que el Seminario Conciliar de San Pelagio cumplía la misión que le atribuyó el Tridentino llenando plenamente la necesidad comarcal de cultivar las vocaciones para el sacerdocio, bien organizada su vida en común, piadosa y recoleta, y dotadas sus cátedras por el magnífico Cardenal mercedario Don Fray Pedro de Salazar, Obispo de Córdoba. Y, por fin: pudieron sortearse, a veces, las dificultades que para la tarea sería y continuada del Colegio engendraron tantos cambios políticos, tantas aversiones y

rencores, merced al exaltado cariño que, desde estudiante, tenía puesto en aquel su Colegio el Doctor Hoyos Noriega, pues si bien es verdad que por creerse afrancesado, liberal y defensor de la Constitución, se combatió al Real Seminario que regía, tachándolo de liberal también; no es menos cierto que ninguna de las personas ni organismos que de él se encargaron durante las obligadas separaciones de este Rector, procuró su prosperidad, antes bien, todos lo hicieron, incluso el Ayuntamiento, instrumento de venganza y de agravios.

En el ambiente de la ciudad quedaba todavía, como en el espíritu de algunos sacerdotes, viejos y mesurados, que con los Jesuitas se criaron en aquel Seminario, el sagrado depósito de la idea de Avila traducida en hechos por López de Alba y por la Compañía de Jesús; idea de caridad para con los pobres que quisieran servir en el Altar, y de entrega generosa de los medios necesarios para que aquellos alcanzaran las ciencias sagradas en el estudio pacífico de nuestra Casa, dos siglos de par en par para la juventud cordobesa que deseara empaparse en letras y virtudes. Nada más lejos de los avatares políticos. Aquel primitivo Colegio, representaba y pedía la continuidad llana y tranquila, como agua de aljibe; mientras éste del Patronato Real, según se veía en la práctica, estaba siendo la expresión de lo inestable, de lo movido y sujeto a cambios y reformas; mejor que vino que se enracina, mosto que fermenta y se agita. El cariño de Hoyos a la Obra no podía evitarlo; antes bien, en él polarizaba sus iras el populacho como ocurrió el día del saqueo y destrucción de la imprenta. Demasiado hizo para sortear los malos tiempos y salir airoso de las contiendas. Siempre merecerá gratitud por ello.

Más es de notar la fina sensibilidad de los cordobeses, amenazados más de una vez de perder su Colegio de la Asunción en la lucha de encrucijada de la política española de afrancesados y patriotas, negros y blancos, serviles y liberales. Cuando en el año de 1815, ausente del Colegio su único sostén: Hoyos Noriega, Su Majestad Fernando VII dió su Cédula Real de 9 de Junio, mandando restablecer la Religión de S. Ignacio en sus Colegios, Hospicios, Casas de profesos y Noviciados, Residencias y Misiones preestablecidas antes de la expulsión, en ciudades y pueblos que lo habían pedido, sin perjuicio de extender el restablecimiento a todos los



Quando en el año de 1815 una Real Cédula mandaba restablecer a los Jesuitas en sus Colegios, Córdoba ofreció la primera Capilla de la Asunción, para que volviera a ser retablo digno de los ministerios apostólicos de la propia Compañía de Jesús.

que hubo, Córdoba se estremeció creyendo adivinar la solución mejor para el problema de este Colegio suyo, tan en peligro si no le sacaba del campo de combate donde se dirimían formas de Gobierno y cambios de dinastía; y el Obispo y su Cabildo, y el Ayuntamiento asistido de un número de vecinos crecido en cantidad y calidad, pidieron al Rey la vuelta a nuestra ciudad de los Padres de la Compañía y señalaron, a una voz, y sin vacilar, el Colegio de la Asunción para su adecuado y decoroso aposento.

Hay que leer entre líneas, que no era esta propuesta de una residencia nueva para los jesuitas en Córdoba, resultante de la circunstancia de estar vacío y expedito el edificio, sino que era, más bien, un atisbo de esperanza de que, la Casa de López de Alba recobrase su primitivo espíritu eclesiástico y superior a todo marchamo político, bien se destinase a Seminario, o a Escuelas, o simplemente para que en su Capilla primorosa, obra de la propia Compañía, volviera a estar el retablo digno de sus ministerios apostólicos. Mas, en el logro del propósito, lo que se apuntó como motivo de facilidad, resultó causa de impedimento. Como el Colegio de Santa Catalina, que fué propio de los jesuitas, no podía quedar libre para recibir de nuevo a sus dueños, porque ya estaba cedido por el Rey para las Escuelas Pías gratuitas fundadas por el Deán, y su iglesia estaba ocupada con las dos parroquiales reunidas, la del Salvador y la de Santo Domingo de Silos, la coyuntura de aposentarlos en la Asunción pareció providencial. Pero la Junta de Restablecimiento, desatendió la propuesta—verdadero clamor popular—por estimar que nuestra capilla, tan bella y devota, no era acomodada, por pequeña, para la predicación evangélica y demás oficios divinos en que deberían ejercitarse «con preferencia», los Religiosos de San Ignacio... pretexto y antepuesta que contrarrestó hasta anularlo el deseo de los cordobeses: ver su Colegio, a salvo de luchas políticas; aprovecharse otra vez de la misión docente de la Compañía en provecho de la ciudad y de sus muchachos; sentir de nuevo el aleteo del espíritu de Avila removiendo las cenizas y la obra del médico de Reyes; volver a contemplar allí, a los estudiantes pobres, capaces de letras, elevándose, por medio de los mejores estudios y criados en el temor de Dios, a los más nobles cometidos de la Tierra.

Bajo los auspicios del Real y Supremo Consejo de Castilla, primero; sometido, más tarde, a la inspección del Ministro togado de la Real Audiencia de Sevilla; para entrar por fin, en la órbita de la Inspección General de Instrucción Pública, el Colegio vivió; pero los teólogos a quienes Ávila y el Médico del Rey de las Españas habían abierto sus puertas, fueron aminorando en número hasta reducirse el de dos, que hemos contado en un curso, en los comienzos de la tercera década de expresado siglo.

Señalados de la Real mano de Don Fernando VII, y refrendados por el famoso Calomarde, salieron del Palacio de Madrid varios Decretos y Ordenes, en el lapso comprendido entre los finales del 1824 y los comienzos del año siguiente. Dejaba por medio de ellos arregladas el Rey, de acuerdo con su Gobierno, las Universidades del Reino y las Escuelas de Primeras Letras, cuando se decidió a completar en todos sus dominios, el plan general de Instrucción Pública, organizando, sobre unas mismas directrices, la enseñanza del Latín y de las Humanidades, deseo de renovar la afición con que, en otros tiempos, se cultivaron en España la lengua del Lacio y la Literatura clásica; y con ánimo de que pudiesen los jóvenes adquirir los conocimientos generales que se entendían obligado preliminar de los estudios mayores. Un Reglamento general, dado en 29 de Noviembre de 1825 para Escuelas de Latinidad y Colegios de Humanidades, trazó la norma que había de seguirse hasta dotar al país de Establecimientos de Estudios humanísticos y darles eficaz organización. De los ciento diez y siete preceptos de su articulado, los cincuenta y cuatro primeros afectaban a las Escuelas en que públicamente se iba a enseñar la lengua latina, y a los Preceptores autorizados para este magisterio; y los sesenta y tres últimos, se dirigían a regular la implantación y dotación de un Colegio de Humanidades en toda ciudad o villa que fuese Capital de provincia o cabeza de partido; y de más de uno, en las excesivamente populosas, como Valencia y Barcelona. De momento, se habían de establecer en Madrid, Barcelona, Burgos, Cáceres y Ciudad Real o Manzanares; y se declaraban subsistentes los que ya existían en Valencia, Vergara, Santiago de Bilbao y Monforte de Lemos.

Había en estas normas oficiales, ideas, que para entonces significaban gran adelanto. Sirva, como ejemplo de ello, la de «pro-

tección escolar», que en la Real Cédula de Fernando VII se consagraba ya, en favor de niños pobres que diesen pruebas de buena conducta, grande aplicación y despejado talento.

Regulaba el texto de la soberana disposición los lugares en donde se podían abrir estos centros de cultura pública; el modo de actuar de Preceptores y Maestros; las obligaciones y derechos de los Ayuntamientos para con las nuevas casas de estudio; el método didáctico a seguir, las materias a enseñar y hasta los libros que podían utilizar los estudiantes. Con la misma prolijidad dicta la Real Cédula que dió Su Majestad y Señores de su Consejo, el régimen interior a seguir en las Escuelas y prácticas religiosas que habían de observarse en ellas, que, el de exámenes, premios y castigos, que la exigencia de la posesión del Título de Preceptor para enseñar y Carta de examen a los Pasantes que se ocuparan en ayudarle. Todo cuanto se pueda pedir a una organización de los estudios indispensables para presentarse a las puertas de la Universidad, está contenido en estos Reglamentos promulgados en 1825-26.

De ellos, que son el pórtico de salida a la docencia española de las que ahora se llaman Enseñanza Primaria y Media, han alcanzado supervivencia no pocos preceptos, y valga como ejemplo, comparando aquella Escuela de Latinidad con nuestra moderna Escuela Nacional, la indemnización que los Ayuntamientos venían por aquella ley obligados a pagar a los Preceptores, consistente en proporcionarle habitación y Sala para la Escuela, a cambio de enseñanza gratuita a cierto número de niños pobres; el asueto en la tarde de los jueves; las fechas extremas de los períodos de vacaciones no caniculares; la asistencia de maestros y alumnos, en formación, a la Misa Mayor de la parroquia, el rezo del rosario en los sábados por la tarde, o la presencia, en cada aula, de una imagen o estampa del Crucificado y de la Virgen.

En punto a los Colegios Humanidades, que es el que hace a nuestra historia, la reglamentación de Noviembre de 1825 es muy completa e interesante y habrá que ver en ella, como decimos, el antecedente de nuestra Enseñanza Media de hoy.

Recomendaba la creación de estos Colegios, confiados a empresas particulares y sostenidos con el producto de las retribuciones que pagaran los alumnos; pero en el caso de que aquellos no alcanzasen a cubrir los gastos, el Gobierno se comprometía a auxiliarlos

de varios modos y entre ellos cediéndoles o proporcionando para establecerlos, algún edificio capaz, o agregándole algunas pensiones eclesiásticas. Imponía cierto número de becas en favor de hijos de militares o de empleados beneméritos carentes de bienes para abonar su pensión. Fijaba en 400 ducados el máximo de honorarios que habían de pagar los alumnos, a los que dividía en las tres categorías: de internos o pupilos, medio pupilos y simples externos; estableciendo para los primeros el sustento diario, la enseñanza, cuidado de ropa y asistencia en enfermedades; para los segundos instrucción, comida y merienda; y para los externos, simplemente la enseñanza.

La Real Cédula origen de la transformación de nuestro Colegio, y las reglas que por ella se mandaron observar, en los Colegios de Humanidades. trazaron: el plan de enseñanza; el gobierno interior de estas casas cuya dirección y vicedirección ordenó taxativamente que se pusieran en manos de eclesiásticos; la observancia de normas disciplinarias muy rectas, y la celebración de diarias prácticas religiosas. También preceptuó, que, sobre las bases generales que la Real mano señalaba, se formara, en cada Colegio de los que iban a crearse, un Reglamento particular.

No debió haber en nuestra ciudad, empresario a quien conferir la fundación de Fernando VII, cuando no muy luego, en el verano de 1826, Su Majestad autorizó el acuerdo de la Inspección General de Instrucción Pública, «elevando» a esta clase de Establecimientos el que se conocía con el nombre de «Nuestra Señora de la Asunción de Córdoba». Es decir, que para nuestra ciudad no hubo que improvisar Colegio de Humanidades, puesto que ya existía uno, que con aureola de prestigios que ganara en siglos anteriores, pudo ser utilizado; y así el Rey y sus Ministros no otra cosa hubieron de hacer que plantar lo nuevo sobre la ancha base de lo viejo.

Dióse comisión a Don José Casal, Canónigo de San Hipólito para que organizara lo necesario hasta ver abierta la nueva Casa de estudios; pero el sacerdote, anciano y enfermo, no se sintió con fuerzas para los trabajos constituyentes que se le brindaban como un honor y se detuvo ante la circunstancia de estar los bienes de la Asunción embargados por el antiguo Rector Hoyos Noriega, a

resultas del crédito que éste tenía contra el Colegio, y puestos en administración judicial. No permitía a Casal lo precario de su salud atender la comisión con la actividad que se le exigía, pero no obstante, dió los primeros pasos, consultando por escrito al propio Hoyos sobre su deuda líquida y al Ayuntamiento de Córdoba con el ruego de que saliera a solventarla. Hoyos puso un comunicado en 27 de Agosto, desde la villa de Baena donde se hallaba confinado y donde ejercía cargo eclesiástico, en términos elevadísimos que retratan su dignidad ofendida por los agravios que se apuntaban en el capítulo anterior.

Ante la urgencia de la apertura del nuevo Colegio de Humanidades, Casal pidió que se designara alguna persona que le ayudase, y en Madrid, decidieron que para no demorar la organización apetecida, se extendiera el encargo a otro sacerdote: al Rector de la parroquia de San Juan de los Caballeros, Don Rafael Muñoz Mantero. Entrado éste en la suplicia, comenzó a realizar los preparativos ordenados por la Inspección General de Instrucción Pública, con gran acierto y actividad. Lo primero fué pedir el alzamiento de la acción judicial sobre los bienes del Colegio de Real Patronato prometiendo pagar los créditos legítimos; y lo segundo, arbitrar recursos, a cuyo fin solicitó del Ayuntamiento que éste facilitara los fondos necesarios para la instalación, bien con cargo a cierto Patronato benéfico, o por una colecta hecha entre los pudientes de la provincia, tal, cual en otros lugares.—Cáceres, por ejemplo—, se había ejecutado, con el mismo propósito: Subvenir a los gastos de primer establecimiento y sostenerse los primeros años, hasta tanto que, saneadas las rentas, bastase con ellas y con lo que dieran los alumnos, para llegar cómodamente al normal desenvolvimiento económico del centro docente que se iba a abrir.

A primeros de Septiembre, orilladas las dificultades, tomaba posesión Muñoz Mantero, como Director interino, del edificio de la Asunción y de sus pertenencias, aprobándole la Superioridad cuantas propuestas formuló y quedando el Rey muy satisfecho de su celo y del demostrado por el Cabildo Municipal que desde el principio vió la erección del nuevo Colegio de Humanidades con gran interés anhelando el buen nombre y adelantos del mismo.

Nombrados Maestros interinos cinco individuos competentes, de los que, uno era Presbítero secular, dos eran Religiosos y dos

seglares, se designaron también para cargos de Inspectores a dos sacerdotes más, con lo que ya eran seis, los clérigos que iban a regentar las enseñanzas y el internado y se dejó para cuando hubiese alumnos, la habilitación de las demás Cátedras y el nombramiento de sus respectivos Profesores.

Se estableció una Clase de Primeras letras, ensamblada en las de las otras disciplinas; se modificaron ciertos artículos del Reglamento recién dictado por el Gobierno; se suprimió la enseñanza de la Teología que en la Casa de López existió hasta este momento y desde el de su erección; se prescribieron los libros que habían de usarse para el estudio; y, como detalle: se adoptó para traje de los Colegiales; el de manto y beca, que, sobre ser el más económico, era el más conforme a las costumbres de nuestro país.

El día de San Lucas, 18 de Octubre, se abrió por fin el curso primero del Real Colegio de Humanidades, que había de llenar veinte años de historia del nuestro de la Asunción. Fué aquel un acontecimiento que produjo general alegría, según rezan documentos; pero, pronto surgió una dificultad: acudieron no pocos externos; mas, como se inscribieron en las clases de todas las disciplinas, fué forzoso abrir un número de cátedras mayor de lo que en principio se pensaba, resultando que los gastos se incrementaron «por satisfacer los justos deseos de los que pedían sólida ilustración».

En calidad de internos se presentaron pocos a pedir plaza, que, ya no era la Casa, seminario, ni se consideraba indispensable la habitabilidad de continuo en el Colegio; más, como se contaba con el ingreso que los colegiales pupilos enteros aportaran, y los gastos habían sido de mucha monta, casi no se podía hacer frente al conflicto económico, aunque el Ayuntamiento había aportado un préstamo, en dinero y en trigo. El Director Muñoz Mantero, alarmado, inquirió los motivos de este fracaso, y creyó encontrarlos en haber procedido con excesiva rapidez para convocar a los discípulos y en no haber dispuesto éstos de tiempo bastante para preparar su ingreso; lo que se quiso remediar, haciendo a los cuatro vientos por toda la comarca, una nueva llamada y ampliando el término de la entrada hasta fin de año. Para los principios del siguiente, se aplazó la celebración de una ceremonia de apertura solemne, que sirviera entonces «para dar la debida importancia a Establecimiento tan digno de los paternos desvelos de Su Majestad el Rey».

También se atribuyó a otra causa la escasez de alumnos internos y así se puso en conocimiento de la Inspección general. En la Escuela de Primeras Letras fundada con el apoyo del Monarca, hacia años, en el edificio que fué de la Compañía, por el dadivoso Deán Don Francisco Xavier Fernández de Córdoba, no se debían admitir, según la Fundación, otros niños, sino los de familias indigentes, a los que se daba, de balde, educación, libros, papel y plumas; sin embargo, los pobres eran pospuestos y se prefería a los pudientes; y aún más: los Maestros de tales Escuelas-Pías gratuitas, tenían en sus aposentos un crecido número de pupilos internos y medio internos, a los que consagraban su atención principal con abandono de la exigida por sus cargos en favor de los menesterosos. Algo parecido ocurría con la clase de Latinidad, establecida por el Cabildo Eclesiástico en la Catedral. Y decía Muñoz Mantero en sus querellas presentadas a la Inspección General: «si en esos Colegios no se tolerase más número de estudiantes que el marcado en la Fundación, ciertamente se aumentaría en el nuevo Real de Humanidades, el número de internos, con cuyas pensiones se había contado para levantar las cargas...»

La Inspección, haciéndose eco de estas razones, atribuyó al Corregidor de Córdoba el cometido de vigilar ambas fundaciones, la de la Catedral y la de las Escuelas-Pías del edificio que fué de la Compañía, para que en ellas no se enseñase sino a los pobres, según estaba prescrito en sus cláusulas constitucionales.

No obstante estas medidas protectoras, el nuevo Centro de enseñanza y educación, debió seguir llevando vida lánguida por la estrechez económica que acarreó la falta de concurrencia de internos a pensión. De otro modo no se explica que en Septiembre de 1827 se rebajaran las cuotas en principio señaladas para las distintas clases de alumnos, internos y medio pupilos, y también las prefiadas por asistencia de los externos a las clases.

La situación de agobio de la hacienda, que fué mal de origen del Colegio de Humanidades de Córdoba, no se remediaba fácilmente. No bastó con incorporarle, de Real Orden, todos los bienes, rentas y derechos que habían pertenecido a otras Fundaciones u Obras-Pías, ya extinguidas, como la del Colegio de «Niñas Educandas», por ejemplo, cuyo caudal, casi por entero, fué entregado en las exhaustas arcas del de la Asunción. Ni fué remedio tampoco,

para la suspirada nivelación, la Orden de 29 de Septiembre de 1830, que mandó reducir a la mitad los sueldos que percibían los profesores, con el pretexto de que éstos eran interinos en sus cargos. De mal en peor, se arribó al año de 1831, sin que, a los cinco de funcionamiento se hubiese conseguido dotarle de medios suficientes para cubrir sus atenciones.

En punto a la enseñanza que se daba en nuestro Colegio a la hora en que se le había convertido en centro oficial para el aprendizaje de las Humanidades, hay que anotar que abrazó en principio las de Primaria, Latinidad, Filosofía Moral, Historia y Dibujo; y que si el alumno, al entrar, había estudiado ya las Primeras Letras, empezaba desde el Latín, y si sabía ya éste, desde la Filosofía. Después se creó la clase de Física y Matemáticas, y gradualmente se hubieron de establecer las demás. Para enseñar en los distintos ramos se nombraron los correspondientes Maestros interinos hasta tanto que sus plazas se adjudicasen en rigurosa oposición. El orden de la enseñanza, era, según lo que preceptuó la Real disposición articulada, dos años en las Primeras clases, otros dos cursando Latinidad, uno de Lógica y Metafísica, uno de Filosofía Moral, uno de Historia, Geografía y Cronología, y otro de Literatura, y, simultáneamente, las demás clases de adorno: Francés, Italiano, Dibujo, Música, Baile y Esgrima. Estas tres últimas enseñanzas tenían carácter de voluntarias, y en el Colegio de Córdoba no hubo, al menos en sus primeros años de funcionamiento como Colegio de Humanidades, quien demandara recibirlas. Los horarios prefijados en la aludida Real Orden, eran, el de tres horas por la mañana y dos y media por la tarde, para Primeras Letras, y lo mismo en las clases de Latinidad, pero destinando al dibujo y delineación dos horas de la tarde. A las Cátedras de Filosofía e Historia sólo se asistiría durante dos horas por la mañana, y por la tarde concurrirían los mismos colegiales, otras dos, a las aulas de Francés e Italiano. La Música había de invertir media hora por la mañana. La Cátedra de Literatura tenía prefijada una duración de tres horas por la mañana y dos por la tarde. Además de estas clases, los de Latinidad, aún después de salir de las Primeras Letras, continuaban escribiendo todos los días una plana y ejercitándose en repasar las cuentas y la ortografía.

En el Real Colegio de Humanidades, se puso en observancia,

al llegar el año de 1828, un Reglamento para su gobierno interior. Así lo había exigido la Real Orden de 29 de noviembre de 1825, cuyo artículo 103, al prescribirlo, recomendaba que se dictara uno para cada Colegio y que estuviese arreglado a las circunstancias locales. El de Córdoba, aprobado por la Inspección General en 17 de Octubre de dicho año 28, fué impreso, al siguiente, en la Imprenta Real, en un sencillo folleto, para su más eficaz promulgación.

Este Reglamento, por demás interesante, contiene en veinte y siete artículos, la norma más clara y precisa que pudo dictarse para adaptar a las costumbres docentes de Córdoba y de la Casa de López el espíritu de la Real Cédula de Fernando VII y Señores de su Consejo, en punto al establecimiento de los nuevos estudios y facultades. Lo abarca todo: desde el título oficial del Colegio nuevo y la entrada en su poder de los edificios, rentas, bienes y privilegios del de la Asunción, hasta las peculiares obligaciones del barbero; desde la enumeración de las disciplinas que habían de enseñarse y el horario de la tarea cotidiana, a la ejecución del privilegio que los Colegiales adquirían de que acompañasen a su cadáver hasta dejarlo en el hueco de la capilla de la Casa, un número, más o menos crecido de compañeros, según fuese el fenecido de la clase de internos o de externos. Todo lo prevee esta expresiva e interesante norma, en la que está, sin duda, el germen de costumbres que se han mantenido en la vieja institución, desde que cambió su disciplinado de teólogos por el de seglares, hasta bien entrado este siglo.

Con escasas variantes, el Reglamento del «Real Colegio de Humanidades de la Ciudad de Córdoba», que, no se llama por cierto, de la Asunción, aunque dice en su encabezamiento haberse establecido en el lugar de aquel, sigue la pauta trazada por el General de Escuelas de Latinidad y Colegios de Humanidades, inserto en la Real Cédula que le dió origen.

Por él, se fija el inicio del curso en 1.º de Octubre; se establecen las tres categorías de Colegiales, internos, medio internos y simples externos; se exige un mínimum de edad para el ingreso: no menos de seis años ni más de doce para las Primeras Letras, y el examen previo y el de un curso a otro para probar capacidad; se traza el horario de ocupación diaria, fijando las seis y media de la mañana para levantarse y una hora antes en verano, distinguiendo al medir el tiempo de estudio, comidas, recreos y prácticas pia-

dosas, los días lectivos de los de asueto; se regulan los exámenes mensuales y semestrales definiendo su consiguiente régimen de premios y castigos; se promulgan las obligaciones y deberes del Director, del Vice-Director, de los Maestros y del Secretario; se establece la regla para hacer visitas o recibirlas; hasta se estampan en el capítulo que trata de las comidas, las listas de viandas que de ordinario, o en días de festividades, han de ponerse a la mesa de los Colegiales, y las clases de recreos y diversiones —billar, tablas, bochas, etc.—, que en las horas de juego se les permiten y aquellos otros que les estaban vedados. Finalmente, trataba este Reglamento, —dado para el gobierno interior de la Casa—, de los enfermos, de los entierros, y de la observancia deseada para los propios preceptos que estatúa.

Coincidiendo con la aplicación de esta norma de vida del Colegio, que sin duda está inspirada en la tradición de la Casa, en cada uno de los puntos que trata, se observa que el Profesorado,—del clero de Córdoba en su mayor parte—, vuelve en todo caso la vista atrás para acertar a dar a las cosas, su propio y primitivo sabor.

También se nota que han vuelto al Colegio de la Asunción las costumbres antiguas de disciplina y de orden que antaño habían observado los seminaristas. Buena prueba es de ello que, cuando en Febrero de 1831 se cierran de Real Orden y por tranquilidad pública, Universidades, Colegios y Seminarios y los escolares de toda España son autorizados para estudiar privadamente, el Colegio de Humanidades de Córdoba no sufre novedad alguna frente a tal determinación; antes bien, y en vista de la paz y serenidad que reina en sus clases y en su internado, continúa su marcha del modo más expedito y normal.

Era, sin duda, que habían vuelto a estar encargadas de la colegiatura las mismas personas que con gran competencia y celo, dirigían y gobernaban la institución y procuraban restablecer en ella las prácticas y costumbres que, en su buena época, le habían dado fama.

Reaparece la costumbre de celebrar exámenes públicos, verdaderos certámenes a los que acudían las más altas personas de Córdoba rodeadas de gran concurso de pueblo, a comprobar tanto el aprovechamiento de los alumnos, cuanto los aciertos en la labor

docente, de sus Maestros. Una interesante colección de publicaciones hechas con este motivo, está acreditando todavía, lo que fueron en la tercera década del siglo, esta clase de pruebas de suficiencia. Solían durar cuatro días, a mañana y tarde, los ejercicios; se celebraban unas veces en Septiembre, en Agosto otras, y otras en Junio; era su retablo propio la Capilla del Colegio; estaba dispuesto su estrado bajo las amplias tribunas del coro y se usaba la misma cátedra, mueble primoroso de talla en madera rica que aún hoy se puede admirar todavía perfectamente conservado y en su emplazamiento. En los programas impresos, constaba que tales exámenes se harían bajo la tutela de los respectivos Maestros, y que estaban preceptuados en el Reglamento del Colegio de Humanidades. Se señalaban los programas, se hacía el elogio del contenido de cada disciplina y se estampaba al pie, lista de nombres y apellidos de los examinandos, dando tratamiento a todos, incluso a los de Primeras Letras. En los de Sintaxis latina, por ejemplo, se traducía a Julio César, a Cornelio Nepote y a Cicerón y en los de Sintaxis elegante, se medían y calificaban versos y se hacía la versión correcta de las prosas viriles de Salustio y de Tito Livio y las oraciones más selectas de Marco Tulio.

A partir del año de 1834, época en la que el Colegio se engrandeció, por haber sido puesto de nuevo a cargo de su antiguo Director el Presbítero D. José de Hoyos Noriega, y otros de sus destacados Maestros, Regentes e Inspectores, la celebración de los exámenes públicos toma carácter de acontecimiento en la ciudad, congrega en la Capilla de la Asunción a las personas más cultas de Córdoba y tiene alcance de homenaje a las figuras más salientes de su antigua historia. Así los celebrados en el año de 1836, fueron consagrados por el Director Hoyos y Noriega, «a la eterna memoria del Doctor Pedro López de Alba, ilustre fundador del Colegio». Los que se anunciaron para Junio de 1837, se dedicaron por Hoyos «al Excelentísimo Sr. Ayuntamiento Constitucional de Córdoba, encargado de la Instrucción Pública», y los del año siguiente, el de 1838, brindáronse al Excmo. Sr. D. Isidro de Sousa, Marqués de Guadalcazar, Vicepresidente del Senado y alumno que había sido en el año de 1813, del propio Colegio que con la dedicación de su labor le enaltecía. En este certamen de 1838, que se celebró en Mayo, como acontecimiento culto coincidente con la feria mayor de Córdoba,

se notó la novedad de introducir en el bombo cien papeletas o cédulas que contenían otras tantas proposiciones, y de las que, el alumno que había de sufrir la prueba, sacaba diez a la suerte.

Al año siguiente los lucidos actos públicos fueron obligadamente consagrados a la buena memoria del Doctor Hoyos Noriega, dignísimo Director de la Casa, recién muerto.

Así siguieron las ofrendas y dedicaciones: En 1839 a la Excelentísima Dirección General de Estudios; en 1840, a D. Francisco Armero y Peñaranda, que de colegial de la Asunción había llegado a Jefe de Escuadra de la Armada Nacional y Secretario de Estado y del Despacho de Marina; en el año siguiente, a otro personaje: al antiguo Secretario de la Dirección General de Estudios D. Javier de Quinto; los de 1842 al ex-profesor de la Casa D. Juan López Ochoa, ya entonces Consejero de S. M. y poseedor de otros honores; y los del año de 1843, «a la perpétua memoria del Venerable Siervo de Dios Padre Juan de Avila, Cofundador de nuestro Colegio».

Alguna vez esta dedicación del acontecimiento anual tuvo alcance de acción de gracias por alguna merced recibida. Así los exámenes generales públicos del año de 1832, se dedicaron al Serenísimo Señor Infante D. Francisco de Paula Antonio en señal de gratitud por haber sido concedido a la colegiatura que tales exámenes se adelantasen a primeros de Agosto para que los colegiales tuvieran más descanso en el seno de sus familias durante la vacación canicular, merced que había pedido y obtenido por mediación de Su Alteza Real.

En toda esta época brillante, de trabajo y de frutos copiosos en la enseñanza, parece como si hubiese brotado, pujante, la savia que nutrió y dió vida a la Casa, en los años que precedieron a los de luchas políticas que agitaron a España y a Córdoba a principios de siglo.

No dan las estadísticas de este período, un número crecido de alumnos en el Colegio Nacional de Humanidades. Componían el discipulado en el curso de 1834 a 1835, setenta y un muchachos de Primeras Letras, nueve colegiales que estudiaban Latinidad; otros nueve, Matemáticas; uno matriculado a Francés y siete a Filosofía. Total noventa y siete colegiales.

No debía estar nivelado en sus gastos y sus entradas el Co-

legio, como no lo estuvo en ningún momento de esta etapa de veinte años, cuando en 1836, no bastando la actuación de un representante que en Madrid tenía el Colegio para activar y agenciar el despacho de los negocios que afectaban a nuestra Casa de estudios, tuvo que emprender el dinámico Rector Hoyos Noriega un viaje a la Villa y Corte, en busca de más recursos que se creyeron hallar en la agregación del viejo Colegio de Gracia cuya fundación en Córdoba, databa de 1506, y cuyas rentas y cargas se pensó en aprovechar refundiéndolo en el de la Asunción.

Tal fundación antigua tenía este curioso origen: D. Antonio Fernández de Córdoba, Capitán de la Reina Doña Isabel la Católica y su Caballero Veinticuatro en esta ciudad de su apellido, era Señor de la Villa de Belmonte, y en ella otorgó su testamento a 12 de Octubre de 1506, mandando erigir un Colegio de Ciencias en la Collación de Santa Marina con el título de Nuestra Señora de Gracia para los Caballeros hijosdalgos de esta ciudad, prefiriendo a los que perteneciesen a dicha collación. Ordenó comprar una casa a propósito para abrir en ella tal Colegio; encargó a sus Albaceas que formasen los Estatutos y Reglamentos por los que se había de gobernar y dejó para dotarlo, el quinto de sus cuantiosos bienes con cuyo caudal se pagaría a los Maestros, se mantendría a los colegiales y se sostendría la fábrica del edificio que se adquiriese.

Murió entonces el Capitán, y diez años después, en 26 de Febrero de 1516, sus albaceas no encontrando en el barrio de Santa Marina casa a propósito para el Colegio de Gracia, y luego de obtener ciertas Bulas, determinaron establecerlo en el Real Convento de San Pablo a cuya iglesia trajeron el cuerpo del fundador D. Antonio, colocándolo en un hueco de la Capilla Mayor y lado del Evangelio, donde en el año de 1902 tuvimos ocasión de verlo yacente, momificado y vestido de armadura.

En los claustros dominicanos se dieron las enseñanzas hasta que la supresión de este Convento y la exlastración de los Padres de la Orden de Predicadores que cumplían los fines fundacionales, dió margen a que el Gobierno lo refundiese en el Colegio de Humanidades de la Asunción.

Más, la incorporación de un Colegio a otro, lograda en 1836 por Hoyos Noriega, traía aparejado un problema: el de compaginar el destino de las rentas de la vieja Obra, con los derechos del Patro-

nato al que por herencia venía vinculada la vigilancia del cumplimiento de sus fines. Por medio de una Concordia, celebrada el 29 de Noviembre de 1839 entre el Colegio de Humanidades representado por su Director, el Presbítero D. José Antonio Medina y Gales, y el Conde de Villanueva de Cárdenas, D. Fernando Cabrera y Pérez Saavedra, Patrón perpétuo del Colegio de Gracia que había fundado «El Capitán», quedaron sentadas las bases que aprobó previamente S. M. la Reina Gobernadora en una Real Orden de 25 de Septiembre del año anterior. El Patrono de sangre reconoció la conveniencia pública de la agregación del antiquísimo Colegio de D. Antonio de Córdoba «El Capitán», al de Humanidades y éste reconoció, en cambio, por Patrono a los que se sucedieran en el Señorío de Belmonte. Los descendientes del fundador del de «Gracia», administrarían los bienes afectos al Colegio en junto con los suyos pero en cuenta separada y se destinaría la mitad de las rentas a sufragar nuevas Cátedras y la otra mitad para costear tantas becas cuantas cupiesen en la respectiva cuota, reguladas por el mismo tipo que por alimentos y retribución de enseñanza rigiese para los demás alumnos. El nombramiento para las plazas de becarios sería una regalía exclusiva del Patrono descendiente de D. Antonio de Córdoba «El Capitán». Aquellos, los becarios, podían ser vecinos de cualquier collación; ya no era indispensable pertenecer a la de Santa Marina y tampoco ser hijodalgo de condición.

El Colegio de Humanidades alcanzó por este tiempo otras señaladas muestras de la protección oficial, dimanante como la de las becas de Gracia, de la desamortización de bienes que habían sido de las Comunidades religiosas exclaustradas o de los conventos suprimidos. Por Real Orden expedida a 20 de Enero de 1841, se le proveyó de un gran recurso higiénico: el agua en abundancia, pues se sumó a la dotación de dos pajas que el Colegio poseía desde principios del XVII, de tiempos del Rector Alonso Rodríguez, la de otras cuatro pajas más, que habían pertenecido en su día a los frailes franciscanos alcantarinos y a las monjas agustinas de las Nieves, a las de San Martín y a las de Santa Inés, en sus respectivos conventos.

En 4 de Agosto de 1838, murió el Rector D. José de Hoyos Noriega, que, en lo que iba andando el siglo, había dado tan brillante y feliz orientación, en sucesivas etapas, a nuestro Colegio



Don Antonio de Córdoba, el Capitán fundador en 1506 del Colegio de Ciencias de Nuestra Señora de Gracia, que en 1839, vino a refundirse en el de la Asunción.

igual cuando le alcanzaron distintas convulsiones políticas, que en los días pacíficos en que lo regeneró, lo levantó y puso en camino de prosperidad. Con su muerte no perdería de cierto su tónica la vida colegial, toda vez que quien le sucedió en el mando fué otro sacerdote, su inseparable compañero, y hechura suya como Catedrático, repitiéndose el caso de Bujeda en relación con el fundador López de Alba. Fué D. José Antonio de Medina y Gales quien recogió la herencia de Hoyos al frente del Colegio y prolongó las directrices que éste había sabido trazar y conservar.

Medina y Gales, siguiendo las huellas de su antecesor, también organizó, año tras año, los consabidos exámenes públicos, divulgando sus programas previamente y atrayendo hacia el Colegio Nacional de Humanidades la atención y el cariño de los cordobeses de pró. El mismo elenco de Profesores le asistió con sus trabajos y desvelos: Barbudo y Ramos en Primeras Letras; el clérigo y Párroco D. Miguel Riera e Hidalgo en Latinidad y Humanidades; el Bachiller Alfredo A. Camús en las clases de Lengua Francesa; y el pintor baenense, Académico, Monroy y Aguilera, en Dibujo y diseños.

De entonces son todos los discípulos aprovechados que representan ahora los troncos de familias netamente cordobesas: los García Lovera, los Vázquez de la Torre, los Luna, los Diéguez, los Olalla, los Aguilar, los Ceballos, los Enríquez, los Matilla, los Losada, los Illescas, los Cabezas, los Fernández Ruano, los Barriónuevo y los Pérez de Guzmán entre otros.

La persistencia del espíritu del Fundador, en el Colegio; el subido tinte religioso que se da a la vida colegial; la recta administración de los bienes, anualmente consagrada en las cuentas que rinde Medina y Gales, con escrúpulo y prolijidad que son todavía modelo de administración honrada; la pública demostración de los progresos de los escolares; todo esto junto, afianzó más y mejor para la insigne Casa de estudios, su éxito clamoroso en toda la comarca como Centro donde se sabía proporcionar a la juventud la instrucción científica necesaria para las carreras mayores académicas y para las especiales militares o civiles, y donde se le daba esmerada educación religiosa y moral tan necesaria para brillar luego en la sociedad cordobesa y española.

Categoría de Instituto alcanza el Colegio de Humanidades de

Nuestra Señora de la Asunción de Córdoba, en el concepto público, dos años antes que una disposición Real lo consagrara como tal; y ello gracias al esfuerzo, al celoso proceder de Medina y Gales, virtuoso sacerdote de procedencia onubense, que ya era Catedrático en la Casa desde 1813, que lo fué hasta su jubilación en 1848 y que supo recoger de Hoyos Noriega el alto espíritu educador y aleccionador que este se propuso mantener en sus días azarosos, y que no era otro,—aún no habiendo ya en el discipulado teólogos aspirantes al sacerdocio—, que el que imprimió a su obra López de Alba, y tras de él, Bujeda, los Jesuitas, Muñoz Mantero y los que en los intermedios siguieron la inspiración del Beato Juan de Avila, artífice de hombres que junto a una preparación literaria y científica pudieran llevar por el mundo, al salir del Colegio, loables costumbres cristianas, sólida piedad y religiosidad a toda prueba adquirida al pie del altar de la Asunción a mañana y noche y en el trato con sus Maestros, sacerdotes casi todos, en los momentos de cada día.

Capítulo VII

La conversión en Instituto



La creación en España de los Institutos provinciales de segunda enseñanza que eran el instrumento para desarrollar los planes de estudios secundarios, nuevos al mediar el siglo XIX, y más centralizados que los de Fernando VII, tenía ya largos antecedentes a la hora de esta reforma de 1845. En Madrid, en más de un Colegio se daban clases, en tono mayor, de Gramática, Humanidades y Filosofía. El Instituto de Guadalajara, había sido creado por Real Orden de 27 de Septiembre de 1837, si bien vivió poco y arrojó una existencia lánguida y estrecha en recursos. El de San Sebastián, se había fundado en 1839 aunque con determinada orientación de los estudios hacia Comercio, Industria y Náutica. Estos, y otros más, habían tenido su origen en

una disposición dictada en 1836 que mandó organizar con el carácter de Elementales o de Superiores, según las circunstancias, las diversas Escuelas de Latinitad y Colegios de Humanidades que a virtud de la Real Cédula del nombrado Monarca, existían en el país.

Aventurado gesto del Estado fué éste de crear unos Centros para los que no disponía ni de edificios ni de profesorado, dándose lógicamente el caso de tener que establecerlos en casa ajena y de verse obligado a formar los maestros al mismo tiempo que los discípulos.

En cuanto a Córdoba, el problema no opondría difícil solución. Se contaba con el Colegio de Humanidades, injerto vivo y nuevo en el árbol viejo y bien enraizado del Colegio secular de la Asunción, y todo estaba en establecer en él el Instituto, conservando Casa y catedráticos, tal cual, venían funcionando y hasta que las circunstancias permitiesen más serias determinaciones.

Desde 1845, fecha de las reformas hechas en la enseñanza secundaria, estuvo considerado nuestro Colegio como Instituto, aun cuando no fuese declarado tal oficialmente, hasta dos años más tarde. Acaso el tiempo invertido en tramitar la solicitud, pues ya se ve por la Real Orden que lo creó, que ella pone término al expediente seguido para la mutación de un Centro en otro.

De «beneficio inestimable» calificaron, un tanto hiperbólicamente, los cordobeses la conversión de su Real Colegio de Humanidades en Instituto provincial. Hubieran considerado a éste como fundación nueva, y no se gozaran tanto del designio oficial; pero en el Centro de estudios que nacía por gracia de la Reina, veían sumados los vecinos de esta ciudad y su tierra, toda la fama que había ganado en el tiempo la Obra de López de Alba, la tarea pedagógica de los Jesuitas, la ayuda oficial del Alto Patronato que tuteló luego la Casa y los desvelos de no pocos sacerdotes seculares que se sucedieron en su dirección. Viéronse reunidos en el nuevo Centro de estudios los prestigios de tantos discípulos eminentes como habían salido de sus aulas en el decurso de tres siglos y medio y no es extraño que la ciudad y la provincia tomaran por suceso feliz aquel que *elevaba*, según alguno, la categoría del Colegio hasta ponerlo en la de Instituto, o que *aprovechaba*, según los más, para

acomodar éste sin dispendios ni preocupaciones, el baluarte de cultura que representaba aquél.

Hubiera parecido lisonja política, aquel regocijo público que en discursos y papeles impresos echó las campanas al vuelo por haber ganado un establecimiento docente que venía a adueñarse del antiguo, si no se midiera la ventaja que a la juventud estudiosa trajo el Instituto, creado para darle acceso a las carreras superiores y a las Facultades mayores, ya que de él podían salir los alumnos en posesión del Grado de Bachiller en Filosofía.

El general asentimiento de Córdoba y el aplauso de sus vecinos, alcanzó a todos: a Su Majestad, Doña Isabel II de Borbón, protectora de las ciencias; al Gobierno ilustrado, que honraba la instrucción y laboraba por su mejora y por el progreso científico; a las Autoridades cordobesas celosas del bien público; al Director y a los catedráticos que con solicitud ejemplar trabajaban por la educación e instrucción de los muchachos confiados a su magisterio; y por fin: al Colegio que servía de cimiento firme al Instituto, haciéndolo partícipe de su brillante historia de vieja y loable fundación docente, honor de Córdoba.

Los alumnos del flamante Establecimiento, después de perfeccionarse más y mejor en las disciplinas dispuestas en el nuevo plan de estudios, provistos de buen bagaje de conocimientos, entrarían como sobre ruedas en la tercera enseñanza.

¿Se convertía el Colegio en Instituto?

¿Se establecía el Instituto en el Colegio?

¿Perdía éste personalidad al ser considerado como entidad inferior y adjunta de aquél?

¿Era desde este momento la fundación de López de Alba un simple anejo del organismo oficial que creaba la Reina?

¿Se aprovechaba el Estado docente de la institución cordobesa acariciada por nuestros mayores, para subordinarla al servicio de la necesidad que sentiría todo Instituto en España, de brindar asistencia a los escolares que en la tierna edad de los diez a los quince años habrían de venir de toda la comarca a congregarse a la Capital para cursar en el nuevo Instituto?

Desde el Ministerio de Comercio, Industria y Obras Públicas se comunicaba al Gobierno Superior Político de Córdoba una Real

Orden fechada a 29 de Abril del ya citado año de 1847, que contenía las bases de «la conversión». Córdoba tenía ya su Instituto de Segunda Enseñanza, de 2.^a clase. Una Junta Inspectora nombrada por el Jefe Político y por su autoridad presidida, compuesta de un miembro de la Diputación provincial residente en la Capital, de otro del Ayuntamiento de la ciudad y de dos vecinos de la misma, uno de los cuales había de ser precisamente el Conde de Villanueva de Cárdenas, titular del Señorío de Belmonte, en razón, sin duda, del Patronazgo que ejercía en el Colegio—, vigilaría el exacto cumplimiento del Plan de estudios y de los Reglamentos vigentes, cuidando de remover todo obstáculo que al engrandecimiento del nuevo Centro se opusiera, e interviniendo también en su administración económica.

El Colegio de internos quedaba a cargo de un Director, alocado sobre la necesidad de llevar sus cuentas con entera separación de las del Instituto. El remanente que resultase en los balances de ingresos y gastos del Colegio había de aplicarse necesariamente a mejorar el Instituto, o, en su caso, al sostenimiento del mismo. El régimen de los Colegiales de la Casa de internos, sería conservado tal y como el Colegio de Humanidades había sabido guardarlo con la vista puesta en la tradición. No obstante, el Gobierno autorizaba cualquier alteración que por exigencias de los tiempos fuese preciso introducir para en adelante.

La amplitud de la Orden ministerial, con no ser excesiva, era suficiente a recoger cuantos extremos se consideró preciso tocar en el decisivo momento del cambio del Colegio en Instituto: la reserva de ciertos derechos, que compensasen los suyos de Patronato, al descendiente del Señor de Belmonte; la designación provisional de Director del Instituto y del Colegio a favor del sacerdote Medina y Gales, que venía gobernando el de Humanidades y la dotación del doble cargo; la instauración de doce cátedras, prefijando la retribución de cada una; la fórmula para cubrir el déficit que en los gastos del Centro creado resultase; el procedimiento para elegir pronto un depositario que cuidase de los fondos del Establecimiento; la designación de una comisión investigadora de las Fundaciones, Memorias y Obras-pías existentes en la provincia de Córdoba que pudiesen ser aplicables a los gastos de la segunda enseñanza, y otros extremos más, fueron el contenido de la norma que había de

decidir momento tan transcendente como este de transformar en Instituto un antiquísimo Colegio que se creó para teólogos; que se cambió mucho tiempo después en clases de Humanidades para jóvenes seglares, y que al fin entraba en el engranaje del Estado docente, destinado a procurar a la juventud cordobesa, dentro de la flamante organización de la segunda enseñanza, estudios, lecciones, trabajos, prosperidad en las ciencias y progreso en distintas ramas del saber.

El acto inaugural del Instituto nuevo fué solemnísimos. Lo abrigaron con su asistencia las Autoridades y las primeras figuras de la Córdoba culta, y se celebró el día 23 de Mayo de aquel año de 1847, a las doce de la mañana.

La invitación circulada para suplicar la asistencia, decía, después de anunciar el acto: «Los sujetos distinguidos de la provincia que se hallaren en esta capital el citado día 23, quedan desde luego invitados para que asistan y se enteren del beneficio que S. M. la Reina (q. D. g.) se ha dignado proporcionarles con la creación del Instituto provincial».

Sonó en la Sala o en la Tribuna baja de la Capilla de nuestro Colegio la voz del Señor Jefe superior político de la provincia, ilustrísimo Don Leonardo Talens de la Riva. Su discurso, que fué luego impreso en un folleto, nos ha conservado una ráfaga del ambiente que se respiró en aquel acto. En tal oración, se ve aún estereotipado el entusiasmo sentido aquel día por los isabelinos. Hay en su texto una bella síntesis de la historia del insigne Colegio y una alusión a las desgracias que, no mucho tiempo antes, habían caído sobre la Casa de López, a virtud de las disensiones políticas habidas en la ciudad; y, una, como contrapartida de aquel difavor de la fortuna, en el reconocimiento explícito de las glorias conquistadas por antiguos colegiales de la Asunción, recontando entre los destacados que arribaron a los altos puestos nacionales, a once Arzobispos y Obispos, más de noventa Dignidades eclesiásticas, ocho Ministros y algún militar de heroísmo desmedido.

Pronunció otro discurso en el acontecimiento de referencia, el sacerdote, catedrático de Retórica y Poética D. Miguel Riera e Hidalgo, que procedía del Profesorado del Colegio de Humanidades. La pieza literaria nos ha sido conservada también en letra de molde. Colmó de alabanzas a Doña Isabel II, e hizo cumplidos elogios

del Gobierno por haber mejorado las Universidades, creando Institutos en todas partes y establecido planes nuevos de estudio. Analizó la ventaja que el Centro nuevo significaba para la provincia de Córdoba y cantó a la Sabiduría; pero sus palabras finales tenían que ser, forzosamente, un reconocimiento de la grandeza y la gloria acarreada a su patria y a la Casa que iba a servir de base al Instituto, por tantos beneméritos varones como se habían educado, al paso del tiempo, en la que fué morada del Doctor Pedro López.

Subordinado quedaba al nuevo establecimiento, el antiguo. La casa, los bienes, el material fijo y móvil, la biblioteca, las colecciones científicas de curiosos ejemplares, el mobiliario colegial, los cuadros y entre ellos la galería de retratos al óleo, todo reunido, quedó aplicado a la vida y a las necesidades del Instituto con internado adjunto. La ley eterna del sacrificio de lo caduco en aras de lo nuevo.

¿Quiénes formaban, en aquellos momentos constituyentes, el cuadro de Profesores de la Casa de estudios de segunda enseñanza? Hombres de buena voluntad serían, sin duda alguna, que, más honor que provecho buscaban en el ejercicio del magisterio secundario. La tenuidad de las dotaciones, entre otros indicios, lo está pregonando así, todavía, a la hora en que vemos la fundación del Instituto a distancia de cien años cabales. Bien merecen aquellos desinteresados pedagogos, que sus nombres se estampen con emoción en esta historia por lo que de ejemplarmente desinteresadas tuvieron sus conductas y por lo que de «forzados» de la cultura nacional pudieran todavía, si vivieran, vanagloriarse.

Las personas y las costumbres, fueron trasplantadas una vez más. Ahora desde el Real Colegio de Humanidades al Instituto. Su Director Don José Antonio Medina y Gales, había sido respetado de Real Orden en el cargo, hasta tanto que S. M. se sirviese resolver lo más conveniente. Gozaba, por ambas direcciones, la del Colegio y la del Instituto, la «pingüe» remuneración anual de diez mil reales de vellón.

Los Catedráticos, procedían casi todos del anterior Colegio y eran D. Miguel Riera e Hidalgo, de Retórica y Poética, como se dijo; D. Diego Monroy y Aguilera, de Dibujo; D. Francisco Bar-

budo Ramos, Regente de Geografía, y D. Eugenio Peré, de Lengua Francesa. El mejor retribuido, lo estaba con ocho mil reales anuales.

No muy luego, comenzó a funcionar la Junta Inspectora que había de cumplir los cometidos que trazó la Real Orden de conversión. La presidió D. José Cabezas Fuentes, Conde de Zamora de Ríofrío y figuró en ella, como estaba previsto, el Patrono único y de sangre del antiquísimo Colegio de Gracia.

También empezó a actuar la Comisión que sin levantar mano, había de ocuparse en averiguar las Fundaciones, Obras pías y Capellanías, establecidas, en tiempos, en toda la provincia con fines docentes, para aplicar sus rentas a los presupuestos de segunda enseñanza de Córdoba a los que quedaban vinculadas.

La Junta Inspectora también tenía el encargo legal de ponerse de acuerdo con la Comisión de Monumentos para decidir lo más conveniente respecto al definitivo arreglo de la Biblioteca provincial depositada en el Colegio.

En otro orden de cosas: parece ser que el Seminario Conciliar de San Pelagio quiso sujetar a su jurisdicción, en cierto sentido, al Colegio de internos del Instituto nuevo, y que no pudo lograrlo.

He aquí los efectos inmediatos que la conversión del Instituto del Colegio de Humanidades de Nuestra Señora de la Asunción, produjo en éste.

Si los Institutos recién creados, lo fueron para la mejor instrucción de la juventud, un Colegio anejo al de Córdoba, aseguraba la mejor educación de los estudiantes, con lo cual el organismo oficial docente nacía completo y perfecto. Así lo hubieron de entender los legisladores, cuando después de organizarse la segunda enseñanza mediante el establecimientos de Institutos, y de recomendarse, a poco, a cada uno de éstos, la creación de Colegios de internos en ellos, con el legítimo deseo de continua vigilancia y cuidado de los muchachos que para concurrir a cursar en la capital hubieran de desplazarse de sus hogares, no consideraron necesario en Córdoba otro internado que el que había sabido sacrificarse para el cambio. En la Asunción de Córdoba estaba el modelo de estos Colegios de internos de los que tan provechosos resultados se

esperaban. El nuestro, con su acusado perfil de espiritualidad y sus prácticas religiosas continuas y diarias, su profesorado de sacerdotes y su arraigada tradición de Seminario, casa de preparación para el sacerdocio, ofrecía un pasado, una historia y una experiencia tan estimable, que podía imprimir al Instituto nuevo, carácter y personalidad no igualada por los demás establecimientos de su clase, abiertos, en aquella sazón, en España.

Capítulo VIII

Un siglo de docencia



E abrió, según se ha visto, la época en que el Estado español sintió el deber de tomar sobre sí, como función pública, la docente; no bastándole cuanto venían haciendo, en este orden de cosas, la Iglesia y la iniciativa privada, y disponiéndose a ser él, el conductor oficial de los hombres, a través de una perfecta educación e instrucción, por los caminos de la vida intelectual. De aquí que los estudios Facultativos como los de la Segunda enseñanza y aún los de la Primera, fueran objeto de la atención preferente del legislador, con la mira puesta en el más sano propósito de formar españoles cultos.

En Córdoba, se convertía el Colegio de la Asunción en Instituto provincial, casi al mismo tiempo que se creaba la Escuela

Normal del Magisterio de Instrucción Pública, se establecía la Escuela Elemental Teórico-Práctica de Agricultura, con su Granja modelo, y se abría la Escuela Especial de Veterinaria.

En tal ambiente de innovaciones, los planes ideados para la Enseñanza Media, que en casi toda España habían engendrado difíciles problemas de instalación, encontraron aquí, como reza el capítulo anterior, camino llano y sin obstáculos, merced a la preexistencia del Colegio, dispuesto, desde el primer día de funcionamiento del Instituto provincial, a absorber la afluencia de muchachos que hubieren de acudir a él a recibir lecciones, separados de sus familias y del saludable calor del hogar doméstico, a la edad en que se fortifican los afectos y madura el carácter.

El internamiento de escolares para cursar las disciplinas que en los nuevos planes de estudios secundarios se enseñaban, podía ser un peligro; tanto si el estudiante pasaba a residir en casa extraña bajo la férula de un Maestro-Preceptor, en el sistema de aleccionamiento doméstico, como si era aposentado en un Colegio, que, por no estar confiado a regidores expertos y vigilantes, pudiera acarrearle daños morales de convivencia con otros jóvenes tal vez de inclinaciones contrarias o, quien sabe, si de corrompidos hábitos.

En el recinto de la Asunción se observaba desde siglos atrás un régimen severo, emanado de Reglas antiguas y Constituciones dictadas un día por el Fundador, o por Bujeda en su nombre, que aseguraban la mayor rectitud y la más completa eficacia en la vida colegial. Estaban latentes en la Casa de López, normas disciplinarias promulgadas, en tiempos, por los excelentes Maestros y Rectores, miembros de la ínclita Compañía de Jesús, y se conservaba vivo, en pleno vigor, el Reglamento de 1828, cuidadosamente compuesto, con acentuado regusto a tradición, para el mejor gobierno del Real Colegio de Humanidades que en Córdoba había establecido Fernando VII. Instalar, pues, el Instituto en las estancias de la Asunción, era aprovechar estas circunstancias insuperables que, enraizadas siglo tras siglo en la obra personal de López de Alba, habían fructificado en todo tiempo en ella, dando al mundo un discípulo famoso.

Al hacerse del Colegio antiquísimo de Córdoba un Instituto con Internado, se desdoblaba el provechoso establecimiento en un

centro de estudios, el más a propósito para instruir a la juventud de la ciudad y su comarca en las segundas letras, y en una Casa de educación esmerada en donde habría de hallar, desde el primer día, esa misma juventud, preparación religiosa, moral y social para presentarse después, intachable, en sociedad.

Nada tenía que cambiar en el Colegio de la Asunción al ser absorbido por el organismo nuevo. Todo siguió cual estaba: desde la persona del Director, el presbítero Medina y Gales, que ya muy anciano, regía el Colegio y quedó por Jefe del Instituto, hasta los más insignificantes preceptos reglamentarios. Fué el paso, no una mutación, sino un afianzamiento de lo ya existente. Cuando alguien pensara que la fundación antiquísima se pudiera ver subordinada al moderno Centro oficial, perdiendo personalidad y quedando al margen de él, como cosa secundaria, la gran vitalidad del árbol centenario determinó, no obstante la aparente dependencia, que el gran atractivo del Instituto provincial de Córdoba fuese su Colegio de internos adjunto, y que buscando el régimen perfecto de tal internado, acudiesen los estudiantes a él, desde los cuatro puntos cardinales de la Región y de sus limítrofes Extremadura y la Mancha.

Sacrificó, bien es cierto, la Casa antigua de López, parte de su área, no pocas de sus dependencias, en provecho del nuevo Instituto, que reclamó desde el primer día, aulas capaces, Gabinetes y Laboratorios; pero como la demanda de plazas de pupilos fué mucho mayor que antes y hubo que preparar lo necesario para su digno aposentamiento, no tardaron en ensancharse los locales según lo fué exigiendo el acomodo decoroso de la colegiatura. Desde el año de 1848 comenzaron a hacerse las mejoras: extensos dormitorios nuevos, salas amplias de estudio y otras comodidades más, cuya necesidad era evidente.

Mientras el Instituto disponía la habilitación de nuevas clases y de piezas adaptadas para las reuniones del Claustro, o para el Museo de Historia Natural, el Colegio amueblaba dignamente la Sala en que los internos recibirían las visitas y levantaba dormitorios, enfermería y otras estancias, para dar cabida a tanta afluencia de nuevos matriculados como concurrían de la provincia y de fuera de ella.

Los flamantes Catedráticos, rivalizando en iniciativas prove-

chosas, distinguieronse cada uno en su sano empeño de dar modernidad a la enseñanza. Así, el Sr. Amor y Mayor, segregaba del Colegio el huerto-jardín existente al costado de su Capilla que ocupaba la que es hoy zona más alta de la calle de Claudio Marcelo, y que hasta entonces era lugar de recreo, solaz y esparcimiento de Maestros y discípulos de la Asunción, para convertirlo en Jardín Botánico del Instituto, cerrado con verjas, y dispuesto al estudio de sus alumnos; a la observación directa de los más bellos ejemplares de árboles y arbustos, plantas y flores. Así también el Colegio cedía al mismo naturalista, para el Instituto, los curiosos ejemplares de minerales y de maderas que, con fines didácticos, había ido adquiriendo, acoplando y reuniendo, hasta formar Museo, la cuidadosa y paciente actividad coleccionista del Rector Hoyos y Noriega.

En el lugar mismo y con los propios elementos del Colegio, tenía Córdoba un Centro oficial de enseñanza amalgamado con aquel, entrambos ayudándose, completándose, y sin dañar lo nuevo a lo viejo.

Ya tuvo buen cuidado de que así fuera, el alto personaje que movió en favor de la creación del Instituto, la voluntad de la Reina; Don Joaquín Francisco Pacheco, ilustre hombre público que gastó en ello su valimiento de Secretario de Estado y Presidente del Consejo de Ministros. Se había educado en la Asunción y no había de consentir que padeciera ni se menoscabara en el nuevo régimen Colegio de tantos y tan bien ganados merecimientos como el suyo.

Fortuna fué también para el Instituto y para su internado, la llegada al puesto de mando de sus regidores, de un hombre de acción, de un caballero español de tanta influencia como actividad, que sembró su vida docente de hechos definitivos. Aludimos al Catedrático de Psicología y Lógica, Don Juan Antonio de la Corte y Ruano, Marqués de la Corte luego, alma del centro de enseñanza y de su internado durante algunos años.

Venido de Burgos en Febrero de 1851, aquí permaneció hasta que pasó a dirigir el Instituto de San Isidro de Madrid.

El ilustre Maestro se apercibió prontamente de que el Establecimiento recién nacido que caía bajo su mando, tenía que nutrirse de la fama del Colegio sobre el que se había cimentado, si quería brillar, destacándose en la órbita de los demás Institutos provincia-

les de España, y no vaciló en resucitar sus antiguas prácticas colegiales manteniendo en todo, el espíritu que venía alentando la existencia centenaria de la Casa de López. Así se explica que durante la etapa de gobierno del Centro por la Corte y Ruano, el Colegio conservara su personalidad antigua, distinguiéndose claramente sus fines de los del nuevo organismo docente y considerando a éste «cualidad» de aquél, al que siguió teniéndose, entonces, por cosa principal.

El Director D. Juan Antonio de la Corte, todo lo ve a través del pasado en la Asunción. Le da al nombrarlo, por escrito y de palabra título de *Real*, cuando oficialmente lo había perdido desde que salió del Patronato de la Corona, o, mejor, desde que dejó de ser Colegio de Humanidades; organiza cada año actos literarios brillantísimos para que los colegiales acrediten ante el público selecto, previamente invitado, sus progresos; imprime y reparte los programas de esta lid científico-literaria, poniendo a su frente vibrante alocución, palabras de gran elogio para el internado; dedica y consagra los frutos del mismo, que son los triunfos de sus alumnos, premios y menciones honoríficas ganados por ellos en este torneo anual, unas veces a la excelsa Patrona abogada y titular, la Bienaventurada Virgen en el Misterio de su gloriosa Asunción a los cielos, y otras veces a la grata memoria del Venerable Maestro Juan de Ávila; da al acto público de los premios solemnidad inusitada, y yendo a presenciarlo las Autoridades, lo ameniza la Banda de música marcial y el propio Director da cuenta, en una documentada Memoria, a la Capital y a la Provincia, de los beneficios que a una y otra ofrece, a la sazón, la insigne Casa Colegiada por lo que tiene de provechosa para lograr entre los Caballeros que en ella residen, la más esmerada *educación pública* aparte la utilidad que proporciona como Centro de *instrucción científica*. La Corte Ruano, que consideró siempre al Colegio como institución mayor y principal, y al Instituto, como obra adjunta, procuró en todo caso, para aquél, el renombre que merecía; unas veces encargando a un antiguo alumno, persona preeminente en la ciudad y poeta laureado, la letra para un Himno en loor de la institución secular; otras haciendo que el Profesor o Director de Canto y Piano de la Casa, pusiese el verso en música; en ocasiones, promoviendo la formación de una Masa Coral entre los «Caballeros Colegiales» para

que cantasen ese Himno propio, en los acontecimientos principales del año, y, por supuesto, en la solemne distribución de premios coincidente con las fiestas de Mayo en la ciudad; el caso era mantener «en candelero» decididamente y en los años en que fué Jefe en la Asunción, el rango y jerarquía que el Colegio había ganado en el tiempo, sin omitir detalle de suntuosidad, categoría y buen gusto. Solía la Corte y Ruano ufanarse en las intervenciones oratorias que le cupieron en los aludidos actos públicos, de considerar su administración directiva en la vieja Casa, como sagrado depósito que en sus manos había puesto el Gobierno de S. M., sintiéndose orgulloso legítimamente de la confianza con que le honraba la Autoridad superior, la Junta Inspectorá y los padres de familia de la comarca.

Son curiosísimas las publicaciones anuales que el Director la Corte y Ruano, hizo durante su mando para anunciar los actos dispuestos a fin de que Córdoba conociese los resultados prácticos del funcionamiento del Colegio y del Instituto. En ellas, después de señalar día, hora y asunto, campea el nombre del Profesor respectivo de cada disciplina; y debajo, interesantes epígrafes de los temas, metodología seguida, anuncio de la exposición de trabajos y por último, el orden a seguir en el acto del lauro público; al final, el catálogo de los internos y medio-pensionistas, con expresión, junto a sus nombres y apellidos, de su edad, del nombre de sus padres y del pueblo de su naturaleza, relacionados por asignaturas y por cursos; y cuando de las clases de Música se trata, agrupa nombres de los discípulos por el instrumento que aprenden: Piano, Flauta o Violín. Nos permiten esas publicaciones conocer el número de colegiales en ese período de mediados de siglo XIX. Aparecen allí catalogados 93 Caballeros; se agregan a ellos, 21, que cursaban Dibujo; 9, francés y 17 que aprendían Música. Además de ellos, había matriculados 102 alumnos externos en Dibujo buscando, como en las etapas anteriores, competencia y educación artística, más 64 que acudían cada día a recibir la instrucción Primaria. Ello sin contar los 152 externos de Latinidad, Humanidades y Filosofía, pues que éstos, propiamente no pertenecían al Colegio.

El Himno que en estas fechas—año de 1852—se ejecutaba en la Asunción, cantado por sus alumnos, revela en su letra el decidido propósito de mantener sus tradiciones seculares.

«Gloria a López de Alba»

comienza la primera estrofa del Coro. Nombra la Voz, on otras, a los ilustres que de aquellas aulas salieron; canta a la virtud que allí se enseñó siempre o a las ciencias y a las artes que en la Casa se cultivaron tradicionalmente, para cerrar la obra de música y canto con alusiones a la celestial Abogada y Titular y a la encarnada banda de las becas pendientes, como distintivo todavía, de los hombres de los colegiales:

«No dejeis, oh celeste Patrona,
que ninguno esas glorias mancille;
con tus dones, Señor, haz que brille
de esta roja divisa el blasón.

Otro año, los convidados al acto público pudieron gustar de la interpretación de nuevos números musicales ejecutados unos a piano, otros a flauta y otros a violín, alternando con la dación de cuenta de trabajos, del Director; con la proclamación solemne de los nombres de los premiados, y con el canto por los colegiales, del Himno aludido, y además, de una plegaria nueva, compuesta por otro poeta del discipulado antiguo, musicada por el profesor de la Casa e interpretada por Caballeros alumnos. La plegaria a Nuestra Señora de la Asunción, es una sentida letrilla, llena de ternura, que acaba en súplica a la Patrona y Tutelar:

Protégenos Madre,
Sé tú nuestra guía
¡Que demos un día
lustre a la Nación!

Acredita que el tono del Colegio era educativo, la práctica seguida por el Director La Corte, al tomar cada curso a su cargo una clase que él llamó de «Moral social» y en la que, en enseñanza semanalmente explicada, ofrecía a la vista de los colegiales las normas de conducta del individuo en sociedad. El curso se dividía en dos partes. En la primera se enfocaba el estudio al conocimiento de las virtudes y cualidades sociales que el hombre debe poseer, preparándole para el trato de gentes, para la vida pública y para la

doméstica. Eran aquellas, lecciones teórico-prácticas de urbanidad en el trato con los demás; en la calle, en los espectáculos, en la ciudad, en el campo, en la mesa, etc. En la segunda etapa del curso, el propio Director La Corte y Ruano, explicaba a los discípulos unos temas tan trascendentes como éstos: «Amistades y compañías», «Hábitos buenos y malos», «Habilidades y gracias», «Carácter», «Vicios», «Defectos», «Pasiones», «Modales», «Placeres», «Preocupaciones» y otros puntos de provechoso conocimiento para la juventud.

Tal era el régimen que se seguía en el Colegio anejo al Instituto en los primeros años de la ensambladura de un establecimiento en otro. De progresiva se calificaba su marcha durante el trienio 1851 a 53. El Director de ambos Centros, del de instrucción y del de educación, lo explicó cumplidamente en la Memoria que leyera el día 2 de junio de 1854, en un acto solemne de entrega de premios a los alumnos de las asignaturas especiales no académicas que el Colegio de la Asunción sostenía y fomentaba. Fué aquel un acontecimiento memorable que quedó largos años grabado en la mente de los hijos de la Casa de López. Las galerías bajas del edificio tapizadas de damasco carmesí, orladas con guirnalda de rosas y azucenas, servían de retablo a los retratos al óleo de los antiguos alumnos más ilustres. Una colección de daguerrotipias reproducía las figuras de los colegiales, entonces actuales, divididos por edades y grupos. El resto de los paramentos estaba cubierto con las láminas que eran objeto de Exposición de trabajos, de dibujo natural, lineal y de adorno, hechos por los asistentes a la Academia. Estátuas, plantas y flores, decoraban la pieza. Acompañaban a las señoras desde la puerta de entrada, los Caballeros colegiales mayores, y el Director y Claustro, en traje académico todos, rodeaban al Obispo Tarancón y a las Autoridades. El retrato de cuerpo entero de la Reina Isabel II, bajo dosel de terciopelo, se veía entronizado en el testero de la capilla, frente al altar, donde, de modo permanente, se hallaba el estrado, en alto.

Entre músicas acordadas y antes de publicar los nombres de los premiados, y de distribuirse las recompensas, el Director La Corte y Ruano, declaró, con referencia al Real e Insigne Colegio de nuestra historia, que al encargarse de él había tenido que aplicar principios diferentes de los que hasta entonces informaron su régi-

men interior, pues que el espíritu y letra del Reglamento de cuando era de Humanidades se había cambiado en términos de hacerse inaplicable. Era justificarse de innovaciones impuestas desde Madrid. Su Majestad había mandado hacer, ya en 1850, nueva reglamentación para nuestra Casa.

En un Edicto que contenía 21 artículos, reunió La Corte y Ruano los preceptos más necesarios en punto a organización y disciplina; a la distribución del tiempo; a los alimentos; al traje, costumbres, salidas ordinarias y extraordinarias, visitas y comunicaciones, juegos, distracciones, premios y castigos, fijándose mucho en lo religioso y moral y restableciendo las prácticas piadosas que siempre se habían observado por los colegiales. Sobre cuatro puntos giraba el nuevo régimen: Distribución adecuada de las horas de tarea entre el trabajo y el recreo. Vigilancia constante de los colegiales por parte de sus preceptores, día y noche y en todos los actos de la vida en colectividad. Reunión continua de los jóvenes de una misma edad. Certera aplicación de premios y castigos eficaces.

Tres circunstancias se pedían en aquellos tiempos a los Caballeros colegiales de la Asunción; *Religiosidad, moralidad*, creencia firme en las verdades evangélicas y respeto profundo a los mayores; pureza de costumbres y decoro intachable en acciones y palabras. *Aplicación*, orden y constancia en el estudio, silencio y reflexión ante los libros, esfuerzo constante hasta adquirir el conocimiento de la lección diaria, buena calificación en exámen; y *Buena crianza*, que era tanto como moderación en los deseos, prudencia, circunspección, finura de modales, esmero en el cumplimiento de las costumbres sociales, dulzura en el trato y apartamiento de todo vicio.

Con esta exigencia y aquellas normas, el Colegio se hizo modelo entre los de su clase y la colegiatura aumentó rápidamente al punto de ser necesarias obras en el edificio durante los veranos de 1851 y 1852 para reformarlo, ampliándolo. Había que obedecer también la prescripción superior de que los alumnos pensionistas hicieran *vida en común*, y de entonces dató la habilitación de una Sala general de Estudio para cien colegiales y la construcción de un cuarto al frente de cada dormitorio para que en él pernoctara el respectivo inspector. También en aquellos días se inventaron los llamados *billetes de salida*, y la revista semanal de libros, papeles y

ropas, reconocimiento interesante en orden a moralidad, aseo personal y costumbres de los muchachos. De aquel régimen nuevo se originaron prácticas como la de limitar la estancia en los dormitorios a las horas de descanso, no permitiéndose el acceso a ellos de los pupilos durante el día; o como la de ilustrarles, según se dijo, por medio de conferencias periódicas sobre urbanidad y cortesía.

En esa época, como se desprende de los discursos anuales de La Corte, cobró fuerza el espíritu corporativo en el Colegio y renació el afecto recíproco entre los alumnos antiguos y los nuevos, haciendo de todo el disciplado una verdadera familia unida entre sí con vínculos tan fuertes como los que atan por la sangre.

Pasaron unos años. La Corte y Ruano fué sustituido en el cargo de Director, dispuesto así en Real Orden de 7 de Octubre de 1858, por el Doctor D. Antonio Quintana, que no pertenecía al Profesorado, y que asumiría, sin duda, el mando del Colegio al tiempo que el del Instituto. La jefatura de aquel no era inherente a la de éste, ni lo fué hasta tres años más tarde, pero Quintana obtendría los dos cargos a un tiempo cuando su toma de posesión se ajustó a este extraño ceremonial: reunidos en la capilla los alumnos internos y externos, se leyó ante ellos, el nombramiento del Gobierno.

Hizo este Director obras en el edificio que no debieron tener importancia; más, a poco, en una visita de inspección al Centro docente, del catedrático de la Universidad del distrito Don León Carbonero y Sol, revisado Instituto, Colegio de la Asunción y Escuela de Agricultura recién fundada en aquél, apuntó otras obras, de mucha más monta, para ensanche y engrandecimiento de la Casa. Esta sugerencia fué pronto puesta en práctica: el Arquitecto más caracterizado de Córdoba, Don Pedro Nolasco Meléndez, presentó en 25 de Mayo de 1860, los planos de ensanche del inmueble, proyecto que exigía, de suyo, la adquisición de varios inmuebles contiguos.

Tras el nombre del Director Quintana, habrá que anotar el de su sucesor Don Manuel Gadeo y Subiza, que, si bien ostentaba el Doctorado en Jurisprudencia, no era tampoco catedrático ni profesor de la Casa. Tal vez por ello se le recibió en el Claustro con protesta, no obstante prestar los disconformes, obediencia y acata-

miento a la disposición de S. M. la Reina que lo nombraba. Etapa de malestar y de desgobierno en el Instituto, debió ser ésta, que parte del año de 1860; y así se ve reflejada en los alumnos la inquietud que se nota entre los Maestros, puesto que, al subir al cargo directivo en Febrero-Marzo de 1862, Don José Muntada y Andrade, hubo no pocos traslados, ceses y sustituciones de catedráticos. Además, el Rector de la Universidad que normalmente vino en visita oficial inspeccionadora, a mediados de Mayo, en juntas ordinarias y extraordinarias se vió obligado a recomendar de modo enérgico, el cumplimiento a «raja tabla» de los preceptos reglamentarios para el severo restablecimiento de la disciplina.

Acaso fuera el origen de la anómala situación, la procacidad de un alumno mal aconsejado que faltó al respeto y subordinación a uno de sus catedráticos y que mereció ser expulsado por el Consejo de disciplina; o quién sabe si lo fué, la demasiada extensión que tomaban entre el cuerpo escolar los resabios de falta de aplicación y de perseverancia en el esfuerzo, sin que bastasen las determinaciones profesoras para corregir estos defectos.

No cabe dudar que estando el Colegio tan ligado al Instituto, trascendería a los colegiales la relajación, cuando Muntada se quejaba luego desde las páginas de la Memoria correspondiente a este tiempo, de que había bajado el número de internos y medio pupilos, «por varias causas que no quería declarar ni calificar».

Hubo entonces desfile de los colegiales más pacíficos hacia el Seminario de San Pelagio. El Director de la Asunción declaró su propósito de reforzar con toda su autoridad la vida colegiada, convencido de que ésta reclamaba, más que nunca, asidua vigilancia, provechosa experiencia, severidad en la disciplina, acierto y meditación en las disposiciones. Dos sacerdotes y varios seglares, componían el personal encargado de los internos. Todos a una, los regidores, pusieron ante los ojos de los regidos, los dos caminos que se pensaban seguir para reparar los males pasados: El honor, o el terror, para exaltar la aplicación y la buena conducta; y así, un día, se decidió separar los pupilos de los medio-pupilos durante el estudio; y otro, se construyeron tres encierros de los que carecía la Casa, dotándolos de material fuerte, cómodo, con mucha luz, ventilación y seguridad, para que el colegial puesto en corrección, pudiera dedicarse al estudio y reflexionar, sin echar de menos otra

cosa que la libertad. Al mismo tiempo y para despertar emulación se amplió la galería de retratos con las figuras de los hijos célebres del país que habiendo recibido en las aulas de la Asunción o en las del Instituto, la enseñanza, llegaron luego por sus merecimientos a los más altos puestos de la vida nacional. Entre los de los colegiales capaces de estimular a los sucesores, se ponía, por entonces, el retrato al óleo del Ministro, ex-alumno, Marqués de la Vega de Armijo, quien nunca olvidó a su Colegio ni perdió de vista el interés que tenía para Córdoba el engrandecimiento del mismo.

Ya en Septiembre de 1863, se consideraban restauradas las cosas en el Instituto. La severidad en los exámenes, remedió la des aplicación. Los padres de los alumnos coadyuvaban con los Maestros por medio de frecuentes comunicaciones, y la subordinación mejoró notablemente corrigiéndose las faltas por medios reglamentarios y sin ser precisa la intervención del Consejo de disciplina.

Por lo que hacía al Colegio, fechado en 30 de Abril de aquel año y firmado por el Sr. Muntada, que en todo resultó uno de los más destacados Directores que ha tenido la Casa, apareció un Reglamento nuevo. Era la norma adaptada del general de 6 de Noviembre de 1861, que aprobó la Real Orden de 6 de Diciembre del año siguiente; se inspiraba en la tradición del Centro y en las costumbres de la comarca, y se componía de 82 artículos, divididos en tres títulos: el primero para regular la vida de los colegiales; el segundo que fijaba las obligaciones de los Superiores y el tercero las de los empleados. Era curiosa norma que recogía los preceptos dados para los demás internados de todos los Institutos de segunda enseñanza, más las instrucciones necesarias de orden interior que afectaban a cuantía de las pensiones, prendas y efectos que cada colegial estaba obligado a traer a la Asunción; cuáles otros suministraría la Casa; alimento que había de darse a los pupilos y minuta de cada una de las comidas; organización de las tres salas o departamentos de estudio; horarios o reparto del tiempo para la tarea cotidiana; distribución de los alumnos en los dormitorios por edades; prescripción de uniforme y modelo a que había de ajustarse: levita de paño azul, con botones dorados, pantalón de la misma tela con cordón dorado en la costura, chaleco blanco cerrado con los mismos emblemas y gorra también azul galonada de oro con insignia. Daba también las normas de las

salidas en colectividad y con uniforme y las de las ordinarias y extraordinarias como recompensa. Un minucioso régimen de premios estimulaba desde las páginas de este Reglamento la aplicación y la conducta de cada colegial; y en dos artículos más, se remitía, para castigar las faltas leves o graves, a la tan nombrada reglamentación general, estableciendo las penas señaladas por ella, y otras más que añadía.

Los artículos que regulaban las obligaciones del Director, del Capellán, de los Regentes y de los empleados y servidores, respondían a la tradición implantada de antiguo en el gobierno interior de la Casa. Como prácticas religiosas mantenía las que antes y luego se han conservado firmemente: la oración de la mañana, la asistencia a la Santa Misa a diario y la oración de la noche antes de retirarse a descansar a las camaretas.

El Doctor Muntada no desmayó un momento en sus afanes de mejora del Instituto y del Colegio adjunto. Con el mismo tesón procuraba la obra de la fachada exterior del edificio, que hasta entonces no correspondía, por su aspecto estético y por el lugar que ocupaba en el paraje, a la importancia de un establecimiento de enseñanza de la ciudad madre de Séneca, que ponía la biblioteca, instalada en aquel tiempo en un salón del piso superior, al alcance de los jóvenes para su mayor ilustración, o que reponía el mobiliario del internado, renovaba oficinas o dotaba de ornamentos la capilla.

Sentía por el Colegio de la Asunción apasionado interés. Sus palabras, dichas en ocasiones solemnes, lo acreditan cumplidamente. Así expresaba sus fervores por la antigua Casa de López que regía: «Pocos Institutos tendrán un Colegio adjunto tan respetable como el de Nuestra Señora de la Asunción. Su ilustre historia es más brillante aún, por el crecido número de célebres varones que lo ilustraron en todo tiempo»... Y al explicar el alto fin de la fundación, agrega: «Proporciona a los padres un lugar cómodo y seguro donde sus hijos puedan consagrarse al estudio y recibir una esmerada educación, sin exponer su inexperiencia a las distracciones peligrosas de los primeros años y a la frecuencia de las malas compañías».

También, pondera las ventajas del internado con afirmaciones tan rotundas como estas: «...es exacto, que, en igualdad de circunstancias, los niños colegiados deben hacer progresos más rápidos y

sólidos que los que viven fuera...» «Pueden y deben recibir una educación más esmerada porque están a todas horas vigilados y porque no se les permiten las salidas que tanto perjudican a los otros... «con justicia se reconoce por todos la ventaja de la colegiación de los estudiantes, pero conviene desengañar a ciertas personas que suponen ser suficiente el título de colegial, para obtener, contra toda razón y justicia, preferencia sobre los externos. Por lo mismo que los pupilos y medio pupilos tienen más medios de cumplir sus deberes, hay que exigir de ellos que se distingan; pues el honroso uniforme de la Casa, no es, ni puede ser nunca, una patente de aprobación. Esta se debe otorgar en justicia al que la merezca, sin otras consideraciones que las que emanen de la conducta del alumno.»

De tan elocuente manera, expresaba en público, el Director Muntada—dejando constancia de sus palabras en letra impresa—, la idea certera que tenía formada de lo que significaba el Colegio de la Asunción como complemento del Instituto para la eficaz formación de su alumnado.

El inspirado Jefe de la Casa de internos, no se recataba de hablar claro. Aquel que buscara en ella complacencias o favores, estaba equivocado, pues que al Caballero colegial se le exigía, dentro y fuera de las clases, mayores muestras de aplicación, más y mejor rendimiento.

Muntada aseguraba que no se quería que el Colegio medrara con el engaño; que lo que se deseaba era obtener un plantel de jóvenes aplicados a quienes el trabajo fuese provechoso; y que, como la desaprobación de los cursos desacreditaría el internado, lo mejor era resolverse a observar la mayor escrupulosidad en la admisión y en la continuación de los colegiales. «Sentimos—decía—la ambición de reunir muchos, noble ambición para quienes no se han de aprovechar de rentas y productos de esta Casa. Lo que importa es la fama, el buen nombre que dejaron los antecesores». Magnífica orientación esta que D. José Muntada y Andrade supo imprimir al régimen del internado adjunto al Instituto provincial de Córdoba. Medio siglo después de lanzadas estas ideas, vivimos nosotros la vida de internos en la Asunción y los principios entonces sentados, se hallaban aún en todo su vigor. Más de ochenta años han corrido desde que Muntada proclamaba lo de que nadie podía buscar pri-

vilegios a sombra del título de colegial, y hoy mismo se hace justicia seca con los alumnos del Instituto sin pensar ni por asomo en si pertenecen o no, a su internado.

Cumplíase el Reglamento en todas sus partes en los años del gobierno de aquel inolvidable Director. No había reforma ni mejora que no se emprendiese por entonces, ni medida de vigilancia que no se adoptara por costosa que pareciera. Se enmendaron defectos de los dormitorios; se estableció una ropería; se variaron los servicios higiénicos; se redobló el celo y la vigilancia. En un mismo afán de engrandecimiento del Colegio cooperaron todos: Gobierno, Junta, Catedráticos y empleados. Consecuencia de ello fué la pública estimación, el crecimiento del número de internos; 52 se contaban en 1861; 75 al año siguiente; muchos más en 1863; y 131 en 1865, fecha en que hubieron de quedar veinte sin admitir por falta de espacio.

Nombres prestigiosos de la colegiatura de entonces, elegidos entre otros, pudieran ser: el del poeta Guillermo Belmonte Müller y el del Magistrado Rafael García Vázquez que por aquél curso figuraron entre los medio-pensionistas, o el de Miguel Giménez Martínez, luego elocuente abogado aguilarense, que figuraba a la sazón como interno.

El régimen interior y la disciplina, ocupaban primer plano en la atención de todo el personal que actuaba en la Casa colegial. A los rebeldes de carácter, como a los desaplicados, se les despedía en medio del curso y a los que se les calificaba con nota baja por no merecerla mejor, se les despertaba la aplicación poniéndoles en ambiente de recogimiento y orden. La salud entre los internos era inmejorable y de los ejercicios gimnásticos, dirigidos con inteligencia y practicados con moderación, se quiso hacer un medio de fortificar los cuerpos. Normas de higiene, se observaban en la vida individual y colectiva de los colegiales.

Tales eran las características de nuestro Colegio en aquellos días, época de auge, en la que colaboraban con el Director, con los Catedráticos y con los Regentes, en obra conjunta de trabajo y celo, la Diputación de la provincia que lo favorecía y Córdoba y los pueblos que lo alentaban con su aplauso.

Recuerdo vivo de la etapa en que guió Muntada y Andrade

será, siempre, la continuación de la obra de la fachada nueva del edificio. La costearon la Diputación y el Ayuntamiento. El 27 de Mayo de 1866 entró a trabajar el contratista y para principios del 1868 se comprometió a que estuviese acabada. No sólo se buscaba con esta mejora una mayor amplitud para Gabinetes, aulas, oficinas y biblioteca; se pretendía y así se logró, que la faz de la Casa hablase a los que se detuvieran ante ella, de lujo y de esplendor, de historia viva de la pedagogía cordobesa, de grandezas pasadas, raíz de aquel presente y germen de las que han florecido después. Y para que las severas líneas del paramento, —tres plantas, amplia portada de rítmicas proporciones y balcón central de porte palaciano, ejes de simetría de diez ventanas y diez balcones magníficos, más diez huecos en el sotabanco—, no quedasen arrinconados, se hicieron cambios de alineaciones y cuanto fué preciso, ya que el Ayuntamiento por su parte estuvo propicio a hermosear la mejora, y eso que ignoraba que al andar del tiempo había de lucir en el paraje más visible de la ciudad, tanto por interés de la estética urbana cuanto del Instituto. Para que la fachada nueva tuviese como si dijésemos una «auténtica» de la obra antigua que sustituía, fué utilizada la gran puerta de nogal tachonada de 202 chatones de bronce, que cerraba la Casa desde los tiempos de los Jesuitas. La obra de la crujía exterior, patente mejora en el edificio, a más de proporcionar estancias amplísimas altas y bajas para Gabinetes, Museos y Aulas, y de descongestionar de tránsito la escalera principal de jaspe rojo, por medio de otra que se desarrolló desde el zaguán, permitió la ampliación del Colegio que ya resultaba pequeño para las demandas anuales de entrada.

En Diciembre de 1868 habían cambiado de Director, Colegio e Instituto. Sustituyó al señor Muntada Don Victoriano Rivera y Romero, Catedrático por oposición de Latín y Griego, venido de Logroño. Coincidió el nuevo Director con la salida del Decreto de 9 de Febrero de 1861, que derogó toda la legislación que hasta entonces regía sobre Colegios de internos agregados a los Institutos.

A raíz de la batalla de Alcolea, España quedó gobernada por el que se llamó Gobierno provisional. Pareció a éste conveniente decretar la libertad de enseñanza en todos sus grados, proclamando la tesis de que el Estado no podía ni debía ser educador. Consecuencia de ello fué arrancar a la Administración Central la facul-

tad de reglamentar y dirigir Establecimientos destinados a dar educación a los jóvenes, para entregarla a las corporaciones populares: Diputaciones y Ayuntamientos. Fruto era este de los principios que propugnaba la «Revolución de Septiembre». El Ministro de Fomento adujo en el Decreto-Ley de referencia que la vida que en los Colegios de internos anejos a los Institutos se hacía, no se acomodaba bien al espíritu y costumbres «en que se quería formar, desde entonces, a los ciudadanos de un país libre».

La resultante de esta medida política había de ser, en el caso de Córdoba, que el Colegio de internos adjunto a su Instituto, se llamase Colegio provincial de Nuestra Señora de la Asunción; que pasara íntegramente a depender del Instituto y que, como tal dependencia de un Establecimiento provincial, se encontrara colocado bajo la superior autoridad e inspección de la Diputación de la provincia.

Nuestra Casa internado entró en aquellas fechas en una etapa nueva. El Claustro presentó a la Corporación provincial un proyecto de Reglamento que la Diputación, después de establecer modificaciones, aprobó en su sesión del día 7 de Septiembre de aquel año.

Este Reglamento que recogía cuanto de tradicional en la Casa había consagrado el anterior, contenía también treinta y cinco preceptos agregados, que introdujeron, de momento, gérmenes de discordia entre los miembros del Claustro del Instituto. La inspección superior del Colegio se vinculaba por virtud de este nuevo Reglamento, a la Diputación, la que, bien en cuerpo, bien por medio de comisiones de individuos de su seno, había de ejercerla para examinar el estado de aquél, así en su régimen interior como en su aspecto económico. Cualquier diputado provincial podía visitar el Colegio de la Asunción en el momento, día y hora que le viniese en gana para comprobar su funcionamiento, y una Junta inspectora especial, formada por el vicepresidente de la Diputación, por varios Diputados y por el Director y los Patronos, podía fiscalizar el funcionamiento de la Casa de internos, informar los presupuestos, aprobar las condiciones de subastas y contratos, examinar las cuentas y hacer propuestas de personal.

Esta intervención estrecha de los padres de la provincia, en la administración económica de nuestro Colegio, y el afán del Claustro de hacer de él una hijuela del Centro docente, con el fin de que

todos los Profesores tuvieran una intervención en su marcha, fueron causa de inquietud en la Casa. Como la Diputación al examinar el nuevo Reglamento modificó su articulado, los claustrales no aceptaron la modificación enviándolo de nuevo al organismo oficial. Surgió pronto la primera cuestión enojosa: la Diputación se creía con autoridad superior para con el Director del Colegio de internos y llegó a suspenderle en el cargo y a nombrarle sucesor. Hubo entonces dos Directores en la Casa. Rivera Romero que suspendido en la Jefatura del Colegio conservó la del Instituto y Don Antonio Santos Burillo que, designado por la Diputación entró a regir el internado. Baste con esta muestra, para deducir que el Colegio era la manzana de la discordia entre los claustrales, que así habían de ver pasar diez años, entre los vaivenes políticos que zandearon la figura liberal de D. Victoriano Rivera. El Sr. Burillo era de otra filiación política.

Unos datos estadísticos recogidos hacia 1875, dan a entender que el internado, a pesar de su mucha fama, había disminuido en esos años, a consecuencia de la libertad de enseñanza.

Se abre en el Instituto y en el Colegio un lapso de paz al ser reemplazado el Director Rivera Romero por el sacerdote D. Ramón Cobo Sampedro que representaba la concordia entre el Claustro y sus distintos elementos y los componentes políticos que integraban la Diputación. Ello fué a mediados de 1880; más, a fines del año siguiente se encienden de nuevo dentro de la Junta de Profesores las diferencias de criterio poniéndose en tela de juicio si el Colegio era público o privado y absteniéndose el Profesorado de intervenir en los asuntos de la Casa de internos hasta no ser requeridos expresamente para ello por su dirección.

Largas de relatar serían las ocasiones de discrepancia de los claustrales sobre puntos concretos de la economía del internado. Se alegaba razonadamente, por ejemplo, que si el Instituto era poseedor de la antigua Casa de enseñanza que se llamó Colegio de la Asunción, tendría sobre sí las cargas y obligaciones de aquél, puesto que había recibido todos sus bienes y derechos. Así, en punto a becas, la carga debía pesar sobre el Instituto.

Ello no es más que una señal de la desconexión que en las relaciones de una entidad con otra, había motivado el dualismo de di-

rección, no muy lejano de las luchas políticas de aquellos tiempos, y la ingerencia total de los Diputados en el régimen económico de la Casa de internos, cuyos bienes, en el remanente anual, estaban afectados a los gastos del Instituto provincial, soportaban cargas de éste que no le correspondían, y salían a enjugar déficit excesivos que tampoco debieran sufragar, sacrificándose, en una palabra, económicamente por el organismo nuevo.

La Diputación mandaba englobar ambas haciendas y el Claustro se resistía a ello, propugnando el indispensable trazado de una línea divisoria. Un delegado del gobierno, D. Vicente Barrantes, vino como Inspector General de Instrucción Pública con ánimo de poner fin a la tirante situación.

Entró el siglo XX. La figura del sacerdote Don Ramón Cobo Sampedro, pasó a ocupar el primer puesto del Instituto y del Colegio. Gozaba ya, de la fama de celoso y recto y de eficaz contemporizador, que había ganado en la primera etapa de su gobierno desde 1880 a 1882.

El, y tres Directores más, se han sucedido en casi cincuenta años, en el mando de nuestra Casa de internos, favorable continuidad que permitió el desarrollo de planes encadenados de mejoramiento, como se verá en el capítulo siguiente, y que antes no habían sido hacenderos, para los diez, o más Jefes que el Colegio tuvo, desde que creado el Instituto a su costa, se convirtió en organismo dependiente, en lo económico, de la Diputación provincial.

En ambas etapas, de medio siglo cada una, mientras la política no dejó sentir sus efectos nocivos en el campo de acción de los que regían el internado, todo iba como sobre ruedas: Respetado el espíritu de la Fundación, aun cuando ya no fuesen aspirantes al sacerdocio sus beneficiarios, ni la Casa, cobijo de Recogidos pobres, siempre sirvió de remanso de paz favorable para el estudio y para la mejor educación; conservadas las costumbres religiosas que desde el primer día habían dado tono pío a la obra de López de Alba; puesta la mira en el recto propósito de educar la juventud en los más sanos preceptos; enhiesta la reglamentación de la vida colegial con una persistencia, a través del tiempo, de unos mismos preceptos, en verdad admirable; y procurando que, en todo caso, los tránsitos de la finalidad de la institución fuesen suaves y que no pugs-

naran tales pasos de avance con tradiciones respetables, ni tropezaren con obstáculo alguno. Más, cuando una violencia política, nacional o local, se infiltró en el Colegio—y ello tuvo comprobación desde la primera, que fué la de arrancar a los Jesuitas de su gobierno—, siempre se produjeron quebrantos y se registraron consecuencias dañosas en la delicada institución que de cuatro siglos data.

No cabe más compenetración que la que existe siempre entre las parte y el todo. Colegio e Instituto, fueron en el primer siglo de vida de este último, una misma cosa; y si alguna vez se quebró esta unidad, culpa fué de la divergencia o de la pasión que acompañando casi siempre al sectarismo político, ofusca a los hombres y tuerce y mediatiza sus conductas.

Casi todos los Jefes del Centro de enseñanza que Córdoba recibió de Isabel II y que ahora cumple el centenio, han comprendido bien, que nada hay más honroso, nada de más legítimo orgullo para él, que ser hijo del Colegio de la Asunción y heredero de su fama.

Completo el organismo oficial que instruye, con la fundación que ahora educa y que antes instruyó y educó, nada de extraño tiene que en estos cien años hayan saltado, de continuo, intereses, inspiraciones, normas, éxitos y prestigios, planes y orientaciones desde el Colegio al Instituto, refluendo desde este a aquél. Así, los dos, al fin, han resultado ser, espiritualmente, una sola entidad.

Un siglo de docencia en el Establecimiento oficial de Enseñanza Media, tan íntimamente ligado—hoy más que nunca—a la Casa que López de Alba fundó, es un siglo más, de limpia ejecutoria de la buena obra del Médico de los Reyes de España.

Cuando muy pronto, trace un estudioso Catedrático de Historia, la de nuestro Instituto en el primer centenario de su existencia, será bien conocido, con claridad meridiana, en Córdoba y lejos de Córdoba, hasta que punto es consubstancial con él, este gran Colegio que ejerció la docencia desde el remoto año de 1569, y que el Doctor Pedro López plantó aquí, cuando no había ninguna Casa de estudios en la ciudad sabia.

Capítulo IX

La Edad Contemporánea del internado del Instituto



ADA más fácil para el que compone una historia, que el relato de hechos realizados ante sus ojos; la referencia de acontecimientos presenciados con el autor, por la mayoría de los lectores. Mas no está exenta la labor de dificultades, si se mira el peligro de parcialidad al que conducen, a veces inevitablemente, afectos o desafectos a las personas o a las cosas. Forzoso es, en trance tal, resistir la pasión que suele despertar la defensa o la censura de la conducta ajena, lindera con la propia.

La Edad Contemporánea de este Colegio nuestro, honra de Córdoba y fuente nutriz de la cultura y de la preparación para la vida social de muchos cordobeses, se puede considerar abierta en

aquel día en que los regidores de la Asunción se dispusieron a mejorar su Casa, rompiendo el ritmo retardado a que venían sometidos por la estrechez de sus recursos normales. Insuficientes eran a cubrir otros gastos que los del sostenimiento decoroso de los colegiales y los de indispensables reparaciones en el edificio, hechas durante los veranos, más que por renovarlo y hermosearlo materialmente, para contrarrestar los deterioros del tiempo; y absorber la actividad de los criados. El régimen económico que el Colegio se veía obligado a observar no tenía flexibilidad alguna. Inalienables los bienes patrimoniales que le restaban de su antigua hacienda; aumentados cada día los dispendios por elevación creciente del coste de vida; disminuidas y suspendidas de pago las rentas de becas y fundaciones y, sometida la censura de las cuentas al placet de la Diputación provincial, que, si estaba obligada a cubrir el déficit, procuraría que no se produjese, debió ser, tal complejo, dogal echado al cuello de nuestra institución, que mantuvo a sus Directores inactivos por fuerza, frente a la imperiosa necesidad de mejorar el aspecto material del inmueble, de trocar su anticuado menaje por otro más moderno y cómodo, y, de acondicionar servicios y dependencias más higiénica y lujosamente, en provecho de los alumnos.

Cuando entró el siglo actual estaba refugiada en la Asunción, casi por entero, la enseñanza oficial, según reza la estadística. De los 213 estudiantes aleccionados en la planta baja, vivían en la alta más de 150. El número de escolares que preparaban sus asignaturas en enseñanza privada no pasó de 9 y el de estudiantes que cursaran libres apenas subió a 38, en los exámenes de Junio de 1901. Era que las preferencias de los alumnos y, sobre todo, de sus padres, estaban en esta época por el Colegio afamado, donde el futuro Bachiller hallaba educación rígida, pero eficaz, sin blanduras ni complacencias; vida higiénica y metódica; sólida piedad, buen trato, buena mesa, buen régimen, asistencia asegurada a las clases y preparación de sus tareas en las Salas de estudio, bajo la mirada vigilante de tres Regentes respetables y doctos, dos de ellos sacerdotes y otro más, titulado, que repasaban las lecciones y tenían fuero para premiar o castigar. Todo ello muy de acuerdo con el ambiente de la ciudad y de los tiempos.

Como internos, figuraban colegiales venidos de remotas procedencias: San Roque o La Línea de la Concepción, por el Sur; Val-

depeñas o Daimiel, por el Norte; Villanueva y Quintana, tierras de la Serena, por el Poniente; Andújar, Arjona y Arjonilla por el Saliente. Los hijos de familias acomodadas de la capital, también se incorporaban a los Estudios del internado, en calidad de medio-pensionistas.

Un Reglamento de rigurosa observancia, sostenía firme el régimen interior de la Casa: era el de 1883 que, en conjunto y hasta en detalle, estaba basado en el primitivo o general, dado en el año de 1861.

Así venía deslizándose la vida escolástica, cuando arribó, segunda vez, al cargo directivo el grave y severo catedrático Cobo Sampedro. Era el día 1.º de Octubre de 1900. Tenía en su haber, el acierto con que antes había ejercido la doble tarea rectora y la pacificación que le tocó en suerte llevar a cabo en los años del 80 al 82. De entonces venía corriendo su fama de celoso, recto y ordenancista. En la corporación de colegiales, Cobo Sampedro representaba la rigidez, la vigilancia exageradamente ejercida. Su aspecto de anciano venerable encanecido en la enseñanza y el tono de solemne seriedad de que revestía su actuación profesoral, le valieron siempre el respeto y, ¿por qué no decirlo?, el temor entre sus iguales y subordinados.

Conocedor, además, este erudito sacerdote de la historia de la Asunción, pues que era maestro en investigarla, sabía muy bien que las épocas de mayor y mejor fruto de las tareas educativas, habían sido aquellas en que los rectores vivieron al margen de todo cambio, político o administrativo, atentos solamente al mantenimiento de la disciplina; y a suplir a padres y tutores en la misión de orientar las conductas de los jóvenes escolares, haciéndoles aprovechar los años mejores de su vida en la recta formación del carácter de cada uno. Que los colegiales fueran sólo estudiantes, era la preocupación de las familias que confiaban sus hijos a la Casa regida por Cobo Sampedro y a fe que, el aprovechamiento y la adquisición de hábitos de trabajo, por parte de cada alumno, fué el norte de este Director serio y autoritario, al que, Regentes y servidores, comprendían con sólo una mirada. En las Salas o Galerías de estudio, en patios de recreo, en la capilla, en el comedor, en los dormitorios, dentro del edificio como en los lugares públicos, el colegial vivía de continuo influenciado por el ambiente de rectitud que el Catedrá-

tico de Latín y Castellano había logrado imprimir a su magisterio y que vino siendo proverbial en toda la comarca durante más de un cuarto de siglo.

Con injusticia manifiesta, desdibujó el vulgo su figura al correr de boca en boca la crítica callejera sobre su recia personalidad. Se hizo víctima a Cobo Sampedro de una *leyenda negra*. Decíase «que reprobaba en exámen a los alumnos, por puro placer o por exagerado rigorismo...» Nada más lejos de la realidad. Cobo Sampedro fué un Catedrático exigente; pero los discípulos que sincronizaron con este maestro vivían gustosamente atemperados a sus maneras, justificando sus calificaciones, haciéndose, si no lo eran, laboriosos y formales y reconociendo, luego, cuánto le quedaban debiendo, al salir a estudios mayores, por aquella exagerada rigidez, propia de Seminario eclesiástico, con que los trató.

Personalmente vigilaba la Casa a toda hora del día y de la noche. Unos estrechos pasillos que mandó construir desde su vivienda a la de los colegiales, facilitaban sus planes de aparecer por sorpresa en todas las dependencias del Colegio para comprobar la buena marcha de la labor educadora. Si castigaba, advertía, corregía y sancionaba al desaplicado, o al que usaba de malas palabras o al que cometía un hecho reprochable o deshonesto, no otra cosa iba envuelta en su sanción, que el mantenimiento de principios consagrados como lema de la Casa de colegiales, desde que era Instituto y en cierto modo cargaba con la responsabilidad de la desaplicación o de la indisciplina que en el Centro oficial pudieran mostrar internos y medio pensionistas: Ya, mucho antes —como vimos—, había dicho un Director... «Los colegiados deben hacer más rápidos y sólidos progresos que los que viven fuera»... «...el honroso uniforme de la Asunción no puede ser nunca una patente para ganar el curso sin laborar»... «...el mejor sistema es observar la máxima escurpulosidad en la admisión y en la continuación de los colegiales»...

En esta etapa de mando del Director Cobo Sampedro, tal como había ocurrido en la anterior, no hubo que registrar casos de contumacia en la desaplicación, ni gestos de indisciplina, ni actos de conductas insubordinadas; bastó la rigidez académica para juzgar a los colegiales y no colegiales y el aviso constante de la posible intervención del Consejo encargado de juzgar faltas graves, espada de

Damócles, que el muchacho veía de continuo suspendida sobre su cabeza, aunque nunca cayese sobre ella. Del Colegio como del Instituto «emigraban», voluntariamente, por entonces, los que no servían para «buenos estudiantes».

Es justo reconocerlo: Si «Don Ramón» (así, D. Ramón a secas, se le llamaba en Córdoba sin posible confusión) si Don Ramón reprendía y castigaba, también sabía premiar con largueza a los alumnos del Colegio cumplidores de sus deberes. Un modo, entre otros, de fraternizar con los colegiales, recurso para atraérselos y acortar distancias, —y de este premio gozamos inmerecidamente más de una vez—, era sentar a su mesa, en su morada y en días no lectivos, a dos o tres internos para dialogar con ellos, durante la comida, con afabilidad exquisita y amena conversación, y así pulsar y comprobar él, el grado de cultura, la urbanidad y las buenas maneras que el estudiante hubiese alcanzado en el Colegio.

Hasta los tiempos a que nos referimos —los dos lustros primeros de este siglo— y precisamente por los rigores mantenidos en el aula y la disciplina con mano dura sostenida, las solicitudes de ingreso en el internado abundaban tanto, que no era necesario implantar modernidades en el régimen escolar para atraer a la Asunción más alumnos de los que cómodamente cabían. El curso en que pasaron de ciento los de pensión completa, se produjo el conflicto: faltaron piezas amplias para dormitorios, y hubo que convertir la enfermería y la trastera lindante con la capilla, en cuartos de dormir.

Además, el número de estudiantes acogidos a la sombra del pupilar, alcanzaba entonces altas cifras, porque era arraigada costumbre local, observada por muchas familias, pudientes, o de clase media, con casa abierta en la ciudad, la de incorporar a sus hijos, alumnos oficiales del Instituto, a la categoría de medio-pensionistas en el Colegio. Salvo los becarios y algún que otro caso aislado, ningún muchacho, de los avendados en la Capital, solía ingresar como interno, sino como medio-pupilo, con lo cual gozaban de la vida colegial al tiempo que de las delicias del hogar paterno. Aparte la asistencia a la Misa diaria, las comidas de ambos extremos de la jornada y el uso del uniforme, en todo lo demás, el medio-pensionista y el interno, eran iguales.

Pero en el claro-oscuro que este cuadro de la vida en la Asun-

ción ofrecía al observador, a principios de su Edad Contemporánea, había una sombra siniestra: la absoluta falta de medios para emprender obras costosas de mejora.

Se hablaba ya, en el mundillo pedagógico de Córdoba, del buen mobiliaje y de la bella decoración escolar; demandaba la higiene servicios más perfectos, de aguas corrientes, de iluminación natural y artificial menos dañosa para el trabajo visual, y de otras exigencias de satisfacción inaplazable. Había que remozarlo todo en el Colegio, a nombre de la salud del cuerpo y de la alegría del espíritu de los escolares. Y sin embargo el arca de caudales de la Asunción no se abría sino para que por ella pasaran, con el ritmo natural de entrada y salida, las pensiones de internos y medio-internos, que por cierto eran módicas.

Tampoco se podía contar con los bienes patrimoniales antiguos, pues que, además de aminorados en su valor efectivo, estaba prohibida su enajenación. Al crearse el Instituto, el Estado reconoció los derechos fundacionales del Colegio de López de Alba con cuantas cargas y obligaciones hubiese impuesto aquél o después se hubieren concertado con los donantes, a tenor de lo cual, todos los bienes de tal Fundación primitiva y sucesivas agregaciones y donaciones, se vieron convertidos en Títulos intransferibles de la Deuda y administrados por el Director del Instituto como representante del Estado, al mismo tiempo que del Fundador del Colegio y de los demás magnánimos favorecedores del mismo. Pero, hasta la renta de tales bienes estaba inmovilizada de hecho, porque la Dirección de Propiedades de la Hacienda Pública —a la que el Jefe del Instituto rendía cuentas anuales de la inversión de tales créditos y del cumplimiento de las cargas impuestas—, tuvo a bien determinar, interpretando cierto artículo de la Ley presupuestaria del Estado, el secuestro de las Láminas o Inscripciones representativas de aquellos valores, cuando en 1.º de Julio de 1899 fueron presentadas al canje.

No era esto lo más grave; sino que entonces, como siempre desde la instauración del Instituto, el Colegio, tenía que salir al gasto de muchas atenciones de aquél. El hecho no ofrecía novedad. Los dos Directores que antecedieron a Cobo Sampedro en esta segunda etapa de su gobierno, también habían afectado los remanentes del Colegio a planes de embellecimiento del centro Oficial de enseñan-

za. Así Sentenach para decorar el patio, encargó al escultor Inurria el busto en bronce de Don Pedro López de Alba, el generoso fundador, y Don Manuel María Rodríguez emprendió, también con fondos de la Casa de internos, la gran obra de concluir la fachada, doblando en ángulo sus extremos, e hizo el jardín de recreo que bordea el edificio por el Norte.

Tocó a Cobo Sampedro completar tales mejoras del inmueble, con la conformidad de la Diputación que seguía interviniendo en la censura de cuentas de la corporación de estudiantes. Se concluyó de labrar el ángulo N. O. en los años de 1901 a 1902; fué cerrado el bello jardín para el Profesorado dotándolo de verja y puerta a la calle; se pobló este lugar de solaz, de vistosas especies vegetales y se amplió el otro jardín, el Botánico, sacando su verja hasta la línea, ya única, de fachada principal del edificio público, con lo que ganó mucho el ornato de todo el paraje.

En el edificio hubo que disponer las cosas, por aquél entonces, como demandaban las circunstancias. Los Institutos, que al pasar a ser Generales y Técnicos, agregaron a las disciplinas del Grado de Bachiller, estudios de Magisterio, de Peritos Agrónomos, Agrimensores, Prácticos industriales, más la preparación para las respectivas Escuelas Superiores, dieron carácter experimental a la enseñanza; y fué preciso montar el Laboratorio de Química y el Museo de Historia Natural, de modo que los alumnos tuviesen acceso a las manipulaciones propias de estas ciencias, dirigidos por los Catedráticos.

De todo cambio en el edificio, había repercusión inmediata en la bolsa del Colegio, participe con el Instituto en la propiedad y el dominio del inmueble, pero recargado con los gastos que el Instituto, con sus medios propios, no pudiera soportar.

No se descuidó Cobo Sampedro al conjugar las conveniencias y necesidades de los dos organismos distintos que se cobijaban bajo el mismo techo; y así, cuando en 1910 el Ayuntamiento necesitó la zona del edificio destinado a Jardín Botánico, para prolongar la calle de Claudio Marcelo y abrir la arteria principal de la Ciudad, una provechosa negociación del anciano Director con la Municipalidad, determinó en su día el trueque de terrenos por espléndidas obras de mejora que pagó el Erario local y que consistieron: en la adaptación a estilo, de la fachada de la casa o pabellón destinado a

vivienda del Jefe del Centro; en el decorado exterior de la capilla y en el cambio del muro de cerramiento del patio de juego de los internos; todo ello en la línea recayente a la nueva vía, comercial y populosa. Además y sufragado también el gasto por el Ayuntamiento, como compensación de lo expropiado, se había de edificar un cuerpo de dos plantas y azotea en el lado Norte del inmueble, destinando la baja, a clases de Dibujo y Caligrafía (que hoy componen el espacio dedicado al magnífico Salón de Actos) y la alta, de por mitad a Laboratorio de Química y a dormitorio amplísimo de Colegiales.

Otras transformaciones hondas ni hubo ni pudo haber, en el escenario ni en la vida escolar que en él se desarrollaba. Cobo Sampedro sentía la necesidad de las mejoras; pero aparte esas coyunturas que le brindó el Ayuntamiento y que aprovechó con acierto, no disponía de grandes recursos para abordarlas. Le bastó, para dar lustre a la época de su mando, con la implantación de una rígida observancia del Reglamento de 1883. Fué un Director celoso y vigilante que puso los cinco sentidos y la severidad empleada por sí y por medio de sus decididos colaboradores, en la formación de hombres cultos que pudieran dignamente titularse Caballeros. Esa rigidez que mantenía tensa la disciplina y la aplicación de los escolares, era el régimen que como más perfecto, Cobo Sampedro preconizaba. Al fin y al cabo, había sido seminarista y Profesor en Seminario y no concebía condescendencias en la educación y en la preparación de los muchachos, más propias de los Colegios seglares. Dirigió la Asunción severamente, pero muy de acuerdo con la mayoría de padres y tutores de los Bachilleres de entonces.

Tras de Cobo Sampedro y por las huellas mismas de sus pasos, llegó a la Dirección del internado D. Agilio Elíseo Fernández. Había convivido con aquél en el Centro desde 1902 a 1911; le respetaba y le quería y nada de extraño tiene que se dispusiese a seguir sus métodos aunque, por temperamento, se sintiese inclinado a dulcificarlos.

Fácil es valorizar la eficacia de una labor que ha tenido en sí continuidad de veinte años y que aparece ensamblada con la del antecesor, que había durado once seguidos. Seis lustros largos, en que el Colegio recibió el benéfico influjo de dos voluntades orientadas hacia un mismo fin: su progreso y mejoramiento. Una gran

época, libre de inquietudes, procuró a la Casa de la Asunción y a su régimen, el catedrático de Matemáticas Fernández García, convertido en Director desde el día 23 de Septiembre de 1911.

Las necesidades impuestas por la vida moderna, en el hogar familiar como en los establecimientos donde se albergaban colectividades, ya eran incentivo bastante para abordar las más indispensables reformas.

Los colegiales consumían la vitalidad de sus ojos aplicados sobre sus libros en estancias deficientes de iluminación que se llamaban «Galerías» y que lo eran en efecto y sin más luz, algunas de ellas, que la que entraba por la ventana de uno de sus testeros. Las cámaras de dormir, seguían siendo, como en lo antiguo, departamentos estrechísimos, cubículos entre dos tabiques cortos. El mobiliario muy viejo y de deplorable traza, contaba sus años en uso, por cuartos de siglo. El alumbrado artificial se hacía en los dormitorios por ténues mariposas de aceite, y, en los Estudios, por mecheros de gas de escasa potencia lumínica... Y así todo.

El cambio, la remoción de lo deficiente y de lo anticuado, era inevitable; y Don Agilio no vaciló en satisfacer la exigencia de los tiempos, emprendiendo, desde el primer día de su mando, una política económica que le permitiera con los ingresos normales y sin sacrificio para la Diputación ni penurias para la congregación de internos, poner las cosas en armonía con las comodidades de la vida moderna. Pronto abordó la tarea reformadora. Un comedor nuevo, amplio y capaz, comunicado con el antiguo, separó a los medio-pensionistas de los internos, dejando para éstos todas las plazas que antes ocupaban los otros en la comida que juntos hacían al medio día. Una ampliación de la planta superior del inmueble, apoyada sobre columnas y entramados de hierro a costa de ambos patios de juego, permitió sin disminuir su superficie, la extraordinaria mejora de disponer abajo de anchas galerías cubiertas para recreo en días de lluvia y arriba de una gran terraza, de una Sala de estudio general, de dimensiones nunca vistas en la Casa y de un dormitorio capaz para la mitad de los colegiales, y, por tanto, de amplísimas medidas, en la segunda planta.

No descuidó por ello Don Agilio Fernández las mejoras necesarias en la parte del edificio destinada al Instituto, que también fué dotado de atrio o galería cubierta, sostén de una hermosa te-

traza volada sobre la anchura del patio de entrada, para resguardo de los alumnos externos y acceso a las clases de la crujía de fachada.

Las obras no se abandonaron en todo el largo plazo de mando de este Director, que con metódica táctica y espíritu de ahorro y previsión, planeaba en el período lectivo las transformaciones y reparos que el edificio había de sufrir durante los meses de vacación del estío. Habíale tocado consumir el programa de ampliación del inmueble que Cobo Sampedro concertara tan convenientemente con el Ayuntamiento a base de la cesión de terrenos del Botánico, y desde entonces no hubo momento que Don Agilio no aprovechara para mejorar las condiciones materiales del edificio que, Instituto y Colegio, venían disfrutando para cumplir sus respectivos fines.

Por entonces se restableció el ritmo de pago de las rentas de Inscripciones, y percibió la Caja de la Asunción, de una sola vez, todos los intereses atrasados. Ello y la subida de precio de las pensiones, facilitó los generosos empeños del Director Fernández García, que administraba la Casa con tanta escrupulosidad como constancia y tesón ponía en engrandecerla.

Tuvo suerte en su gestión Don Agilio Fernández. Su mejor acierto a lo largo de la etapa afortunada, fué saber despertar el interés por el Colegio en todo el elemento profesoral del Instituto. Los disturbios registrados en la Casa y entre sus regidores, en el último tercio del siglo anterior, habían obedecido a la intromisión, no reglada, del Claustro en el internado. Cobo Sampedro armonizó las conveniencias mutuas de las dos entidades que regía y obtuvo la paz y la más provechosa colaboración de los catedráticos y hasta del personal subalterno del Establecimiento Oficial de enseñanza, en el régimen riguroso y vigilancia de la colegiatura. En tiempos del anterior Director, los catedráticos habían desempeñado alguna que otra misión en el Colegio, y entre ellas, el repaso, de pago, de las asignaturas ya cursadas por los colegiales, como preparación para los difíciles ejercicios de Revalida en el Centro, precursores entonces de la expedición del Título de Bachiller. Por los mismos pasos de Cobo Sampedro siguió Don Agilio Eliseo Fernández, al incorporar las actividades de los claustrales a la vida próspera del Colegio, logrando que el Profesorado en pleno, le auxiliase y cola-

borase con él, en todos los menesteres del internado; en lo docente, como en lo administrativo; en el orden como en la vigilancia y disciplina. A diario, dos catedráticos asistían al Sr. Fernández García a la hora del ajuste de cuentas, como a la de tomar determinaciones y providencias para el mejor gobierno. Por turno desempeñaban todos y cada uno, la misión inspectora del régimen interior, que el Colegio les retribuía.

Otros decididos colaboradores tuvo este Jefe de la Asunción: fueron los Regentes. Sacerdotes dos de ellos, y uno más, seglar, titulados, casi por regla general, al frente de cada uno de los tres Estudios, había de continuo persona capaz de asesorar en sus dudas a internos y medio-pensionistas y de repasarles las lecciones de cátedra. En aquel plan de estudios oficiales de Bachillerato de tres asignaturas por curso y clases alternas de hora y media, sin tener que atender por separado a otro alumnado que al masculino, la tarea aleccionadora y educadora era fácil y fecunda. No necesitaban para el trabajo los colegiales otros auxilios que la paz silenciosa y el sosiego ante los libros, en los pupitres unipersonales, en las horas necesarias para preparar con holgura sus tareas diarias, y hacer constancia ante tales Regentes competentísimos de haber entendido la lección, o, de lo contrario, pedir a ellos aclaraciones y explicaciones sobre puntos dudosos o difíciles de comprender.

Hubo entre estos Regentes, nombres de sacerdotes cultos y de destacada vocación para el cometido difícil que se les atribuyó, como el Profesor de Letras López Morales, o como el virtuoso clérigo Muñoz Reja, encargado también de trabajos de Cátedra en la de Religión. Otros Regentes, seglares, unían a su misión en el Colegio, la competencia que les daba su Título de Licenciados en Letras o en Ciencias; y entre sus nombres, los de García Martínez, Marquiez Alcalde o González Zapata.

Seguía presidiendo la formación espiritual de los internos, el empeño en hacer de ellos cumplidos caballeros y la práctica antigua de tenerlos alejados de los aires de la calle. Se depuraba a los criados; se vigilaba la entrada de periódicos, revistas y libros de entretenimiento; se normalizaban las visitas y las salidas y se exigía el traje de uniforme para presentarse cada domingo y día festivo en los paseos y lugares de concurrencia públicas en corporación y en ordenadas filas. No otra variante había tenido ese uniforme, y ello

fué hacia el año de 1905, que la sustitución de la levita—prenda que parecía anticuada—, por una americana de paño azul, como el del pantalón. Los mismos emblemas y los mismos galones dorados, que permitían identificar en todo momento al Caballero Colegial y aún seguir sus pasos a distancia por los Regentes que acompañándoles a los paseos, tenían la perenne misión de vigilarles.

Planes nuevos de la segunda enseñanza crearon las llamadas Permanencias o estudio vigilado, para los alumnos oficiales de todos los Institutos de España. En el de Córdoba no fué difícil el ensayo, merced a que disponía, como siempre, del Colegio de la Asunción, en cuyas Salas de estudio habían entonces holgadamente internos y externos. Así se hizo pero con desaparición automática de una arraigada costumbre: la incorporación a la vida colegial diurna de los medio-pensionistas. Desde aquellos días del año de 1924, la clase de medio-pupilos quedó extinguida en la Asunción. Para el alumno que vivía en Córdoba ofrecía más conveniencias y resultaba más económico inscribirse como interno vigilado, como asistente a las Permanencias y salir a su casa para hacer en familia la comida de mediodía.

Fué por esto preciso modificar el Reglamento de la antiquísima Corporación de estudiantes, considerada entonces, ya, para siempre, como hijuela del Instituto y ocupante de una parte de su local.

Por inercia, o tal vez por falta de arrestos para emprender una lucha con fines legítimos de emancipación, fué sometido este nuevo Reglamento al placet de la Excm. Diputación de la provincia, cuando ya el Instituto no era provincial y el personal técnico y de toda clase, se pagaba—desde 1887—con fondos del Estado exclusivamente. La Comisión permanente del organismo nombrado, conoció de la nueva norma y la aprobó, el día 9 de Mayo de 1924.

En tal Reglamento nuevo, promulgado por el Claustro, se abolicieron algunos preceptos del de 1883; otros fueron mantenidos y algunos modificados. Así por ejemplo, se restableció la Primera enseñanza en el internado, admitiéndose colegiales desde los siete años de edad, costumbre que aparecía consagrada en el Reglamento de 1869 y que en el de 1883 se había pasado en silencio; se suprimieron los exámenes sin efectos académicos; se atribuyó la misión

de admitir alumnos a la Junta de Profesores cuando siempre había sido prerrogativa del Director; se introdujo la nueva categoría de colegiales: los externos vigilados, asistentes a las Salas de estudio a mañana y tarde; se amplió el periodo lectivo del internado a los meses de verano, de modo voluntario y siendo potestativo residir del todo o asistir a las horas de trabajo; se encargó a los Catedráticos y al Capellán el cometido de sancionar las faltas que antes era exclusivo del Director, reservando a éste y al Claustro el de decretar expulsiones; se creó el servicio de inspección atribuyéndolo, por turno, al Profesorado del Instituto que voluntariamente quisiera tomarlo a su cargo, dando también parte en servicios auxiliares prestados en favor del Colegio a los empleados administrativos y hasta subalternos del Centro Oficial, trabajos de unos y otros, retribuidos, sin que, en la paga pudiera invertirse más de un pequeño tanto por ciento de los ingresos del internado; se previno la subordinación de éstos gastos a los de indispensables o convenientes mejoras en el local; se dejó a cargo de la Diputación el nombramiento de sacerdote para el puesto de Capellán; se señaló la edad mínima para ejercer el destino de Regente y se decretó la celebración de una junta periódica de los claustres del Instituto para deliberar sobre la marcha del Colegio.

En el aspecto educativo de los colegiales se prescribieron normas adecuadas de régimen interior y hasta se les impuso que habían de constituir un fondo al ingresar, para responder de daños hechos en el edificio, mobiliario o enseres de la Casa.

En lo económico, la reglamentación nueva, confirió al Claustro la facultad que antes fué solo del Director; la de redactar o formar el Presupuesto anual ordinario; y sostuvo la costumbre de consignar en norma aparte, es decir en Presupuesto extraordinario, los gastos de obras de reparación, conservación y mejora en edificio, muebles y menaje. Por fin, y como reminiscencia de aquel principio básico de los primeros tiempos del Instituto, por el que la Diputación se constituyera en superior autoridad del Colegio, ejerciendo sobre él y su hacienda función tutelar e impropia mediatización, este nuevo Reglamento de 1924 sostuvo, en el último de sus preceptos, que todo Diputado pudiera visitar la Casa, previo aviso de atención, tal vez para comprobar su funcionamiento... Esta subordinación tan extraña, cuando ya hacían

muchos años que el Instituto había dejado de ser provincial y por entero engranaba en el mecanismo del Estado docente, del que era nuestro Colegio una dependencia, no tenía explicación en 1924 ni en los años que le sucedieron hasta el de 1940. Era y siguió siendo el engarce en la Diputación, una traba para Directores y claustales que no podían disponer libremente de créditos sobrantes de su cuidadosa y parca gestión administrativa para invertirlos en mejoras y transformaciones exigidas por los tiempos.

Se sometió el Director Fernández García a la intervención inspectora del organismo político provincial, bien es cierto; pero vivió con él en tan buenas relaciones de cordialidad y compenetración y tan equidistante de azares políticos en los veinte años de su superiorato en el Colegio, que jamás tuvo tropiezo ni dificultad, ni obstáculo alguno, lo que le permitió, sin enajenar su iniciativa, realizar sus planes y consumir una gestión brillante, ejemplarmente honrada, eficaz y provechosa para el internado, dentro de los medios que supo obtener de su austera y larga etapa de gobierno.

Trajo la República al primer puesto de nuestra Casa de internos, y ello fué en Junio de 1931, a un cordobés apasionado por las cosas de la ciudad: a Don Antonio Jaén Morente, Catedrático de Historia, elocuente al escribirla y al cantarla. No se había educado en el Colegio, pero sentía por él incontenible fervor, y aún le hubiese gustado componer, de primer intento, sus *Éfemérides*, de haber contado con materiales en orden, con algún colaborador y con tiempo y paciencia para investigar. En sus libros, había dicho, más de una vez, «que en la historia de la cultura cordobesa era justo valorizar en mucho la aportación del Colegio anejo al Instituto»; y había ensalzado otras veces la belleza arquitectónica del edificio colegial, «regazo de otras épocas» y la singularidad notable de su capilla barroca, «bella como ninguna muestra del arte cordobés de principios del XVIII.»

No puede extrañar que el Director Jaén Morente, en cuanto arribó al cargo que ambicionaba, se sintiera entusiasmado y como fuera de sí al planear, con febril desazón y extremada urgencia, innovaciones y mudanzas.

Titulóse «Rector de la Asunción» desde el primer día, exhumando el vocablo de origen eclesiástico para ostentarlo sobre su

borase con él, en todos los menesteres del internado; en lo docente, como en lo administrativo; en el orden como en la vigilancia y disciplina. A diario, dos catedráticos asistían al Sr. Fernández García a la hora del ajuste de cuentas, como a la de tomar determinaciones y providencias para el mejor gobierno. Por turno desempeñaban todos y cada uno, la misión inspectora del régimen interior, que el Colegio les retribuía.

Otros decididos colaboradores tuvo este Jefe de la Asunción: fueron los Regentes. Sacerdotes dos de ellos, y uno más, seglar, titulados, casi por regla general, al frente de cada uno de los tres Estudios, había de continuo persona capaz de asesorar en sus dudas a internos y medio-pensionistas y de repasarles las lecciones de cátedra. En aquel plan de estudios oficiales de Bachillerato de tres asignaturas por curso y clases alternas de hora y media, sin tener que atender por separado a otro alumnado que al masculino, la tarea aleccionadora y educadora era fácil y fecunda. No necesitaban para el trabajo los colegiales otros auxilios que la paz silenciosa y el sosiego ante los libros, en los pupitres unipersonales, en las horas necesarias para preparar con holgura sus tareas diarias; y hacer constancia ante tales Regentes competentísimos de haber entendido la lección, o, de lo contrario, pedir a ellos aclaraciones y explicaciones sobre puntos dudosos o difíciles de comprender.

Hubo entre estos Regentes, nombres de sacerdotes cultos y de destacada vocación para el cometido difícil que se les atribuyó, como el Profesor de Letras López Morales, o como el virtuoso clérigo Muñoz Reja, encargado también de trabajos de Cátedra en la de Religión. Otros Regentes, seglares, unían a su misión en el Colegio, la competencia que les daba su Título de Licenciados en Letras o en Ciencias; y entre sus nombres, los de García Martínez, Marquez Alcalde o González Zapata.

Seguía presidiendo la formación espiritual de los internos, el empeño en hacer de ellos cumplidos caballeros y la práctica antigua de tenerlos alejados de los aires de la calle. Se depuraba a los criados; se vigilaba la entrada de periódicos, revistas y libros de entretenimiento; se normalizaban las visitas y las salidas y se exigía el traje de uniforme para presentarse cada domingo y día festivo en los paseos y lugares de concurrencia públicas en corporación y en ordenadas filas. No otra variante había tenido ese uniforme, y ello

fué hacia el año de 1905, que la sustitución de la levita—prenda que parecía anticuada—, por una americana de paño azul, como el del pantalón. Los mismos emblemas y los mismos galones dorados, que permitían identificar en todo momento al Caballero Colegial y aún seguir sus pasos a distancia por los Regentes que acompañándoles a los paseos, tenían la perenne misión de vigilarles.

Planes nuevos de la segunda enseñanza crearon las llamadas Permanencias o estudio vigilado, para los alumnos oficiales de todos los Institutos de España. En el de Córdoba no fué difícil el ensayo, merced a que disponía, como siempre, del Colegio de la Asunción, en cuyas Salas de estudio habían entonces holgadamente internos y externos. Así se hizo pero con desaparición automática de una arraigada costumbre: la incorporación a la vida colegial diurna de los medio-pensionistas. Desde aquellos días del año de 1924, la clase de medio-pupilos quedó extinguida en la Asunción. Para el alumno que vivía en Córdoba ofrecía más conveniencias y resultaba más económico inscribirse como interno vigilado, como asistente a las Permanencias y salir a su casa para hacer en familia la comida de mediodía.

Fué por esto preciso modificar el Reglamento de la antiquísima Corporación de estudiantes, considerada entonces, ya, para siempre, como hijuela del Instituto y ocupante de una parte de su local.

Por inercia, o tal vez por falta de arrestos para emprender una lucha con fines legítimos de emancipación, fué sometido este nuevo Reglamento al placet de la Excm. Diputación de la provincia, cuando ya el Instituto no era provincial y el personal técnico y de toda clase, se pagaba—desde 1887—con fondos del Estado exclusivamente. La Comisión permanente del organismo nombrado, conoció de la nueva norma y la aprobó, el día 9 de Mayo de 1924.

En tal Reglamento nuevo, promulgado por el Claustro, se abolieron algunos preceptos del de 1883; otros fueron mantenidos y algunos modificados. Así por ejemplo, se restableció la Primera enseñanza en el internado, admitiéndose colegiales desde los siete años de edad, costumbre que aparecía consagrada en el Reglamento de 1869 y que en el de 1883 se había pasado en silencio; se suprimieron los exámenes sin efectos académicos; se atribuyó la misión

de admitir alumnos a la Junta de Profesores cuando siempre había sido prerrogativa del Director; se introdujo la nueva categoría de colegiales: los externos vigilados, asistentes a las Salas de estudio a mañana y tarde; se amplió el período lectivo del internado a los meses de verano, de modo voluntario y siendo potestativo residir del todo o asistir a las horas de trabajo; se encargó a los Catedráticos y al Capellán el cometido de sancionar las faltas que antes era exclusivo del Director, reservando a éste y al Claustro el de decretar expulsiones; se creó el servicio de inspección atribuyéndolo, por turno, al Profesorado del Instituto que voluntariamente quisiera tomarlo a su cargo, dando también parte en servicios auxiliares prestados en favor del Colegio a los empleados administrativos y hasta subalternos del Centro Oficial, trabajos de unos y otros, retribuidos, sin que, en la paga pudiera invertirse más de un pequeño tanto por ciento de los ingresos del internado; se previno la subordinación de estos gastos a los de indispensables o convenientes mejoras en el local; se dejó a cargo de la Diputación el nombramiento de sacerdote para el puesto de Capellán; se señaló la edad mínima para ejercer el destino de Regente y se decretó la celebración de una junta periódica de los claustres del Instituto para deliberar sobre la marcha del Colegio.

En el aspecto educativo de los colegiales se prescribieron normas adecuadas de régimen interior y hasta se les impuso que habían de constituir un fondo al ingresar, para responder de daños hechos en el edificio, mobiliario o enseres de la Casa.

En lo económico, la reglamentación nueva, confirió al Claustro la facultad que antes fué solo del Director; la de redactar o formar el Presupuesto anual ordinario; y sostuvo la costumbre de consignar en norma aparte, es decir en Presupuesto extraordinario, los gastos de obras de reparación, conservación y mejora en edificio, muebles y menaje. Por fin, y como reminiscencia de aquel principio básico de los primeros tiempos del Instituto, por el que la Diputación se constituyera en superior autoridad del Colegio, ejerciendo sobre él y su hacienda función tutelar e impropia mediatización, este nuevo Reglamento de 1924 sostuvo, en el último de sus preceptos, que todo Diputado pudiera visitar la Casa, previo aviso de atención, tal vez para comprobar su funcionamiento... Esta subordinación tan extraña, cuando ya hacía

muchos años que el Instituto había dejado de ser provincial y por entero engranaba en el mecanismo del Estado docente, del que era nuestro Colegio una dependencia, no tenía explicación en 1924 ni en los años que le sucedieron hasta el de 1940. Era y siguió siendo el engarce en la Diputación, una traba para Directores y claustrales que no podían disponer libremente de créditos sobrantes de su cuidadosa y parca gestión administrativa para invertirlos en mejoras y transformaciones exigidas por los tiempos.

Se sometió el Director Fernández García a la intervención inspectora del organismo político provincial, bien es cierto; pero vivió con él en tan buenas relaciones de cordialidad y compenetración y tan equidistante de azares políticos en los veinte años de su superiorato en el Colegio, que jamás tuvo tropiezo ni dificultad, ni obstáculo alguno, lo que le permitió, sin enajenar su iniciativa, realizar sus planes y consumir una gestión brillante, ejemplarmente honrada, eficaz y provechosa para el internado, dentro de los medios que supo obtener de su austera y larga etapa de gobierno.

Trajo la República al primer puesto de nuestra Casa de internos, y ello fué en Junio de 1931, a un cordobés apasionado por las cosas de la ciudad: a Don Antonio Jaén Morente, Catedrático de Historia, elocuente al escribirla y al cantarla. No se había educado en el Colegio, pero sentía por él incontenible fervor, y aún le hubiese gustado componer, de primer intento, sus Efemérides, de haber contado con materiales en orden, con algún colaborador y con tiempo y paciencia para investigar. En sus libros, había dicho, más de una vez, «que en la historia de la cultura cordobesa era justo valorizar en mucho la aportación del Colegio anejo al Instituto»; y había ensalzado otras veces la belleza arquitectónica del edificio colegial, «regazo de otras épocas» y la singularidad notable de su capilla barroca, «bella como ninguna muestra del arte cordobés de principios del XVIII.»

No puede extrañar que el Director Jaén Morente, en cuanto arribó al cargo que ambicionaba, se sintiera entusiasmado y como fuera de sí al planear, con febril desazón y extremada urgencia, innovaciones y mudanzas.

Titulóse «Rector de la Asunción» desde el primer día, exhumando el vocablo de origen eclesiástico para ostentarlo sobre su

nombre, con arrogancia. Renunció a la vivienda que en el ángulo suroeste del inmueble, ocuparon de siempre, sus antecesores. Luchador político antiguo, creyendo un deber la colaboración intensa con el régimen republicano, entró vertiginosamente en la tarea innovadora por servir, como decía, «una exigencia de los tiempos nuevos».

De buena fe y poseído de acertar en todo, introdujo en el Colegio modificaciones materiales y de régimen. Con el producto de ciertos bienes en valores inmobiliarios que enajenó, hizo edificar un nuevo pabellón y una sala de estudios; mandó instalar duchas y bañeras en cuartos de aseo que nunca había tenido el internado; modificó el mobiliario de los dormitorios, mejorándolo, y amplió las terrazas para dar acceso a un ala de ellos. En el comedor todo lo transformó con ventaja: vistió mesas, puso flores en ellas, instaló un receptor de radio, mandó construir bancos cómodos y pavimentar con solerías limpias y pulidas. Acudió a resanar viejos muros ruinosos y dispuso en la cocina nuevas instalaciones cómodas y modernas.

Cambió la faz de los patios de juego antes terrizos y luego mejor solados; y en el régimen interior, creó el internado para Señoritas a cargo de una inspectora de orden y en departamento aislado; suprimió el uniforme de los colegiales varones; estableció la salida diaria del interno para hacer deportes y para asistir a espectáculos; dió verbenas y fiestas, algunas, en los días festivos, después de la Misa; introdujo enseñanzas de adorno, solfeo, piano, cantos regionales, etc., y quebró un precepto reglamentario que veía sostenido desde antiguo, reuniendo a los alumnos de distintas edades, cursos y departamentos en un solo patio de juego. Puso en uso la Sala Rectoral antes cerrada a piedra y lodo; dotó la clase de Música de instrumentos propios: piano, armonium; habilitó sala de recreos con mesa de billar y juego de ajedrez, e implantó, en fin, otras novedades más, en favor de los colegiales; amén de las muchas innovaciones y mejoras materiales que dejó hechas en el Instituto; desde Cátedras de Lenguas Orientales, hasta un cuadro escénico para que representara obras clásicas.

Algunas de las determinaciones del Director Jaén Morente, con ser todas inspiradas en el mejor deseo de acierto y con orientarse hacia el engrandecimiento de la Casa colegiada, dieron re-

sultados distintos a los apetecidos: La admisión de señoritas al internado, por ejemplo, pugnaba con las costumbres locales, y, lejos de ser bien recibida, no alcanzó el alumnado número superior a seis, descendiendo rápidamente, en vez de aumentar como el innovador esperaba. Los organismos antiguos con raíces hondas de tradición, rechazan ciertos inventos. Jaén, hombre político desde la juventud, creía su obligación poner en práctica, entre otras renovaciones sensacionales en enseñanza, el laicismo y la coeducación; y al implantar lo primero y fomentar lo segundo abriendo el internado al discipulado femenino, erró en los ensayos, por cuanto aquello era tanto como desviar de su trayectoria de siglos al Colegio, que, el Estado, laico y coeducador, había puesto en sus manos. Fortuna, que prontamente rectificaba: en cuanto se convencía del mal resultado de las innovaciones. Se le vió virar en más de una ocasión cambiando de rumbo ante los frutos de la experiencia, y para quien quisiere comprobarlo, bastará la lectura de un informe que dirigió al Ministerio de Instrucción Pública y que anda impreso, dándole cuenta de las mutaciones que había hecho en la vida de los colegiales y de las reformas y mejoras que en la Casa de internos tenía ya consumadas en poco más de un año de Rectorado, con actividad y diligencia nunca vistas; y la comparación de lo que en esta Memoria dijo, con el contenido de un folleto de propaganda que firmó y editó el mismo año y en el que aparecen, mejor templadas ya, sus propias determinaciones.

De lo que no puede dudarse, aparte la mayor o menor valoración de estas actividades derrochadas por el Director-Rector en punto al engrandecimiento material del Colegio, es de que Jaén Morente fué el primero que logró mover la voluntad ministerial en ayuda del mismo; o lo que es igual: que si nunca antes de aquellos días se había dado por entendido el Estado español de que en Córdoba había una institución, con fama bien ganada de siglos, que servía de complemento a la enseñanza oficial del Bachillerato, obra que no podía mejorarse ni adelantar un paso porque no se nutría sino de sus propios ingresos y ninguna gabela disfrutaba del Poder Central ni de los organismos provincial ni local, desde 1932 se inició un reconocimiento del Gobierno a la utilidad del internado del Instituto, ante las peticiones vibrantes de Jaén Morente que vinieron a dar por primer resultado práctico, la compra con dinero del

Erario nacional de una casa muy cercana, aunque no contigua, al edificio colegial, que, aprovechada de momento para instalar, mejor o peor adaptada, la Escuela primaria que casi siempre tuvo abierta este Centro docente Medio, iba a servir más tarde de punto de partida para la renovación total y el embellecimiento y mejora definitivos del viejo Colegio que nos ocupa.

Las ausencias de Jaén Morente, del cargo rectoral, pusieron al catedrático Vice-Director, D. Perfecto García Conejero en ocasiones repetidas y dilatadas de gobernar el Colegio de la Asunción. A este Maestro en Filosofía, estaba, por lo visto, providencialmente reservada la intensa y fecunda misión de transformar el Centro educador; y para devolverlo a Córdoba renovado, dijérase que lo tomó en sus manos, que lo apretó contra su corazón y que lo retuvo acariciándolo, hasta ver el milagro realizado.

El renuevo de la centenaria casa famosa, no podía ser obra de la celeridad, ni se había de intentar siquiera, dentro de la férrea norma económica que regulaba su vida estrecha. En los años que duró la Cruzada Nacional, 1936 a 39, no fué oportuno poner en planta tareas de mejora, ni pudo disponerse libremente del edificio, que estuvo afecto a otros menesteres castrenses por fuerza de los hechos, y en algún caso, considerado como de utilidad para el aumento, si la urgencia y las circunstancias lo reclamaban, de la capacidad hospitalaria de Córdoba. Sin embargo, en momentos tan difíciles, fué cuando García Conejero vislumbró soluciones prácticas para salvar el cumplimiento de los fines del internado y satisfacer definitivamente sus necesidades. La vida de un Centro, como la de las instituciones que son sus aldeaños, depende siempre del concepto del deber y de la responsabilidad, de quien tenga que ejercer su dirección; y García Conejero, hombre de toga y hombre que enseña deberes a los futuros ciudadanos, vivió y vive desvividado por el Colegio y por el Instituto desde que el Estado lo señaló para el mando certero de estos singulares Establecimientos de la docencia española, en los que la persistencia secular bajo el mismo techo, da un tinte particularísimo al conjunto, especial y distinto de los demás Centros homólogos del país. Podría afirmarse que al Director sólo, debióse el acierto al sostener, en ese lapso difícil, el Instituto y su Casa de internos, pues que, en los cuatro años, apenas

pudo contar con otras colaboraciones que la de un Catedrático numerario, otro encargado de curso y dos o tres Profesores Auxiliares, toda vez que el resto de su senado había quedado disperso al producirse la guerra civil en vacaciones estivales y sorprender, a casi todos los claustrales, en la otra zona.

Llegó el año de 1940. La paz había renacido en el ambiente local y comarcal. El Colegio de la Asunción veía concluir un curso más, y notaba que para atemperarse a las exigencias de los tiempos era necesaria una honda renovación. ¿Quién sería capaz de darle lo que necesitaba y con qué medios materiales?

Entonces García Conejero que hacía muchos años venía analizando calladamente las soluciones del problema, emprendió, con tesón no igualado, un trabajo penoso, una labor, sin colaboraciones, incesante: la de derivar la atención del Estado nuevo, tan recargado de preocupaciones y premioso de recursos, hacia el Instituto y hacia el Colegio a un tiempo; la de obtener la más decidida protección oficial para los legítimos intereses de uno y otro, que en definitiva son unos mismos: la de hacer el prodigio de que la Obra de López de Alba, sin perder su sabor antiguo ni su autonomía fundacional, antes bien aprovechando la rica solera de su tradicional prestigio, recibiese la caricia del Poder central y con ella la ayuda necesaria para la restauración y ampliación de su cuerpo material y el influjo beneficioso determinante de su merecido engrandecimiento.

Este Director que, sin proponérselo, ha pasado a puesto de honor entre los benefactores del Colegio forjado por los siglos, sacrificó medro personal y conveniencias propias al utilizar influencia, amistades y renombre dentro de la docencia española, en la gran tarea del remozamiento completo del viejo solar de la cultura cordobesa; y, después de laboriosas gestiones, nunca tan bien loadas como merecen, obtener del Ministro de Educación gran amigo de nuestra ciudad, D. José Ibáñez Martín, una Orden fechada a 26 de Junio de 1940, por la que el Colegio de Nuestra Señora de la Asunción de Córdoba quedaba subordinado en absoluto a la Dirección del Instituto, con el que convivía, reconociendo tal proveído ministerial, —remate de un voluminoso expediente incoado por García Conejero—, que este Colegio, al que, por la inercia, se



EL EXCMO. SR. D. JOSÉ IBÁÑEZ MARTÍN
Ministro de Educación

que por simpatía y espontáneamente ha derramado a manos llenas sobre la Casa de López de Alba cuanto fué preciso para tornarla en lujoso internado del Instituto, Residencia de estudiantes modelo de su clase en el país...

llamaba aún «Real» en la páginas del Boletín Oficial del Estado, era institución prestigiosa en el tiempo y que había intensificado, a la sazón, su vida docente, de manera extraordinaria, en lo que se fundaba el designio de que pasase a depender, —sin pérdida ni merma para sus intereses peculiares de su facultad de regirse a sí mismo—, de la Dirección del Instituto de Córdoba a los efectos académicos y administrativos, conforme a las disposiciones vigentes.

No tardó en florecer la siembra y la labor de García Conejero. En el Consejo de Ministros celebrado el 5 de Septiembre siguiente, fué aprobado un proyecto de obras en nuestro Instituto, comprendida en esta denominación, como es natural, a su internado «el de gloriosa tradición docente, el más antiguo de España, el que supo sobrevivir a las mayores vicisitudes del tiempo»...

La Casa que se fundó para teólogos, la que cambió su misión de Seminario por la de Colegio de Humanidades, primero, y por la de Instituto luego, iba por fin a ser objeto de merecida atención. El Estado mismo, iba a emprender en ella mejoras necesarias, modificación definitiva, adecuada adaptación a las exigencias de los tiempos. He aquí los planes de García Conejero, puestos en movimiento sin perder día. Venía él, acariciando el propósito de tomar una larga faja del costado Norte del jardín para edificar tres plantas que pudieran traer al Instituto y al Colegio el aumento deseado de sus áreas respectivas; pero, prontamente rectificó, por no mermar la amplitud del pulmón que dá un gran cubo atmosférico a la Casa. Y pensó el Director, que el problema de espacio edificable habría de resolverse con nuevas adquisiciones de terrenos. A derecha y a izquierda del inmueble adquirido por el Estado en 1932, se compró en inmejorables condiciones para el Colegio y con los ahorros que éste había obtenido de su estrecho presupuesto durante los años 39 y 40, una finca mucho tiempo cerrada y descuidada por sus dueños. Anexionada esta casa por Levante, fué por el Estado también adquirido un magnífico solar por el rumbo de Poniente; más cediendo una callejuela antigua, que sólo en servicio del Colegio se había conservado dos siglos y que era la entrada de su puerta falsa, con todo ello quedó preparado el plano completo y amplísimo de ensanche racional del edificio hacia la calle nombrada de Alfonso XIII. El Estado, mediante la entrega de este extenso y va-

jioso solar, se entendió obligado a aportar los medios necesarios para que el Establecimiento donde varones y hembras cursan la Enseñanza Media Oficial en Córdoba, tuviese, sobre todo en provecho de los primeros, un internado modelo, hogar del alumno y retablo de su formación religiosa, moral, intelectual, política, física y social.

En fin de Octubre del propio año de 1940, se legislaba sobre internados de los Institutos de Enseñanza Media, y en 27 de Noviembre, es decir, días después, otra Orden ministerial fué puesta en manos de García Conejero aprobando sin reservas las bases que el catedrático y Director había presentado a la superioridad, para el régimen interior de nuestro famoso Colegio.

Ya en la primera de estas bases se consagró y se afitzó el tono religioso que mantuvo cuatro siglos casi, la fundación inspirada por el Beato Juan de Avila: «Diariamente los alumnos iniciarán sus tareas, oyendo Misa y haciendo oración y las cerrarán con el rezo del Santo Rosario»...

Hoy lo mismo que ayer. La palabra del Ministro Ibáñez Martín, en las páginas del Boletín del Estado, parece un eco de los designios del Doctor Pedro López... ¿Qué son trescientos setenta años, para las obras inspiradas por Dios, y, como El, eternas?

Incesante la actuación provechosa de este Director de que se viene hablando, lleva invertido más de un lustro en allanar dificultades, solicitar créditos, estudiar las ventajas de las adquisiciones de materiales para la obra, como de mobiliario y enseres hasta conseguir plenamente que la reforma de lo antiguo, sea total y perfecta. Los aciertos del arquitecto del Ministerio de Educación que actúa en esta Zona: (cordobés por derecho de conquista): D. Félix Hernández Jiménez, y los desvelos de García Conejero, que acertó a derivar la máxima protección oficial que pudiera soñarse para nuestro Instituto y su Casa de internos, dieron, a estas horas, el resultado apetecido y Córdoba cuenta ya, en lo que hace a lo material, con un suntuoso edificio de nueva planta, sobre un suelo que mide más de 950 metros cuadrados, en cuya área se han levantado cuatro pisos, superficie a la que habrá que sumar 2.100 metros cuadrados que mide la reforma interior de lo viejo, de la construcción antigua, repartida en tres plantas. En el sector de lo nuevo, han quedado perfectamente instaladas y amuebladas las dependen-

cias para los internos: alegres dormitorios, salón de visitas, aposentos reservados para huéspedes de honor, Secretaría y administración del Colegio, oficina y habitaciones para el Mayordomo, clínicas médica y dental, Rayos X, enfermería, cámara frigorífica, cocina y los anejos que la cocina necesita, los servicios de lencería, cuartos de dormir y de aseo para la servidumbre, amplísimas terrazas y azoteas, etc.

En la zona reformada, un gran patio bellissimo, de arte cordobés y proporciones de extraordinaria amplitud; el Gran Comedor con su «office»; la sala de recreos y su biblioteca para el esparcimiento de los colegiales; el Salón de Actos, dotado de escenario con foso y de cabina para proyecciones de cinematografía: además de otras estancias para los restantes menesteres y comodidades de la Casa, pregonan, a los ojos, hasta de los menos iniciados en progresos de la arquitectura y en inspiración artística del mobiliario y de la decoración, que la tarea reformadora del Colegio ha tenido audacias en el orden arquitectónico, aciertos insuperables en el estético y un derroche de buen gusto y de sano interés por su engrandecimiento: patrióticos, empeños, que dejaron consagrada para siempre en la ciudad y su comarca, la figura y el nombre de este Director, cuarto en la cronología de los que, en lo que va de siglo—media vida de la vida del Instituto—, se han sacrificado por nuestro famoso internado.

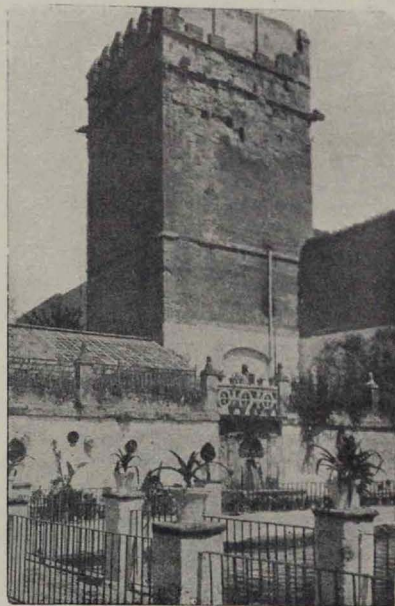
Pero hubo más, en esta Edad Contemporánea del Colegio y dentro de ella, en la época en que lo va gobernando García Conejero. La Capilla, de imponderable belleza, de nuestra Casa, mereció, al cabo de dos siglos de estar en pie, una caricia por parte de los que lo renovaban todo. Se dotó de joyas de orfebrería para el servicio del altar, de vidrieras artísticas más ricas e historiadas que las que cerraban sus vanos y de un mobiliario de valiente talla sobre maderas nobles.

Porque los patios de recreo, con ser amplios, no miden la superficie suficiente para los modernos deportes, ni aún siquiera para los metódicos ejercicios corporales que prescribe el plan de estudios, el Colegio pidió y obtuvo para sí y para el Instituto una galana muestra más, de aprecio por parte del Estado, un «campo de deportes». Y el Estado, ante lo justificado de la demanda y aprove-

chando las circunstancias favorabilísimas en que se le ofrecían en venta los Jardines y Huerta que fueron del Alcázar de los Califas, los adquirió y los dió a nuestra institución escolar con ánimo de que, de sus 38.000 metros cuadrados, de su agua abundante, de sus 4.000 árboles plantados y de sus pensiles de flores, se obtenga el Campo soñado para los ejercicios gimnásticos de nuestros colegiales, y, por añadidura, pueda lograrse una obra de jardinería, en que árboles y flores se miran en las láminas de agua de múltiples estanques, que será tanto como devolver su belleza al paraje histórico que hoy es libro abierto para los que saben evocar el pasado y mañana puede ser y será de seguro uno de los monumentos de Córdoba preferido por los visitantes nacionales y extranjeros que busquen, dentro de muros y a orillas del Guadalquivir, una bella estampa medioeval de los días califales.

Tal es el «haber» que habrá que reconocer en el andar del tiempo, y ya desde ahora, al Director García Conejero, el gran gestor y procurador, el ejecutor verdadero de la restauración de nuestro Colegio. De cierto, que la atención que para él mereció en cinco o seis años la obra de mejora del edificio, no le mermó arrestos para el gobierno interior de la Casa de internos. Tal fué su interés por ella, que para procurar el bienestar de los colegiales a los que García Conejero cuida, vigila y defiende como a hijos propios, se impuso este Jefe sobre las laboriosas tareas aludidas, preocupaciones sin cuento, encaminadas a resolver dificultades de aprovisionamiento que la realidad plantea.

[Bien ha sabido el ilustre regidor actual del que fué Real Colegio, mantener los prestigios de esta comunidad de niños y de jóvenes seculares, usufructuarios, después de trescientos y tantos años, de la Casa de estudios y de educación, que es todavía arca de sándalo donde se aspira el perfume de santidad que aún se busca y se encuentra en los hechos de la vida mística y ascética de Juan de Avila, como en la generosidad evangélica del caballero español, figura del Imperio, del Doctor Magnífico Don Pedro López de Albal]



Un torreón del Alcázar cristiano, libro abierto, de Historia desde los días de Don Alfonso Onceno, sombrea el paraje donde los colegiales de la Asunción, ballarán su campo de juegos y deportes.

Capítulo X

Los nombres preclaros: (Maestros, discípulos y favorecedores) ❧ ❧



A «Galería» de retratos que decora la Sala Rectoral del Colegio de la Asunción, dice, a voces, que han logrado notoria supervivencia aquellos personajes retratados, y otros más que allí enseñaron o aprendieron, educaron o fueron educados, como los que por favorecer o amparar la Institución de algún modo, acertaron a salvar sus nombres del olvido, insertándolos en los anales de la Casa docta.

Están en la aludida colección pictórica representadas, ciertas figuras próceres que con el Colegio tuvieron conjunción en el tiempo, para estimular a los sucesores a imitar las virtudes de sus antepasados. Aquel es el monumento levantado en honor de Córdoba y de las Letras, por la continuada actividad y celo de los que oyeron

al Beato Ávila y al secundar su consejo, favorecieron la formación, para misioneros y maestros de sacerdotes, doctos y virtuosos; la lección de acierto y de caridad de los que, en remotos días vincularon sus bienes con fines de provechoso apoyo, a estudiantes sin recursos; el ejemplo, digno de imitadores, dado de continuo desde la quietud imperturbable de unos lienzos pintados y de unos rútilos expresivos, por los que de niños estudiaron en aquellas estancias, y, de mayores acertaron a dar honra a sus propios nombres y decoro a los de sus aleccionadores.

No será empresa fácil y libre de omisiones injustas, la de catalogar, una por una, las biografías de tanto personaje de los que, entre cinco mil que cruzaron por la larga historia del Colegio, se hicieran, por sus hechos, merecedores de pública conmemoración, capaz de mover a quien leyere, a imitar su conducta y a seguir sus pasos y virtudes. Bastará para que sirva de espejo a las generaciones de colegiales que se sucedan en el disfrute de la Obra del Doctor Pedro López, a los que van heredando los puestos de los que acertaron a immortalizarse, que rememoremos en estas páginas, término de nuestra sencilla tarea de historiar, a algunos de los Maestros y de los Rectores, buscados entre los muchos de los hombres prudentes y sabios que han tenido a su cargo la gobernación de esta nave y han sabido llevarla a puerto seguro en el bogar incesante de varios siglos de vicisitudes. Será suficiente la evocación de nombres de discípulos, que llegados un día, chichuelos y medrosos, toscos y encogidos, a las puertas de la Asunción, allí vivieron engolfados en el estudio y en las prácticas piadosas, hasta convertirse, unas veces, en sacerdotes cuya fe era tan firme que no pudo serle arrancada ni aún después de coronar su cabeza con las rosas purpúreas del martirio; y otras, en personajes civiles ilustrados y discretos que subieron por sus méritos a los más altos cargos nacionales desde donde dieron lustre a Córdoba y al Colegio que los formó. No tendrá que apurarse la lista refulgente de los favorecedores abnegados de nuestra Casa de estudios, lista que abre el nombre del Físico del César Carlos y cierra, por hoy, el del Catedrático-Ministro de Educación Nacional; bastará con presentar algunos de los que se sintieron instrumento de la providencia de Dios al derramar beneficios sobre este Colegio nuestro que había de devolverlos en forma de lauros, de triunfos y de buena fama, ga-

nada por sus hijos; con dibujar la silueta de alguno de esos generosos benefactores, ya que antes quedó plenamente acreditado el influjo de tantos procederes de munificencia ejemplar, en la eficacia de una Obra pía, de continuidad tan dilatada.

Forzoso es, para cualquiera que trace la página evocadora, comenzarla por los que al dirigir o al enseñar a los colegiales de la Asunción ganaron renombre, fama perdurable de virtuosos, de sabios o de prudentes.

Nadie puede negar el primer puesto, junto a la figura del Beato Ávila, ya aureolada con claridades de cielo, a la del Doctor Pedro López, quien, si no enseñó disciplina alguna ni cultivó directamente los entendimientos de los muchachos, por él aposentados en su casa, no tuvo quien le pudiera aventajar, ni entonces ni luego, en el insuperable magisterio de su caridad ardiente derrochada al fundar y dotar su Colegio, al desposeerse de cuanto tenía, para erigirlo, y al poner en el surco la simiente de una institución que había de florecer, triunfante de la inconstancia de los hombres y de los vaivenes de los tiempos.

Tampoco puede disputarse el segundo lugar en esta edificente jerarquía de claros varones, al clérigo-presbítero Pedro de Bujeda, exacto cumplidor de la voluntad de López de Alba y el más caracterizado continuador de su persona, figura señera entre los que en pos de aquél supieron interpretar fidelísimamente la idea, que, en principio, había sido, como de sobra sabemos, inspirada por un Santo. Bujeda sacrificó su vida entera al Colegio, lo gobernó discreta y acertadamente y sacó bonísimos discípulos. Los Rectores que le sucedieron, elegidos, en todo caso, entre clérigos de virtud excepcional, siguieron con paso seguro la trayectoria que Bujeda había emprendido y como él, no cifraron su misión en la Casa a gobernarla y administrar sus rentas, aquilatar sus gastos y velar por el cumplimiento de las cargas espirituales impuestas por quienes la dieron sus caudales, sino que tomaron para sí obligaciones mucho más altas y trascendentes: cultivar las almas de aquellos estudiantes,—pocos en número al principio,—que se templaban en la fragua de la piedad para subir dignamente al Altar; preparar la fortaleza de los espíritus de los que, plenos de vocación probada, se disponían a abrazar el sacerdocio de Cristo.

Destacan,—según se vió—, en la cronología de los Rectores antiguos de la Asunción, nombres inolvidables: *Pedro de Avila*, sacerdote de muchas letras y más virtud, que gobernó seis años con prudencia y celo, muy a satisfacción de los Jesuitas, quienes para el alto puesto lo habían designado, escogiéndolo, como sabemos, de entre todos los clérigos seculares de la ciudad; *Alonso Rodríguez*, el presbítero cuidadoso que pasó veinticinco años ocupado en la recta inversión de los caudales de la Casa de López, supliendo de los suyos muchas veces, con tal de mejorarla materialmente, y haciendo en ella obras de edificación, de las que todavía, y van pasados tres siglos, queda expresiva huella; y *Don Gaspar de Pineda*, vástago de la nobleza cordobesa, el colegial antiguo enamorado de su *Colegio* y reconocido a la educación de que le era deudor, que emprendió la obra de la capilla y donde quiso ser sepultado a su muerte.

De los sabios maestros de la Compañía de Jesús, que enseñaban en las aulas de Santa Catalina a nuestros manteistas y colegiales de la Asunción, habrá que destacar por que no sea el recuento demasiado largo, a dos o tres preclaros, como *Martin de Roa*, el Padre Roa, gran cordobés, gran escritor, gran averiguador de antigüedades que escribe de las de Córdoba, de las de Jerez, de Málaga y de Ecija; que es doctísimo humanista y de los mejores hablistas castellanos, que en el Colegio de Santa Catalina enseña muchos años y que para el nuestro de la Asunción es,—dígase en frase de Jaén Morente—«el espíritu animador, el verdadero Rector».

Otro nombre célebre, es el del *Padre Juan de Santiago, S. J.*, maestro de Retórica, primer Rector Jesuita del Colegio de López de Alba. ¿Qué merecimientos, qué virtudes propias no descubriría este hombre humilde, sin proponérselo, a los ojos de toda la ciudad, cuando el Ayuntamiento tiene, hoy todavía, desde el año de 1762, a honor preciadísimo, el de guardar con veneración, a nombre de los vecinos, la llave de su ataúd?

Y otro más, que sobresalía en los años en que la ínclita Compañía llevó las riendas del régimen colegial: el del *P. Lope Luis de Altamirano*. En los tiempos que median desde que los jesuitas se encargan plenamente de la Asunción para enseñar y educar a sus alumnos, hasta el Extrañamiento, llena él, como quedó dicho, con su actividad, con sus iniciativas felices y sus talentos, un período de gran prosperidad.

Del magisterio insuperable ejercido por los jesuitas durante ciento cincuenta años en Santa Catalina y cuarenta después dentro de la Casa, cuando nuestros colegiales, los Seminaristas de la beca encarnada, iban en caminos de Humanidades, de Filosofía y de Teología, quedó prueba palmaria en la calidad y excelencia de los discípulos que sacaron. Registradas están vidas y hechos de once jerarcas de la Iglesia Católica en las Españas; de noventa personajes que brillaron con luz propia en los Cabildos eclesiásticos de las Catedrales que se alzan del uno al otro confin de la Península, vencedores siempre en lides de inteligencia; de numerosos miembros de uno y otro Clero que se hicieron famosos y de los que aún se conserva memoria; y por fin, de no pocos hombre seculares, que ganaron preeminencia en puestos y en honores, entre sus contemporáneos, hechura del Colegio de la Asunción en los tiempos en que, en sus aulas o en las de Santa Catalina, instruyó y educó a tal discípulo una Congregación religiosa creada por su patriarca el Capitán Iñigo de Recalde, para propagar la fe en la redondez de la Tierra, alimentando a la juventud de todos los tiempos y latitudes con la más sana y santa educación.

Corrió el calendario. Entre los maestros del siglo pasado, ocupó destacado puesto un sacerdote secular de gran mérito. Se llamaba, fácil será recordarlo, *Don José de Hoyos de Noriega y Rubín de Celis*. Su vida, como hemos visto, va entretrejida con los momentos más difíciles de la vida de su *Colegio*. En él estudió de niño y de joven, traído a Córdoba, desde el lugar de su nacimiento en el Valle de Deba, en Noriega, Obispado de Oviedo. Tras de su época de colegial, siguió en la Casa como catedrático y, después como Rector. Varias veces ocupó la Jefatura. Nadie se sacrificó tanto por la Asunción como este docto clérigo; ninguno de sus Rectores vivió en el cargo momentos más comprometidos y difíciles, ni soportó más crueles flagelaciones de la injusticia, que este sacerdote, celosísimo de la ilustración de la juventud cordobesa, que vió pasar treinta y cinco años en nuestro Colegio cuando éste pertenecía al Real Patronato o se intitulaba Real de Humanidades.

Dos figuras más, que bien merecen justo enaltecimiento, son las de los sucesivos ocupantes de la dirección de la renombrada Casa: *Don Juan Antonio de la Corte y Ruano* y *Don José Muntada y Andrade*. Ambos, como se vió capítulos atrás, dejaron una

estela luminosa de hechos, cadena de aciertos en el mando, que para ellos reclama todavía, y muy en especial para el primero, admiración y gratitud, imitación de sus conductas para con el Colegio y los colegiales.

Estos nombres sobresalientes, como los de los demás Maestros que, desde su posición de claustrales del Instituto, o desde la dirección del internado u otras funciones ejercidas en provecho de éste, han conservado el brillo de su fama, deberían un día ser escritos en medallones que ilustraran los muros interiores del centenari edificio para que alcanzasen virtualidad de ejemplo. Leyéndolos, bien pudiera ese día repetirse aquello que dijo un gran hablista contemporáneo: «Escucha la voz de los muertos; mira que es, enseñanza y ley de los vivos».

¿Discípulos famosos?

La lista de honor, sería larga, casi interminable. En copiosa documentación del Colegio, escrita e impresa, se hizo varias veces el recuento y dió cifras muy altas a la estadística de los destacados; de la que correspondía a los tiempos en que la Asunción fué Seminario de teólogos, la realidad más honrosa.

Once colegiales de los allí formados,—según anticipamos líneas arriba—, merecieron ser consagrados Obispos y Arzobispos para las distintas Sillas y Diócesis de España o de sus Indias: *Don Martín de Azcargota*, cordobés, que después de ejercer el alto ministerio episcopal en la Sede salmantiense pasó a ocupar el Arzobispado de Granada; *Don Juan de Porras Atienza*, nacido en Cábrera, en nuestro territorio comarcal, que con el bagaje de ciencia que le dió nuestro Colegio ganó las Magistralías de Coria y de Cádiz respectivamente, y fué promovido luego a las sillas de Ceuta primero y a la propia Cauriense más tarde, mereciendo por fin la elección para una Metropolitana. Ejerció el Vicariato General de la Armada; *Don Juan Gabriel Pérez de la Concha e Illescas*, hijo de Andújar (Jaén), canónigo Magistral de la Catedral gaditana, y por fin en América Obispo de La Paz; *Don José de Toro*, nacido en Aguilar de la Frontera, y mitrado, que ejerció su poder espiritual sobre los diocesanos de Oviedo hacia el 1713; *Don Bartolomé Ximénez*, de Bujalance, Magistral en los Cabildos de Córdoba y de Toledo, y después electo Obispo de Tuy; *Don Bartolomé Camacho*

Madueño, montoreño, que de Canónigo Lectoral de Palencia, subió a las cumbres de la jerarquía de la Iglesia, a la Silla de Tortosa; *Don José Escalzo y Miguel*, que nacido en un lugar de Navarra, y educado en Córdoba, fué colegial destacado de la Asunción y gran Obispo de Cádiz, a cuyo Seminario dió Estatutos acaso inspirados en el régimen del Colegio eclesiástico donde él se había formado; *Don Juan de Lara*, bursabolitano, cura en Madrid y consultado para honrarle con la distinción episcopal; *Don Fray Juan de Almodovar*, cordobés, Trinitario, Provincial de su Orden, eminente figura de la Iglesia y del Estado. Fué miembro del Consejo de S. M. Felipe IV, Obispo de Arequipa y Arzobispo de Lima, Virrey y Capitán General del Perú; *Don Miguel Piédrola y Benavides*, de Andújar, que después de ocupar canongía en la Iglesia Mayor de Badajoz, fué creado Obispo de Cartagena de Indias; y *Don Juan Santiago*, de Palma del Río, que también pasó por el coro de Badajoz, tuvo silla en él como Magistral, y ascendió luego a la Sede de Guadalajara, de México, primero, y a la de San Juan de Puerto Rico, luego.

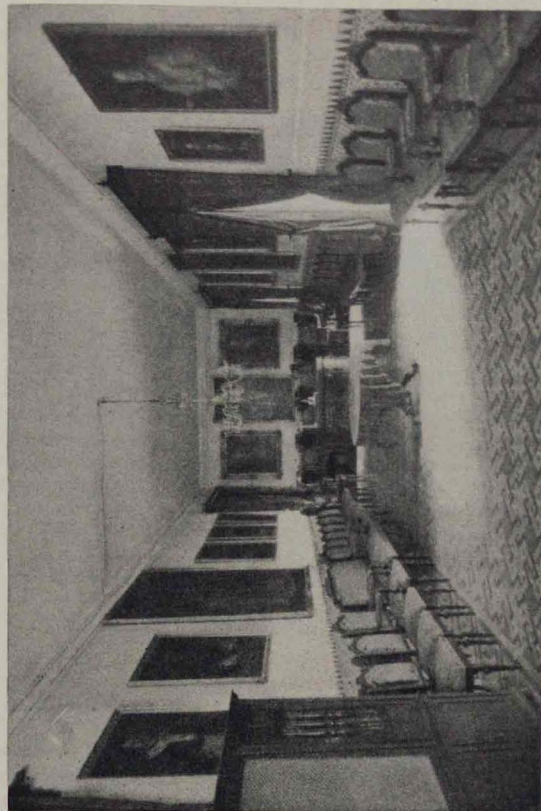
Veinte y más alumnos, signados con la beca encarnada, que bebieron piedad y ciencia teológica a los pies de la Virgen de la Asunción, subieron más tarde a muy altos puestos en los cleros catedrales, probados antes sus talentos para ganar distintos beneficios eclesiásticos. Antiguos alumnos internos de nuestro Colegio fueron, entre otros los Prebendados de la Iglesia Mayor de Córdoba *Don Juan Navas*, Tesorero en el Cabildo; los Chantres *Don Juan* y *Don Sebastián Arias*, el Maestrescuela *Don José de Navas*; el Arcediano de Pedroche *Don José de Medina Ayuda* y *Corella*, inolvidable fundador con sus caudales del Benéfico Monte de Piedad, fuente de caridad para los pobres de Córdoba que mana abundante al cabo de dos siglos largos; y Canónigos, también de la Iglesia cordubense *Don Juan de la Cruz Ximena*, *Don Iñigo Morillo*, *Don Diego* y *Don Francisco Savariego*, *Don Cristóbal Godoy*, *Don Diego Franco Alarcón*, *Don José Francisco Camacho* o *Don José Meléndez Fernández*, estos dos últimos en la Real Colegiata de San Hipólito.

Prueba clarísima de la excelente preparación Teológica, Patristica y Oratoria que se daba en las aulas de Santa Catalina y de la Asunción, el número de Canongías Magistrales servidas por sacer-

dotes en nuestro Colegio formados. La Magistrálía de Sevilla, vió pasar por tan especializado oficio a *Don Alonso Reinose* colegial nuestro que había sido Deán de la Colegiata de Osuna; la de Málaga a *Don Juan Portillo*, a *Don Lorenzo Villa*, Chantre luego, y a *Don Gaspar de Hoyos*; la de Cádiz, a *Don Francisco Larramendi*; la de Sigüenza a *Don Diego Jiménez*, la de Plasencia a *Don Joaquín Vejinez*, y, a este mismo sacerdote y a *Don Roque Amaya*, la de Orense. Fueron Canónigos Magistrales de Baza, *Don Juan de Rocha* y *Mójica* y *Don Pedro Carrillo*, y de Almería *Don Pedro Lara de Mendoza*, de Orihuela *Don Juan de la Yedra*, de Guadix *Don Baltasar Vargas* y de Ubeda *Don Gregorio González de Beltranilla*. Todos salidos de la Asunción de Córdoba para tales cargos y para otros que ejercieron en Catedrales antes o después de ocupar las prebendas Magistrales. Más y más clérigos notables dió nuestro Colegio a las Iglesias españolas y americanas. Deben mentarse éstos entre otros: a la Catedral de Cádiz, dió su Penitenciario *Don Juan Durán*, y su Canónigo *Don Pedro Lainez*; a la de Jaén; a *Don Juan Macias*, Canónigo y a *Don Servando Rojo*, Tesorero; a la de Badajoz, a *Don Diego Notario*; a la de Orense, al Canónigo y Deán *Don Juan de Porras*, lucentino; a la de Plasencia, al Lectoral *Don Cristóbal Jurado*; a la de Tuy, a *Don Pedro Villavicencio*, Canónigo; a la de Cartagena, al Penitenciario *Don Francisco Sánchez Prieto*; y a la de Sigüenza, como Doctoral y a la de Sevilla en la Canongía Penitenciaria, a *Don José Moreno Leiva*. Fué a Lima a ocupar la primera Silla «post pontificalem» el colegial cordobés *Don Cristóbal Morales*; el Doctor *Don Pedro Beloso*, ocupó cargo de Vicario General en este Obispado cordubense y en la Abadía de Alcalá, y *Don Diego de Córdoba*, rigió certeramente la Casa de Venerables Sacerdotes de Sevilla.

Cincuenta veces más se abrieron, de par en par, las puertas de Catedrales, Colegiatas y Universidades, para dar paso a sacerdotes que merecían la preciada distinción de alcanzar un puesto en tales colectividades porque, de muchachos, habían seguido caminos de virtud y letras bajo las bóvedas de nuestra insigne y prestigiosa clausura colegial.

En las instituciones del clero, como en las jerarquías altas de la vida civil, abundan las biografías de hombres notables que comienzan, de seguro, con noticias extraídas del «Libro Verde»



La «Galería de Retratos» que decora la Sala Rectoral del Colegio de la Asunción

del Colegio de la Asunción, libro que no hemos visto, pero que sabemos que era el Registro, por fechas, de las de entrada y las de despedida de los alumnos en sus aulas.

Cuarenta y tantos nombres hemos clasificado sacándolos de datos sueltos, que corresponden a estudiantes de nuestra famosa Casa-Seminario, que en vida ocuparon puestos de distinción en los Colegios Mayores, en el de Cuenca principalmente, y que se hicieron ilustres por aprovechados y competentes. Cuarenta y ocho religiosos del clero regular, pueden contarse, sin apurar las listas, que cimentaron su vocación por el Claustro, en la vida reglada y metódica del Colegio del Doctor Pedro López, en la norma estrecha de trabajo y oración que en él se observó siempre. Los hubo agustinianos, trinitarios —calzados y descalzos—, dominicanos, franciscanos, carmelitas, unos de la Orden antigua y otros de la Reforma, jerónimos, mercedarios, alcantarinos, cartujos y filipenses. No destacaremos en este ejemplario, digno de tener siempre a la vista, más figuras que éstas:

Fray Antonio de Paracuellos Ayala, nacido en San Sebastián de los Ballesteros, en esta provincia, que ingresó en la Orden Monástica de los ermitaños de San Agustín y que predicó el Evangelio en Indias, siendo martirizado y muerto en 1916, de una lanzada que le pasó el pecho. Representado está con los atributos de su martirio y en el momento de sucumbir en defensa de su fe, en la galería de retratos que inspira este capítulo. Allí se le ve vestido de la beca encarnada, distintivo de los que en la Asunción se prepararon para el sacerdocio, sobre el negro hábito de los agustinianos, que rima con la sangre derramada de su costado derecho, símbolo de fe en el Crucificado por la que moría, al querer ensanchar el Reino de Dios en país de infieles.

Otros sacerdotes y religiosos más, se hicieron dignos de mención por sus hechos: forzoso es contar al jesuita prieguense, estudiosísimo, *Andrés Cazorla*; al benemérito hijo de Fuente Obejuna, *Bartolomé López Ibáñez*, alumno malogrado que murió en el Colegio a los siete años de estar dando en él señales de virtud, como de gran talento e ingenio; y al egabrense *Mateo de Cárdenas*, cuatro años estudiante en la Casa de López, y fenecido en ella, de muy joven, en opinión de santo.

Estos tres últimos nombres significan los modelos en virtudes insignes que en la Asunción afloraron a vida bienaventurada.

En la vida civil de la Nación, sobresalieron por méritos singulares, hombres que sentían legítimo orgullo en haberlos adquirido, cuando pasaron bajo los techos de nuestra Casa colegiada. Alumnos tuvo que llegaron a Ministros del Rey, a Inquisidores y a togados seculares, en la metrópoli o en las Indias. Alguno, en el Campo de Marte, subió a las esferas de lo heroico. Todos, habían formado sus recias personalidades, cuando niños y jóvenes a la sombra de Nuestra Señora, la excelsa titular de su Casa de estudios.

Registrado quedó y enaltecido, entre otros, el recuerdo del antiguo Marqués de Guadalcázar, *Excmo. D. Isidro de Sousa*, vicepresidente del Senado; el de *D. Francisco Armero y Peñaranda*, Jefe de Escuadra de la Armada Nacional y Secretario de Estado y del Despacho de Marina; el de *D. Joaquín Francisco Pacheco*, también Secretario de Estado y Presidente del Consejo de Ministros que, recordando lo que debía al Colegio, consiguió luego de la Reina Isabel 2.^a que lo convirtiese en Instituto; el del Marqués de la Vega de Armijo, *D. Antonio Aguilar y Correa*, que también hizo, de niño, sus estudios en nuestras aulas, que favoreció la Casa cuanto pudo y escaló los más altos puestos de la gobernación del Estado; el de *Don Diego de León y Navarrete*, Teniente General de los Ejércitos, que murió fusilado...; los de quienes como *D. Rafael de Hore*, *D. Ildefonso Arce*, los hermanos *Juan y José Tena*, o *Don Manuel María Pineda de las Infantas y de la Escalera*, aignaron sus pechos nobles con las veneras de Calatava, de Alcántara o de Santiago.

Provechoso sería completar la relación nominal y documentada de tantos hombres preeminentes como posaron, de muchachos, en el Colegio de la Asunción, a la hora de la vida en que adquieren desarrollo todas las facultades morales, intelectuales o físicas; hora crítica, en que tantos Eclesiásticos, Magistrados, Generales, Ministros, Religiosos, Escritores, Artistas, etc., forjaron allí buenos hábitos de moralidad, de trabajo, de orden; o allí sintieron el despertar de sus inclinaciones y sentimientos como de su fervor patriótico. Dignos de emulación se hicieron, en vida, entre sus compañeros y admiradores. También la imitación de sus virtudes sería, y debe seguir siendo, estímulo en el ánimo de los que les han segui-

do, les siguen o les han de seguir en el digno papel de internos, de colegiales de la Asunción de Córdoba.

¿Favorecedores de la Casa de López, antaño, y del Colegio de la Asunción hasta hoy?

Muchos alumnos se criaron en ella. Era corriente que, cuando le debían su educación, le conservasen el mayor agradecimiento destinándole luego obsequios, rentas, donativos, limosnas y fundaciones.

Mas no es lógico formar la relación de los agradecidos, sin antes mentar, con voz sonora, a aquellos inolvidables varones que, al principio del Colegio, hicieron posible su fundación, y después su engrandecimiento actual; a los que, de buena gana y sin requerimiento casi, dieron a sus ofrendas sentido de ejemplar generosidad y desinterés.

Antiguamente era honor, preciadísimo, obra meritoria como pocas, a los ojos de Dios y de los hombres, fundar, dotar o erigir un Colegio. Un hombre podía inmortalizarse en una comarca, por haber dado a la misma un Centro famoso de enseñanza en el instante histórico de necesitarlo. Una figura se haría digna de figurar en los anales de un pueblo, dejaría rastro luminoso en los cronologios, si se preocupaba de la formación en letras y en virtud de sus contemporáneos y sucesores.

Formar sacerdotes, que pudieran vendimiar almas para Dios, como Misioneros o como Maestros en la vasta extensión de las Españas, fué el empeño decidido de Juan de Avila, del Doctor Pedro López y de su lugarteniente el clérigo-presbítero Pedro de Bujeda. Pero los afanes de estos tres hombres necesitaban de otros esfuerzos. Ellos, por sí, no podían dar cima a la noble empresa, pero podían mover con su ejemplo las voluntades ajenas y así lo hicieron.

Y si no ¿qué significaban en los orígenes de nuestro Colegio las liberalidades del *Jurado*, *Francisco de Herrera*, es decir: aquella manda que hace pasar a manos del fundador para que la invierta en su Obra? ¿Qué la renta anual y perpétua de buenos ducados en dinero, de la ilustre dama, de la más rancia nobleza cordobesa, *Doña Teresa de Córdova y Hoces*? ¿Y qué, los frutos afectados a la hacienda de nuestro Colegio, a cambio de becas, por el *Duque de*

Arcos de pertenencias suyas radicantes en Marchena? ¿Para qué fines mandaba, modestamente, un cahiz de trigo en cada año *Don Alonso de Cabrera*, destinado al sustento cotidiano del Rector, Colegiales y fámulos? Pues todas estas buenas obras, y muchas más, eran la cristalización de los afanes de los que midieron con exactitud el alcance de los empeños del gran apóstol Juan de Avila y del gran caritativo *Don Pedro López*, y se dispusieron a ayudarle a que hubiese un centro de vocaciones eclesiásticas aquí, en tierra cordobesa, donde tantos y tan claros ingenios nacían.

Es interesante la recordación de los favorecedores con que el Colegio contó por aquellas calendas. Un sacerdote: el Licenciado Pedro de Bujeda, persona distinta de su homónimo el clérigo-presbítero que había sido el *tu autem* del fundador. El Rector, Administrador y Patrono es el Padre Pedro de Bujeda, clérigo secular, y el *Licenciado Pedro de Bujeda y Bonilla* es otro Ministro del Señor que favorece la Casa de mil maneras, incluso cediéndole el Beneficio eclesiástico que poseía en la parroquial de Santiago: unas casas en la Fuensanta. Una dama: *Leonor de Ribera*, que dona al Seminario de López un juro que poseía sobre el Almojarifazgo de Sevilla; un *Don Diego Fernández de Palma*, que da, para después de su muerte, legado y herencia. Un *Antonio Martínez Portichuelos*, que también instituye al Colegio legatario suyo, y *Fernando de Herrera y Esquivel*; y *Andrés de Morales*; y el *Licenciado Hernando de Molina*, autores de distintas liberalidades; y *Gaspar de Ayllón*, que hace heredero al Colegio de sus bienes propios, después de la muerte de su mujer *Maria de las Juntas*, con la obligación de Misas y de una fiesta a San José, en cada año; y *Martin Gómez de Aragón*, que deja cuatro mil ducados en censos a favor de la Asunción, para el sostenimiento de un colegial descendiente de su linaje o del de su mujer.

Pero los gestos más acusados, de favorecimiento al Colegio, son en su historia, los que dictó la gratitud. Bien claro se ve que si en el mundo la ingratitud es hija de la soberbia, el agradecimiento es fruto de la humildad. Impresiona el recuento de aquellos discípulos famosos de la Asunción, en el Colegio admitidos gratuitamente de pequeños, en él criados y alocionados, que no olvidaron luego, de mayores, el beneficio de una sana y esmerada educación recibido, el bagaje de una instrucción completa, cuando llevaban

por el mundo, unidos al nombre de Córdoba, sus triunfos. Estos agradecidos colegiales, supieron después, en cuantas ocasiones les deparó la vida, corresponder con dádivas, ofrendas, donaciones y regalos a la Casa que les había dado el ser de hombres cultos y virtuosos. El agradecimiento fué, en cada uno de ellos, tal cual había sido la gran merced recibida.

Señalemos algunos ejemplos: *Don Martin de Azcargota*, cordobés que ingresó en nuestro Colegio a mediados del XVII, llegó, como acabamos de decir, a altísimos puestos en la Iglesia. Según reza la información de testigos sobre la beca que pretendió, era pobre y sus padres no le podían dar estudios ni sustentar fuera del Colegio por no tener fortuna para ello. Cuando llegó a Obispo de Salamanca y después a la Silla Arzobispal de Granada, hizo donatario a su Colegio de sus libros, de un censo anual y de muchos objetos familiares. No paró en ello, sino que, de continuo, vivió desviado por la Casa que lo sustentó en letras y virtud, de tal modo vigilante de sus preocupaciones, que siendo Obispo de Salamanca y habiendo sabido que a los colegiales de la Asunción se les había privado en las clases de la Compañía del lugar de precedencia que siempre habían tenido respecto de los Seminaristas de San Pelagio, salió a romper una lanza por los suyos y planteó el asunto ante el General de los Jesuitas Tirso González, obteniendo de este Preposito una orden al Provincial,—que hemos leído—por la que se restituyó a los colegiales de la beca grana, el privilegio de la precedencia de lugar que siempre tuvieron donde acudían con los de la beca azul de San Pelagio.

No pocas finezas hay que anotar al Arzobispo de Granada Azcargota, para con el que había sido su Colegio amadísimo. Así por ejemplo, el día 15 de Diciembre de 1697, consagró un ara de piedra de alabastro blanco, en la que puso reliquias de San Félix, San Benigno, San Próspero y otros Mártires y cuyo sepulcrito tapó con tapa de jaspe verde en forma de flor. La destinó de expreso al altar de la Capilla de su Colegio y la envió acompañada de letras firmadas de su mano y selladas de su sello a principios del año siguiente. Desde entonces (febrero de 1698) hasta ahora mismo, la Misa que a diario se celebra para los colegiales, tiene lugar sobre el ara que regaló el antiguo alumno. Ello y su retrato en la Sala Rectoral, mantienen vivo su recuerdo en la que debió todo lo que fué.

Otro caso de un colegial agradecido: el ya nombrado en otros lugares *Don Gaspar de Pineda Ponce de León*, cordobés, hijo de cordobeses principales. Ingresó en el Colegio en el año 1679. Clérigo-presbítero, fué, como vimos, Visitador General en el Obispado de Salamanca y Rector del Imperial Colegio de San Miguel, de Granada. Elegido luego Rector del nuestro de la Asunción, sintió el deber de engrandecerlo y mejorarlo de mil maneras, según quedó dicho capítulos atrás. En su tiempo de rectorado hizo la Capilla que hoy es gala de la Casa y las crujiás abovedadas que tienen tan marcado carácter y son muestra de la arquitectura cordobesa de principios del siglo XVIII. Llevado de su buena voluntad para la corporación de estudiantes donde recibió enseñanza y gobernó luego, se mandó enterrar en la cripta que había construido bajo la cúpula que él levantó a su costa y al pie del altar de la Virgen, y dejó por testamento, sus ornamentos sacerdotales, sus manuscritos y sus libros todos, más un lagar y una hacienda en Trassierra a los Rectores que le sucedieran y por el tiempo que lo fueren.

Probado, con estos dos casos, el hecho de que cada colegial de la Asunción que recibía bajo sus techos y su régimen la merced incalculable de la piedad y de la cultura, no omitía luego sacrificios ni liberalidades para sostener y mejorar la que había sido su Casa y tal vez el origen de su predicamento en la vida, podríamos agregar aquí una relación de los benefactores de todos los tiempos que afianzara nuestro aserto. Mas habrá que contentarse con unas menciones a guisa de ejemplo, que pudieran ser: *Don Juan Portillo*, colegial de la segunda década del XVII, que dió a la Asunción su biblioteca; *Don Antonio Paredes*, que también dió sus libros y una renta en ducados. Libros también dieron al Colegio, sus alumnos *Don Antonio Delgado*, *Don Alfonso Tamajón*, *Don Francisco Larremendi*, *Don Francisco Savariego* y *Don Cristóbal Godoy*, entre otros. Donativos múltiples y legados en moneda de oro, cuantiosos y preciados, se leen en las disposiciones de última voluntad de colegiales de los siglos XVII y siguientes. Así, *Don Diego Orozco*; así *Don Ildefonso de Alfaro*, así *Don Julián de Vergara*.

No era esta, de mostrar gratitud para con el Colegio, costumbre de tiempos antiguos, que haya podido perderse y no aflorar en el presente. Vivo está el caso del cordobés, amigo y favorecedor como pocos de la ciudad y de sus paisanos, *Don Antonio Barroso* y

Castillo, que al cabo de mucha tiempo de vivir fuera de Córdoba, ocupado en Madrid en tareas de la política nacional, cuando un día sus coterráneos quisieron dar señal de complacencia por haberlo visto arribar a cargos públicos como los de Ministro de Gracia y Justicia y de Gobernación y abrieron cuestaciones en la capital y en los pueblos, para rendirle un homenaje, declaró que la mejor ofrenda y la más estable, eficaz y duradera que podía hacerle su patria, era fundar, con aquél dinero recaudado en suscripción pública, una beca en el Colegio donde él había cursado el Bachillerato primero y después los estudios mayores en la Universidad Libre que en el Instituto de Córdoba funcionó en los años de 1870 al 75 cuando, Barroso, hizo en sus aulas la Carrera de Leyes. La beca se fundó; lleva el nombre de «Antonio Barroso», y el Colegio correspondió al gesto de su ilustre bienhechor, colocando un cuadro al óleo que lo representa con uniforme de Ministro, entre los ilustres varones que honran la Casa colegiada.

La Titular excelsa, desde la altura de su camarín, habrá premiado en todo caso y seguirá premiando con largueza, aquí y en la otra vida, a cuantos favorecieron y favorezcan la antiquísima institución escolar que Ella preside y ampara, con su nombre de sagrado misterio.

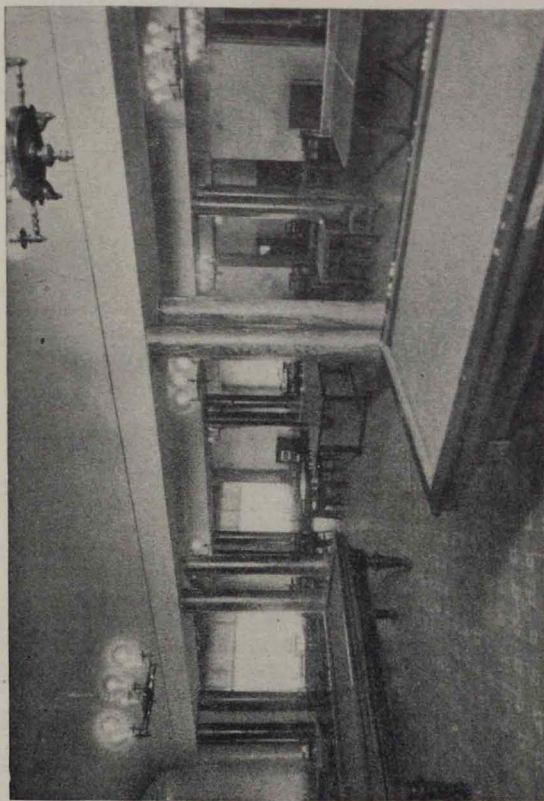
Cierra, como anunciamos, el catálogo nominal de los más ilustres y destacados benefactores de nuestro Colegio de la Asunción, un nombre y unos apellidos que habrá que seguir repitiendo con alabanza en muchas ocasiones. Tantas, cuantas se pondere, en el andar del tiempo, la magnífica mejora de que la Casa ha sido objeto en los años de 1940 a 1946.

Figura señera de Catedrático, que, por entendido en su oficio, pues que sabe hacer la Historia, enseñarla y honrarla, tomó su cargo público como «misión» mejor que como «función», y va esmaltando, en la larga etapa de su mando, los Anales de la Pedagogía española, de iniciativas fecundas y de pródigas liberalidades. A él debe Córdoba y nuestra Casa de internos alumnos del Instituto, su ampliación y su mejora en todo orden. El la ha favorecido, por simpatía vivísima y espontánea hacia nuestra ciudad, de mil modos manifestada y probada con hechos. El ha derramado, a manos llenas, sobre la secular institución de López de Alba, cuantos

caudales fueron precisos para tornarla en lujosa Residencia de estudiantes, modelo de su clase en el país y fuera de él.

Este gran maestro y hombre de acción, que restauró y enjoyó el solar de la sabiduría de la ciudad sabia, se llama *José Ibáñez Martín*.

Junto a este nombre fulgente que cierra, por ahora, la lista encabezada por el Médico de Reyes, justo será escribir el de su mejor intérprete en la obra engrandecedora a que venimos aludiendo: *Perfecto García Conejero*.



... en la zona reformada del Colegio, en 1940-46, la Sala de recreo y la Biblioteca para el esparcimiento de los Colegiales.

Palabras finales



A en los capítulos precedentes, de primer intento trazada, es decir, fraguada por primera vez, y ello con datos que responden a la más rigurosa probanza documental, la historia del Colegio famoso de Córdoba. Pero no es esta «biografía» la que su pasado merece. Más adelante, pronto tal vez, cuando el Archivo colegial quede instalado de manera que resulte más fácil el estudio de sus fondos, emprendremos, de nuevo, la labor investigadora y vulgarizadora, hasta conseguir que nadie ignore lo que la ciudad y su comarca, lo que la Religión y la Pedagogía, deben de consuno, al propósito del Beato Juan de Ávila, a los caudales, propios y allegados, del caritativo médico de Reyes y a cuantos, hasta ahora, sumaron generosas actividades y desvelos al afán de conservar, para la docencia y la educación de la juven-

tud, teólogos o estudiantes del Bachillerato, lo mismo dá, este Centro de estudios centenario, nacido en nuestro suelo como fruto bendito de legítimas aspiraciones, entre las que fué primordial antaño, la de formar Misioneros y Maestros, en una hora imperial de España; en la hora en que los necesitaba y los demandaba nuestra gran Patria, llegada a su mayor empujamiento.

Muchos cambios y vicisitudes sufrió en los tiempos la casa de comunidad de muchachos que abrió López de Alba y que sigue abierta de par en par, y sin perder las esencias de sabiduría, de piedad y de virtudes morales que de ella emanan desde su fundación. Los aires de la política nacional, colándose a través de sus muros, hicieron, reiteradas veces, daño en su espíritu y hasta en su cuerpo, mas no la abatieron: antes bien: se conservó para nosotros viva y en pie hasta los momentos actuales. Si un día las corrientes aludidas privaron al Colegio de la Asunción de sus rectores, los jesuitas; y otro, suprimida el aula de Teología, trocaron la finalidad de su primitivo destino; si antes se utilizó la clausura estudiantil para ensayar con comodidad planes pedagógicos dictados sucesivamente con carácter nacional, ahora, desde 1940, como rezan los últimos capítulos de este libro, puede decirse que ha sido definitivamente consagrada, que permanece centrada para desempeñar su papel de internado de una escuela oficial, conservando la autonomía que ganó desde antiguo pero favorecida por el Poder Ejecutivo; que ha recibido, al fin, el espaldarazo del Estado docente, quien, reconocido a la excelencia de su pasado, acaba de mejorarlo todo, de transformarla, con ventaja, en un Establecimiento público de características singulares.

La última mutación, va teniendo, a estas horas, clara y visible eficacia. Residencia de muchos alumnos del Bachillerato,—de todos cuantos se vieron forzados a abandonar su casa en nueve meses del año para seguir estudios; de algunos que por su edad, aún no tuvieron acceso a éstos, y de no pocos de los que se unen a los primeros para laborar en la preparación diaria de lecciones de cátedra,—no se hubiese mejorado nunca, de seguir atendida su hacienda a los ingresos y gastos normales, a duros penas nivelados. Fué preciso que el Ministerio de Educación Nacional facilitara los medios para levantar nuevos y amplísimos cuerpos de edificio y para sustituir todo su mobiliario. No había de contentarse el Colegio de la Asun-

ción con «ir tirando», a expensas del nombre que había sido famoso y al amparo, más nominal que efectivo, de la Diputación, su mediatizadora desde que ese Colegio se anejó a un Instituto y éste fué catalogado como entidad provincial. Los muros se caían arruinados; el menaje estaba condenado ya a desecharse por viejo y por antiguo, y, de seguir por aquellos caminos, ninguna mejora, ninguna innovación podía intentarse siquiera.

Mas hubo, como se dice antes, una voluntad férrea, que recogiendo, como herencia vinculada a su cargo directivo, la pública y clamorosa aspiración de engrandecimiento, y alquitarándola a través de clara visión del problema, supo desarrollar planes y actividades que ya han tenido remate feliz al ver convertido el Colegio antíguísimo en moderno Internado del Instituto, sin que por ello pierda aquél el rango de su historia, y mediante él, la facultad de regirse a sí mismo.

De una parte la Superioridad ministerial, dadora espléndida y generosa de los medios materiales, y de otra la Dirección de la Casa de internos, asistida, como de un senado discreto, del Claustro profesoral del Instituto, han consumado ya la buena obra. El internado masculino de España, el de más reconocida y probada fecundidad pedagógica, ha quedado ampliado y embellecido. El día 16 de Octubre de este año de 1946, en que se trazan estas páginas históricas, presencié Córdoba, la ciudad sabia, cuna de Séneca el cordobés que dió su apellido para sinonimia de sabiduría, un acontecimiento feliz, del que será muy justo guardar perenne memoria.

En fecha tal, sonó en el nuevo Salón de Actos la voz del Catedrático-Ministro, para explicar por qué nos había devuelto remozado un Centro de enseñanza comparable con los mejores de España y aún del extranjero; en la Capilla, casi tres veces centenaria, de nuestro Colegio, donde el Obispo de la Diócesis celebró el Sacrificio del Altar, se sintió el biseo de las jaculatorias de acción de gracias, salidas de todos los corazones por haber alcanzado a vivir el momento en que se reforma, se amplía y se mejora este santuario de la piedad y de las letras, que tiene desde el siglo XVI por titular y medianera a la Madre de Dios en el tierno Misterio de su Asunción a los cielos; y en el magnífico comedor, más que palaciano, que a los internos caballeros colegiales desde ahora se destina, también hubo una congregación de cuantos en Córdoba cuen-

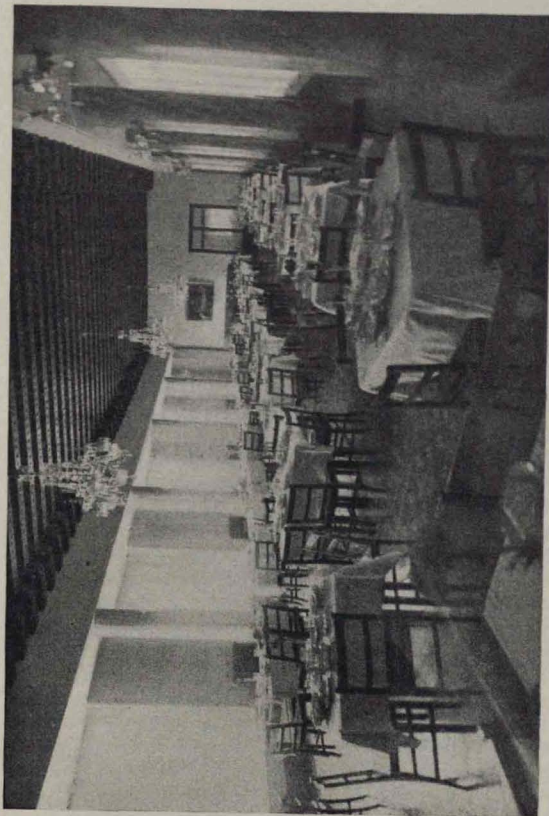
tan y valen, para rodear al Ministro en una comida de gala y oír su palabra al tiempo que para agradecerle todos cuanto en provecho de la Casa hizo y promete seguir haciendo de buena gana. Florecían en aquellos actos la largueza del Estado, la brillante gestión del Director del Centro y hasta los anhelos del profesorado, en el cual, por su labor incesante, destacó en todo momento la colaboración del joven, y por joven infatigable Secretario insustituible del Internado, del Catedrático de Latín, *Fortea Romero*. A todos llegaron las muestras de agradecimiento perdurable de cuantas personas tienen relación con el Colegio redivivo: padres de colegiales, y antiguos internos que allí un día recibimos el tesoro de nuestra educación. Quienes a tal internado debemos cuanto somos, pudimos ponderar mejor que otros, la magnitud de la reforma, que cambiaba su ambiente y su faz.

Modesto y anticuado lo conocimos y en él vivimos. Por ello podemos juzgar, con voto de calidad, las ventajas de la mudanza. Su aspecto lujoso de hoy, refinará, de seguro, y con alcance insospechado, el gusto de los muchachos que bajo su techo se cobijen desde ahora,

Para que así sea, las celdas de antaño, cubículos estrechos, se han tornado en rientes alcobas capaces para cuatro o cinco ocupantes, llenas de luz y de alegría. Su mobiliario, cómodo y elegante, satisface las exigencias de las instalaciones de su género. Lavabos, baños, duchas y los demás servicios higiénicos, superan en lujo a los de cualquier vivienda suntuosa. También se ha estrenado el mobiliario escolar de las Salas de Estudio, una por cada curso, que se han establecido ahora con el criterio de que en todo caso recaigan sus vanos, de balcón o ventana, a un patio o un jardín. El sol las ilumina en las horas del día y conforta a sus ocupantes.

Hay una «Sala de estar», nueva, con racional distribución para que, quienes gusten de entretenerse en juegos, estén a un tiempo juntos y separados de los que sientan deleite por la lectura de libros o revistas en las horas de asueto. Y hay también en favor de los colegiales y para que puedan presenciar actos literarios, rodaje de películas seleccionadas, científicas o recreativas, lecciones y conferencias o discursos, esa nueva Gran Sala antes aludida, que pasaría por el Teatro más elegante de la ciudad más moderna.

Ha cambiado el comedor su traza de Refectorio monacal bajo



Ha cambiado el Comedor su traza de Refectorio monacal por la de ordenada sala, flanqueada de columnas, que decoran arañas rutilantes.

bóvedas dieciochescas, por la de una artesonada sala flanqueada de columnas: estancia amplísima, elegantemente amueblada, que decoran arañas rutilantes de cristal y apliques del mismo estilo que las lámparas, que nada envidiaría a la pieza de igual destino del Hotel o Restaurant más lujosamente montado.

Por fin también alcanzó, como se dijo, el profundo remozamiento a la Capilla. Esta joya barroca a que tantas veces se ha aludido, renglones más arriba, ahora se amuebló con sitiales de distinción para el profesorado, confesonario y bancas numerosas para la pía grey, todo ello respondiendo al estilo de casetón tallado, cuyo modelo se conserva siglos, en una Cátedra antigua que sirve de ambón y que es primoroso ejemplar de muebles del XVIII. Se ha enjoyado con juegos completos de vasos sagrados y bello ostensorio o custodia de mano, de sacras y de candeleros, obra maestra de plateros finos. Nuevas vidrieras decoran el pequeño templo, estas de ahora historiadas con los Misterios gozosos del Rosario, entre otros asuntos, que si por su colorido produjeron en el recinto que cierran, pérdida, en parte, de la albuza característica de tal pieza magnífica, hicieron tomar al ambiente un tinte más oscuro y más tibio; aire más recoleto apropiado al lugar de oración.

Con el criterio de educar, por todos los medios, a través de estas innovaciones y modernidades, el Colegio de la Asunción ha querido conservar su prestancia de «casa de señores». Dentro de ella habitan «caballeros» como en un hogar propio, procurándose que mientras dure su educación, como luego a lo largo del resto de sus vidas, se comporten correctamente: caballeros cristianos sin tacha, se han de formar allí. Para asegurar este resultado en la obra educativa, se suman a las actividades y vigilancia del Director, la intervención constante de Catedráticos y Profesores y los cuidados de los Regentes. El Capellán vela de continuo por la formación moral y piadosa de los internos, completando las enseñanzas de cátedra de Religión y de cultura religiosa. La Penitenciaría del Colegio, sigue atribuida, como en su edad remota, a los Padres Ignacianos y la iniciación de la labor cotidiana con la Santa Misa y el cierre cada noche de la tarea estudiantil con el rezo del Rosario, como las pláticas morales y sobre todo la presencia constante en la Capilla, del Santísimo oculto en su Sagrario, mantienen en la «Casa del Doctor Pedro López» viva y encendida la piedad que ardía en ella cuando era seminario de preparación para el sacerdocio.

Educación, educación religiosa y moral, intelectual y física, social y política, brinda a los estudiantes de Bachillerato el inter-nado del Instituto de Córdoba en el centro de un país ubérrimo, desde el punto más céntrico de una ciudad de sabios, que fué un día—tiempos del Califato—centro también de Europa, y, en veinte siglos, retablo de tres civilizaciones.

Para la trascendente misión de educar muchachos que cursan los estudios de Enseñanza Media y niños pequeños que se aleccionan en nuestras Escuelas de Primaria, se ha transfigurado este Colegio. En provecho de tal obra educativa y formativa eficaz, se ha consumado la mejora que en estos días acaba de inaugurarse. La hizo el Estado español, porque nada hay más estatal que la obra educadora. Así, ya no es llamado el supremo funcionario que encarna estos fines públicos, los más importantes de un país, Ministro de Instrucción, sino Ministro de Educación.

Fué, en días de Imperio, el Colegio de la Asunción de Nuestra Señora, de Córdoba, una gran casa para educar estudiantes pobres. Es hoy, un Internado-Residencia que, sobre lo antiguo halló ancha base y asiento, una magnífica morada, un hogar familiar para que juntos se eduquen fraterna y cristianamente, estudiantes pobres y ricos.

Más ricos que los ricos por el oro, son los pobres dotados de talentos, y para esos, tiene su puerta, siempre, de par en par abierta, el singular Colegio, herencia de una España que no cabía en el Mundo por plenitud de imperio y de grandeza.

Al cerrar esta edición

Durante el tránsito de los originales de esta Historia por las cajas y máquinas de la imprenta para multiplicar sus ejemplares y darla a conocer profusamente, altísimas indicaciones, de las que no pueden desoirse, por razón de obediencia debida, de disciplina y sometimiento a la jerarquía de donde han procedido, me obligan a deshacer el anónimo bajo el que quise ocultar esta mi ofrenda al Colegio cuatro veces secular de López de Alba y a su régimen educador y docente, al que pertenezco desde 1901 a 1907 como becario; al que debo cuanto soy y en el que, ahora, por fortuna y honra mía, tengo la dicha de contarme como miembro de su Profesorado.

Queda tal decisión superior acatada, al trazar aquí mi firma, dando a entender con mi nombre, modestísimo pero no nuevo en los campos de acción de la Enseñanza Media desde que un antepasado directo supo llevarlo con dignidad máxima, quién ha sido el antiguo alumno de la Asunción que se atrevió, en principio de pago de una deuda incalculable, a escribir la Historia de «su Colegio», con ánimo de ayudar a divulgarla, para honra y prez de Córdoba su patria menor.

José M. Rey



TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
SAN ÁLVARO, 17
CÓRDOBA